

EL ESPAÑOL

3 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 7 - 13 octubre 1956 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Núm. 410

VOLVER

SEVENTE AÑOS
CON UN
SÓLO DESEO

EN LA PATRIA
E SIEMPRE,
EN EL MUNDO NUEVO

Arriba: Llegada de los reparados al puerto de Valencia.
Abajo: Niños españoles embarcando con destino a Rusia



ESPAÑA ESTA GANANDO LA BATALLA DE LA ELECTRICIDAD

Por Manuel Blanco Tobío (pág. 11)

George Gallup, el experto de las Elecciones norteamericanas, por F. Etcheverry (pág. 17). * Congreso español de religiosos en Madrid, por J. Palop (página 21). * Nuevo embajador de Alemania en España, por Alfonso Barra (pág. 27). * Vich, ciudad de los santos, por Blanca Espinar, enviado especial (pág. 32). * La historiadora Carmen Llorca, por Ernesto Salcedo (pág. 43). * «La magia de la publicidad», un libro de Pierre Bruneau (página 46). * Un comedor de 1.500 plazas para los estudiantes, por F. Costa Torró. * Raymond Kopa busca casa en Madrid, por Daniel Suelro (página 51). * Maritain, un campo abierto para el error, por E. Linden (pág. 55). * Entrevista con Tomás Delgado (pág. 58)

«JUANITIN»

Novela de Manuel Iribarren

*Nosotros
también empleamos
Listerine*

DARBO



En la higiene infantil la limpieza y antisepsia de la boca es el primer cuidado. Desde muy pequeños se les debe acostumbrar a las gárgaras y enjuagues con LISTERINE. Lo aceptan como un juego y les ahorra males de garganta, constipados y otras infecciones.

ANTISEPTICO LISTERINE

FRASCOS
DESDE
PTS. 7,50

PURIFICA EL ALIENTO

Complete la higiene de su boca usando Crema Dental LISTERINÉ con ACTIFOAM, la penetrante espuma activa antiienzimica que limpia profunda y completamente.



Cancionarios: FEDERICO BONET, S. A. - Infantas, 31 - Madrid

VOLVER

20 AÑOS CON UN SOLO DESEO

EN LA PATRIA DE SIEMPRE, UN MUNDO NUEVO



Los repatriados contemplan con asombro los establecimientos de Zaragoza

HEMOS convivido estos días con los que acaban de volver de Rusia. Una consecuencia, que recogemos con orgullo y gozo, se impone a toda otra reflexión o comentario: volver a la Patria era, fué para ellos durante estos veinte años, una siempre acuciante necesidad, una irrenunciable exigencia clavada en la médula del alma. La sangre, la Historia y los primeros principios asimilados en la niñez se mantuvieron incólumes, invulnerables, en el recinto último y más secreto de su ser de españoles. Las presiones ideológicas no eliminan en tales circunstancias la radical vitalidad de esas sustanciales energías.

Fué el de estos españoles, arrancados de su Patria cuando eran niños y retenidos lejos de ella nada menos que cuatro lustros, un caso del que no existen antecedentes ni siquiera en los Imperios orientales anteriores a la Era cristiana. Es un capítulo más de la tenebrosa etapa staliniana, sobre cuya naturaleza, fines y procedimientos el informe de Krustchev ante el XX Congreso del Partido Comunista es terminante. Los mismos dirigentes rusos han pronunciado el veredicto sobre esa etapa, que ha dado paso a otra abierta con una amplia, multiforme y compleja acción «de deshielo» bajo el signo externo de la desestalinización. En términos referidos a la política de relación con los países del mundo libre, se pretende encaminar esta acción hacia la tan traída y llevada «coexistencia». Es esta «coexistencia» algo más que un recurso dialéctico. Se trata de un fenómeno de perfiles muy variantes, de dimensiones, influencias y manifestaciones muy diversas, que ahora no es del caso analizar. Pero cabe asentar como punto de partida y como criterio base la doctrina pontificia sobre el particular. Pio XII ha distinguido certestamente entre «coexistencia en el temor, coexistencia en el error y coexistencia en la verdad». Si es obvio que la convivencia pacífica entre los pueblos no puede

edificarse firmemente sobre el mero temor —factor a todas luces puramente negativo—, no lo es menos que no cabe aceptar como principio para la mutua inteligencia el error. Ni puede ser eficaz ni está nadie autorizado para dar por válido lo que es y se reconoce como error, y error sustancial. No resta, por tanto, sino la «coexistencia en la verdad», que por lo que afecta a la convivencia y relación pacíficas entre los pueblos y aun entre los simples ciudadanos, presupone la aceptación sincera, entre otras cosas, de los preceptos del Derecho Natural y de Gentes. Sobre el comunismo es igualmente inconclusa la doctrina pontificia, que lo declara, en su expresión doctrinal, real e históricamente malo. Por lo menos para un católico tales premisas son inalterables.

Por lo que a la acción rusa se refiere, parece obligado, en consecuencia, establecer que las pruebas verdaderamente convincentes serían las siguientes: en relación con España concretamente, la devolución del oro español que obra en su poder; en relación con el resto de los pueblos, supresión del «telón de acero», devolución efectiva de la soberanía a los países satélites, retirándose Rusia a sus fronteras de 1939, y abolición total de la persecución contra la Iglesia Católica. Sencillamente: que estos hechos, imperados por el Derecho más evidente y por las mismas y repetidas declaraciones verbales y escritas de los dirigentes rusos, sean una clara, comprobable e indiscutible realidad.

Por lo demás, tener ya entre nosotros a esta primera expedición de repatriados, que en lo más insobornable de su personalidad se mantuvieron a lo largo de veinte años españoles y que vuelven españoles, es razón sobrada para una satisfacción sin reservas. Eran de España. A los suyos querían regresar y han regresado, para incorporarse, sin el más mínimo obstáculo, a la vida y a la tarea comunes de un país fuerte, generoso y sabiamente gobernado.

VAMOS a vivir con los repatriados de Rusia su encuentro con la Patria. Su llegada y la salida de aquel país, sus primeras impresiones ante cosas tan simples como una tienda sin «cola» de compradores, una co-

rrida de toros o el taburete del mostrador de un bar.

—¿Son para sentarse esas sillas tan altas del bar?

—¿Siempre está la gente tan alegre?

—Si entro en esa tienda, ¿me

venden la lana del escarapate para hacerme un chaleco?

Un mundo nuevo se abre a la vista de ellos; todo son sorpresas la primera vez que han salido solos y a solas por las calles de una ciudad española. Al-

gunos han ido al templo del Filar y se han quedado mudos en presencia de las cosas de Dios. Lo más familiar para nosotros tiene arranca comentarios infantiles.

—Eso blanco de ahí, ¿es pan?

—¿A cuántos metros cuadrados en el dormitorio colectivo tiene derecho un obrero de la industria?

Preguntas hacen ellos que carecen de sentido sin meditar antes, con los ojos bien cerrados y concentrando uno todo su poder de pensar, que los repatriados se fueron a Rusia a los cuatro, o a los cinco, o a los ocho años. Aquellos niños españoles han vuelto ahora y han crecido, y muchos se han casado. Tienen hijos y tienen algunos esposas rusas. Veinte años quedaron atrás desde el día que embarcaron para el exilio.

Intentan hoy, entre recuerdos remotos empalmar el año 1936 con 1956. Hablan de una última visión de Gijón en llamas, como si el fuego y las cenizas aquellas estuviesen calientes todavía. Cuentan de un Bilbao en guerra, como si ello fuera algo presente. Y de esos recuerdos quieren pasar a la hora actual. El resto, echarlo al olvido.

Viven en este instante el encuentro con la hermana que no conocieron. Es el momento de abrir los brazos a ciegas llamando a los familiares. En el Colegio de Huérfanos del Magisterio, en Zaragoza, donde han estado esperando a sus parientes, alguien da una voz por los pasillos:

—Menéndez, tu padre está en la puerta...

Menéndez va corriendo, atropellándolo todo, y se cuelga de un hombre viejo, con boina vasca, tembloroso.

—¿Eres tú, José María?

No es José María. Uno de tantos abrazos de repatriado para un anciano que espera otro hijo.

En esos besos a lo desconocido y en esa angustia está el punto final de los veinte años de hablar en ruso, de vivir en ha-

bitaciones colectivas de alimentarse de «borsh», el potaje popular allá.

Y sobre la novela vivida por cada niño-hombre que ha vuelto, está el triunfo del sentimiento español. Está la reciedumbre de nuestra personalidad, que nos liga a la Patria con uñas y dientes, a pesar de los veinte años de exilio. Vuelven ellos con edad de adultos, empujados por un sentimiento que sólo se expresa con una palabra: España. Vienen a buscar la Patria que consideran suya.

—Como España no hay nada...

Lo dicen y lo repiten ellos, con las melenas caídas sobre las orejas, con pantalones acampañados y zapatos de puntera cuadrada. Lo afirman ellas, con sus trajes de colorines, vestidas de nuevo con los ahorros de veinte años de trabajo.

—Tenemos que luchar todos para que regresen los que se quedaron; esto es lo más importante...

Con el regreso de esos 534 repatriados, de esos 125 niños y de esas 32 madres, el sentimiento de la Patria es el que ha ganado en la prueba de los veinte años.

TOCA EL VIOLIN PARA UN NIÑO QUE LLORA

Como José María González Yagüe se fueron la mayoría de los niños enviados a Rusia.

—Yo recuerdo todavía mi casa de Gijón. Tenía dos hermanos y yo era el mayor de todos. Con ocho años me embarcaron en el «Habana». Mi madre me llevó al puerto y antes nos hicimos fotografías. Mi madre me pesó en un aparato del puerto y me metió el papel en el bolsillo. No lloré, porque me puse muy contento al ver el barco. De mi madre me recuerdo muy bien y de cómo le caían las lágrimas...

José María González llegó a El Havre y allí pasó a bordo de un buque soviético que esperaba a la expedición.

—Nos bajaron en Leningrado, y en una especie de albergue nos quitaron la ropa que llevába-

mos de España. Perdí entonces las fotos que me dió mi madre. Nos metieron en un baño de vapor, pero antes nos colgaron del cuello una chapa de identificación. Después nos dieron ropa interior y unos calzoncillos largos. Como nunca los habíamos visto, todos nosotros creíamos que era el traje de salir a la calle. Lo único que guardé de España fue un duro de plata...

A los cinco días, los niños españoles fueron enviados a hospederías infantiles, repartidos ya en grupos de 300 a 500.

—Llorábamos a todas horas, porque nos acordábamos de la familia. Los que cuidaban de nosotros intentaban hacernos callar. Una noche que gritaba yo mucho en la cama vino un hombre que tocaba el violín para que me durmiese. Pero yo seguía llorando.

Nada ni nadie eran capaces de quitar la pena de los niños arrancados de sus hogares hasta que el tiempo comenzó a borrar recuerdos y afectos.

—Nos empezamos a olvidar de nuestras casas al llegar el invierno. La nieve nos divertía mucho y nos dejaban patinar. Lo hacíamos mejor que los mismos rusos. Eramos más decididos que ellos.

José María González Yagüe es ahora un buen mozo de treinta y un años, espigado, moreno, con el pelo rizado y facciones nobles.

—Hasta la guerra no estábamos tan mal, pero desde entonces las cosas cambiaron mucho. Asistí a diez clases y tuve que empezar a trabajar de chófer en Moscú. De mi casa estuve sin noticias cerca de once años.

Salía una tarde del trabajo y un amigo español le entregó un recibo de Correos para ir a recoger una carta.

—Yo no sé qué pensé entonces. Fui a buscarla y era un sobre de papel muy fino, con colores en los bordes. Lo abrí y era carta de mi hermana, pues mi madre no sabía escribir. Me pedían que les mandase fotos. Se las mandé a las señas en el extranjero que me daban; pero fui a un fotógrafo y le encargue que me sacara muy favorecido.

Meses y meses transcurrieron hasta que otro sobre llegó a Moscú para José María González Yagüe.

—Era otra carta de mi hermana, y me decía que yo no era familiar de ella, que no me parecía en nada al niño que salió de su casa. Contesté como un loco, lloraba al escribir. Les contaba todos mis recuerdos y los detalles de mi salida, incluso cuando mi madre me pesó...

Se aclaró todo; pero no había forma de regresar a la Patria.

—En tiempos de Stalin pedir volver a España significaba pasaporte para Siberia. Todos mis compañeros seguían esperando y esperando la oportunidad.

BODAS SIN REGALOS

Los niños españoles fueron a trabajar, por separado, a lugares de los cuatro puntos cardinales de la geografía soviética. Rusia asiática, el Cáucaso, Ucrania, región central, Leningrado... Otros cayeron en los frentes de combate y otros murieron de enfer-



Esta foto es de la salida de los niños españoles para Rusia en 1937, del puerto de Bilbao

medad. Aquellos niños, hechos ya casi hombres, tuvieron que organizar su existencia, adaptándose al ambiente que les rodeaba.

—Yo no me quería casar en Rusia y esperaba volver a España para hacerlo. Las chicas españolas estaban casi todas casadas ya con mis compañeros y no quedaba casi ninguna sin comprometer. Los solteros vivíamos en habitaciones colectivas, con veinte camas y un altavoz de radio muy fuerte, que estaba siempre funcionando y era el que nos despertaba, para ir al trabajo a la fábrica, a las seis de la mañana.

Angelita Martínez Álvarez se fué con dos hermanos a Rusia y se ha casado allí con José Gómez, nacido en Bilbao. Es menuda, de ojos negros vivarachos y guapa. De las más guapas de la expedición de repatriados.

—Mi esposo vino a la ciudad para ver a mi hermano y se fijó en mí. Luego me puse yo enferma del corazón y me llevaron al hospital. El me visitaba de tarde en tarde. Cuando me dieron el alta salimos juntos a pasear y nos casamos en la oficina. Allí no se hacen regalos entre los novios y tampoco se celebra la boda. A los pocos días escribimos a mi hermano para decirselo. Yo vivía entonces en Ucrania, en una casa de solteras, en un cuarto con veinticinco personas. Como lo de la vivienda estaba difícil, se solucionaba el problema del matrimonio colgando unas mantas alrededor de la cama para aislarse de los demás.

El hermano de Angelita tenía un cuarto, compartido con otros tres ocupantes, y además poseía un aparato de radio. Con el buen tiempo se abrían las ventanas y se ballaba en la calle al son de la música de la habitación.

—La que hoy es mi mujer, Claudia, vivía cerca y acostumbraba a bailar con nosotros. Nos casamos pronto y vivíamos en el mismo sitio mío de soltero.

Claudia está en España con su marido y dos niños. Es regordeta, de nariz achatada y rubia. Una pequeña cicatriz cruza el labio superior. Parece tímida, no habla español y está siempre abrazada a sus hijos.

—Ella extraña mucho España; ayer nos dieron de comida paella con almejas, y al verlas se sintió mal. Allí, en Rusia, la cocina es diferente, con mucha grasa y sabores muy fuertes.

Claudia está junto a su marido, con los ojos muy abiertos y la mirada inquieta. Se diría que intenta comprender la conversación.

—Está muy impresionada por vivir en España y se acuerda de su familia en Moscú.

BULGANIN RECIBE CARTA

Unos casados y otros solteros, los españoles tenían puesta su mayor ilusión en el regreso. Procuraban saber cosas de la Patria, oír las radios nacionales, tener una fotografía de los padres, de la ciudad natal. España estaba clavada en sus sueños.

—Nos gustaba mucho la radio de Valencia, porque retransmitía música española. Dejábamos de dormir para escucharla. Daba, además, muchos anuncios con



Estos son hijos de los que se fueron y que ahora vuelven con sus padres, aquí están fotografiados en el Hogar del Magisterio de Zaragoza



Dos matrimonios repatriados pasean por las calles de Zaragoza. La mujer rubia, en el centro, es rusa

precios, y esto nos interesaba enormemente.

—En todo el tiempo de Rusia, yo creo que sólo dieron una película de ambiente español. Se llamaba «La edad del amor», y los artistas eran sudamericanos. Pero era música de la Patria. Yo fui a verla cuatro veces.

—En una librería encontré una vez una postal que representaba una corrida de toros. Estaba hecha la reproducción en Alemania, en Dresde, y me quedé casi sin dinero para volver a casa con tal de llevármela. Me costó cuatro rublos, y al venirme a España se la regalé a un amigo ruso y se quedó muy agradecido. Aunque apenas lo conocen, todas las cosas típicas de la Patria les llama a ellos mucho la atención.

Hoy una noticia, después una carta o un comentario o algún libro iban alimentando la esperanza en el regreso.

—A mí me escribía mi padre para decirme que las romerías estaban cada vez con más gente y más divertidas. Yo me moría por volver.

Y los españoles se movieron y pasaron a la acción tan pronto como las circunstancias lo permitieron. En Moscú residía el mayor grupo de compatriotas; unos trescientos habitaban en la capital.

—En un viejo palacio de Moscú, dedicado a reuniones sociales, teníamos un club los españoles. Lo alquilábamos los viernes para hacer teatro, música y bailes de todas nuestras regiones. Allí permanecíamos de siete de la tarde a doce de la noche. Brindábamos con «vodka» por España.

Allí los niños hechos hombres cambiaban impresiones sobre el tema que más apasionaba: la vuelta a la Patria. Hubo un tiempo en que no había unanimidad, pero los partidarios del regreso se impusieron.

—Íbamos incluso a la Embajada francesa para solicitar que nos ayudaran en nuestros proyectos, aunque esto era peligroso. Escribimos varias veces a Bulganin, y en febrero de este año empezamos a recibir noticias. Hicimos las peticiones a la Cruz Roja.

MOSCU: ESTACION DE SALIDA

Ya era un hecho la salida de la expedición, pero nadie se hacía a la idea aún de que no surgieran complicaciones. Al fin, de Moscú se enviaron comunicaciones a todos los incluidos en la lista para que se presentaran en la capital, lugar de concentración y partida. De todos los pun-

tos más alejados de Rusia se pusieron en camino los españoles, un camino que muchas veces arrancaba de las mismas fronteras de Siberia con China.

Un buen día del pasado mes de septiembre, en los andenes de la estación central de Moscú se formó un tren especial, patrocinado por la Cruz Roja. Era el tren del gran viaje. Aquellos vagones iban a cerrar la cuenta de los veinte años de exilio. La imagen de España parecía sonreír delante de la locomotora. Las vías de la estación lucían como si fueran de plata.

—Vinieron a despedirnos los españoles que quedaban en Moscú. Lloraban como niños. Había uno subido en un poste que estaba como loco. Nos decían que hiciéramos todo lo posible para arreglarles su viaje. Tenemos que traerlos...

Nunca se gritó más en la estación de Moscú que ese feliz día de la salida del tren con los españoles. A lo largo del trayecto hasta Odesa, el paso de la expedición fue música y cantares. Los españoles que habitaban en los pueblos de la ruta salían a dar su adiós a los compatriotas.

—Las autoridades nos dieron permiso para cambiar trescientos rublos por cabeza en dólares. Por mujer, otros ciento cincuenta, y lo mismo por cada hijo. El resto de nuestros ahorros lo invertimos en comprar una máquina de fotografía la mayoría de nosotros. Ya estábamos enterados de que los rublos no valdrían para nada más allá de las fronteras soviéticas.

—De ropa nos compramos lo imprescindible para llegar de nuevo. La moda en Rusia va muy atrasada y los trajes son muy distintos. Alguno quiso llevarse un sombrero, pero le advertimos que lo tendría que utilizar en España para vender aceitunas. De todas estas cosas estábamos muy bien informados.

Dos días de viaje en tren por Rusia y el final en Odesa. Allí se balanceaba la motonave «Crimea», con el nombre escrito en caracteres rusos. Antes de embarcar hubo tiempo aún para que las autoridades de aquel país

diesen las últimas recomendaciones a quienes abandonaban el territorio de la hoz y el martillo.

Había tenderetes para gastar los últimos rublos. El fruto del trabajo de años y años se invirtió en esas máquinas de fotografías, copia exacta de las «Leicas» alemanas y hechas por la fábrica que cayó en poder del Ejército rojo. Y en esos zapatos de cuero grueso y en esos trajes de marinero de los niños, que parecen arrancados de un viejo álbum familiar de principios de siglo. O en relojes de esfera negra, con toscas manillas. O en las cajetillas de 25 cigarrillos con tres cuartas partes de boquilla, útil en tiempos en que el hombre llevaba largas barbas, para no quemárselas con el fuego del tabaco...

El 22 de septiembre el buque «Crimea» soltó las amarras y se hizo a la mar. Atrás quedaba Rusia, ese país del que los españoles quieren salir para encontrar a España.

VALENCIA ERA COMO UNA FIESTA

Seis días de navegación en un buque con capacidad para 300 pasajeros; pero, a pesar de que el número de los repatriados casi doblaba la cifra, era para ellos la nave de la ilusión y de la sonrisa, de la comodidad y del bienestar, la que milla a milla iba abriendo un mundo fabuloso con su proa.

—En veinte años, la primera vez que disponía de una habitación sola para mi mujer y para mis dos hijos fué en el «Crimea». El mar Negro, antes; el mar de Mármara, el estrecho de los Dardanelos y el Mediterráneo, después.

—Este mar sí que es hermoso; pasábamos todo el día al sol para ponernos bien morenas.

Por las noches se ballaba y se proyectaban películas también. Sin embargo, la noche del 27 al 28 nadie ballaba ni veía el cine. Todos deambulaban como sonámbulos, hablando con frases incoherentes, besando por besar a los niños, riendo aturdidos. Era la vela de los repatriados en vísperas de echarse a los ojos la tierra española. Las mujeres rusas perdían su mirada en la oscuridad,

como pretendiendo anticipar la primera visión de la patria de sus maridos. Los nervios de punta parecían sacudir con descargas eléctricas a esos seres.

Diffícil es saber quién fué el que realmente descubrió la costa el primero. Se sufrían alucinaciones y se imaginaban tierras inexistentes.

A la una y media, el «Crimea», en una tarde de luz vivísima, iniciaba las operaciones de atraque en el puerto de Valencia, dirigidas por el capitán de corbeta Antonio Martínez Bolucer. A las tres en punto se apoyaba en tierra la escalerilla de estribor en el muelle interior del Transversal de Poniente. Los repatriados cargaban todo el peso de sus cuerpos sobre las barandillas del buque con los ojos muy abiertos, intentando alcanzar la tierra tan esperada.

En el muelle se encontraban unos 150 familiares de los que llegaban; se llamaban los unos a los otros, se agitaban pañuelos y se repetían nombres...

—¿Estás ahí, Menchu?

—¿Vienes tú, hijo mío...?

—Soy yo, tu hermana Luisa.

De pronto todos a una empezaron a aplaudir, pero en cubierta nadie se atrevía aún a vitorear a España. Y continuaba el concierto de las llamadas y de los gritos, de los besos lanzados al aire y a ciegas, de los aplausos otra vez...

El primero de los repatriados que baja la escalerilla es Cecilio Aguirre Iturbe y es el primero también que da el ¡Viva España! Padres e hijos, hermanos y hermanas, primos y primas y abuelos y tíos apretaban contra sus pechos la carne de esos seres. En la tarde brillante de luz las lágrimas de los que llegaban y de los que esperaban desde hace veinte años rodaron juntas hasta el polvillo del suelo del muelle de Valencia.

—Estaba todo muy bien organizado y no nos podíamos imaginar semejante recibimiento. Si nos lo dicen antes de venir, nadie se lo cree. Estaban preparados cerca unos autobuses y antes de subir en ellos nos entregaron un número, que correspondía al del coche que nos reservaban. Nos dieron también una bolsa con comida a cada repatriado.



Escenas familiares en la Residencia zaragozana.—Abajo: Grupos de repatriados a la salida del templo del Pilar.

Para Gustavo Pérez, uno de los pilotos enviados a Rusia y retenidos allá desde nuestra guerra, la sorpresa primera de Valencia fueron las casas y los árboles.

—Parecía un sueño ver esas casas tan blancas, porque en Rusia los hielos ennegrecen las fachadas. Qué bonitos los árboles, tan verdes... La gente andaba mucho más ligera que allá... Sonreían; era como una fiesta... Los niños iban vestidos como príncipes... Los hombres llevaban pantalones muy estrechos y los zapatos terminados en punta... Había mesas por las calles y los coches pasaban muy cerquita de ellas, pero nadie se movía...

A la caída de la tarde, la caravana de los 18 autobuses se puso en marcha ruta a Zaragoza, al edificio del Colegio para Huérfanos e Hijos del Magisterio de Nuestra Señora del Pilar. Allí van a esperar la llegada de las familias y se van a realizar los trámites de la identificación. De Valencia a Zaragoza, con muchos altos en el camino, pues viaja mucha gente menuda que tiene frecuente necesidad de paradas, es cuando los repatriados dan vistas a España con noción de que están en España. Antes eran igual que fantasmas o que autómatas.

EL CAMINO DEL HOGAR PASA POR ZARAGOZA.

Todo está a punto en el Colegio de Huérfanos del Magisterio para recibir a los huéspedes. Hay 24 médicos para hacer servicios de guardia y otros tantos especialistas. Y 12 enfermeras, 50 empleadas para la limpieza, 15 camareros, 17 administrativos, seis para la intendencia... 640 camas están listas. La Cruz Roja en cooperación con otros organismos, se ha encargado del acondicionamiento de este moderno y soleado edificio. Se han dispuesto las comidas según las normas de la dietética; los niños tienen su régimen diferente del de los adultos. Un almuerzo para éstos es: ensaladilla con tomate, atún, aceitunas...; paella con mariscos; bistec y uvas. Como llegan muchos asturianos, otro día tendrán una buena fabada de la tierra. Por las noches, además de dos platos y fruta, leche abundante. Y vino en todas las comidas.

El viernes día 29 llegan los repatriados a Zaragoza. Con orden matemático se adjudican habitaciones, se pone en marcha el servicio telegráfico para comunicar con los familiares, se abren las oficinas de identificación de los repatriados y de recepción de las familias. La enfermería abre sus puertas para acoger a los enfermos, a los tuberculosos a los anémicos. Una de las que ingresa primero es la abuela de la expedición. La madre del que fué cabecilla comunista Jesús Hernández. Tiene setenta y siete años, se ha enfriado al salir de Odesa y ahora, con la emoción de volver a la Patria, ha sufrido una descompensación cardíaca. Su estado es alarmante. Es el momento de actuar con uresteza los especialistas. Junto a la anciana está su hija, que se fué a Rusia el año 1939, y su nieto. Este es el que habla.

—Nos marchamos a la U. R. S. S. mi abuela, mi madre y yo, que era el único hijo. Embarcamos en el «Maria Lianova» y llegamos a Le-



Grupo de repatriados esperan la llegada de sus familiares residentes en España

ningrado. A mí, como sólo tenía cinco años, me internaron en un hogar infantil y estuve en él hasta 1941. Mi madre residía entonces en Jarkof, y en 1946 tuvo que empezar a trabajar de modista. Estuvimos también en Os, que es un pueblo pequeño del Asia central, muy cerca de China.

El sobrino del comunista Jesús Hernández tiene el pelo muy rizado; es bajito, reservado y respetuoso. Un niño se le agarra a los pantalones y le llama papá. Lo llevan vestido de marinero, con pantalones largos, muy anchos de boca.

—Me fui a residir a Tiflis y conocí a Rosa Campo, exiliada de Bilbao. Nos casamos. Yo trabajaba de electricista y ella de contable en una fábrica de hilos y medias. Siempre el volver a España fué nuestra mayor ilusión.

La enferma se va recuperando poco a poco. Espera a un hijo que vive en Bilbao. Le comunican a ella que ha llegado un telegrama anunciando que aquél se ha puesto en camino en un taxi, acompañado de su mujer. La anciana se reanima al escuchar la noticia. El peligro va pasando.

Otro de los ingresados en la enfermería sufre ahora un vómito de sangre. Los médicos celebran consulta y parece ser que tienen la opinión de que no debe marcharse en tal situación aunque venga la familia.

Pero en la enfermería piensan más los pacientes en los padres que en sus dolencias. Es en la puerta principal del edificio donde unos y otros tienen puestas sus almas.

UNA BODA Y UN BAUTIZO EL DÍA 1 DE OCTUBRE

Al edificio del Colegio de Huérfanos del Magisterio, en el paseo de Isabel la Católica, a pocos metros de la Feria de Muestras, van llegando poco a poco los familiares. Los repatriados están amontonados junto a las dos puertas giratorias que dan acceso al gran vestíbulo del edificio. Los ojos de todos están clavados en cada persona que entra.

Hace un momento ha llegado una madre y al encontrarse con su hijo se ha puesto pálida como una muerta.

—Perdón..., perdóname, hijo mío, por haberte mandado a Rusia...



La madre y la hermana de Jesús Hernández

Y entre los brazos del hijo ha caído desmayada suavemente con dulzura, con el rostro blanco como una figurita de porcelana.

Ahora es Hernández, otro niño vasco salido de Bilbao, quien ha de agarrarse a una de las columnas del vestíbulo.

—Soy yo tu prima, el pariente más cercano que tienes.

A poco un funcionario administrativo vocea unos nombres con unos telegramas en las manos. Los destinatarios los leen y se retiran solos, con la mirada en el suelo, como hombres que envejecieran veinte años en un instante. Son telegramas devueltos, porque en las señas en que vivían el padre o la madre, ni el padre ni la madre son conocidos en 1956.

Ajenos a estos dramas y a esos júbilos, los hijos de los repatriados corretean por el espléndido patio central del edificio. Juegan entre ellos, se pegan unos a otros, gritan y ríen. Sus trajecitos nuevos, recién puestos para que la familia de España los vean por vez primera bien guapos, están cubiertos de tierra. Los pequeños

viven felices y resuenan sus voces en ruso por cualquier rincón de los pasillos y escaleras. Algunos hacen castillos de arena ante la misma puerta de la capilla.

Dentro de la casa de Dios está el sacerdote rezando. El pasa allí horas y horas del día por si alguien le llama. Espera siempre a quien desee buscarle. Una pareja acaba de entrar en el sagrado recinto.

—Padre, mañana llega mi vieja... Tiene que prepararnos para que nos casemos antes y para bautizar a nuestra hija... Yo no puedo poner los pies en casa de mi madre sin arreglar esto...

Dios ha escuchado las oraciones del buen sacerdote. Al día siguiente, el 1 de octubre a la hora en que el sol se pone encendiéndose de rojo el cielo de Zaragoza, se casan esta pareja de repatriados, y a la hija, a una niña de seis años, con trenzas y con su mejor vestido, la bautizan con el nombre de Elena. Ha sido padrino Juan Manuel Aldea, delegado provincial de Ex Cautivos y encargado por delegación del gobernador de regir este Colegio de Huérfanos del Magisterio, de organizarlo y de atender a todo lo que piden los repatriados.

—Elenita, ¿qué te han hecho ahí dentro?

—Echarme agua por la cabeza para que Dios me quiera...

RADIO MOSCU DA SU NOTICIA

La vida sigue hora a hora y los familiares van llegando con la misma regularidad. Ayer se han ido 100 repatriados a sus casas. Otros muchos, los asturianos, esperan a que lleguen los autobuses que han salido de Oviedo para recogerlos. Pero mientras tanto no pueden permanecer tranquilos en el Colegio de Huérfanos.

—Queremos ir a visitar Zaragoza, señor Aldea.

—Déjenos ir a un cine.

—Señor Aldea, dénos permiso para ir a los toros.

El propio Gobernador ha dado unas entradas para que algunos vayan a la corrida de la tarde. Esto ocurrió a las cuatro de la tarde y ya a las seis hay un grupo ante la puerta esperando el regreso de los de la plaza. Cuando entran en el vestíbulo se ven rodeados y estrechados a preguntas:

—¿Cómo son las corridas?

—¿Son grandes los toros?

—¿Da miedo verlo?

Es José María González el más elocuente.

—Gente, era un mundo lo que allí había... Y muchos coches fuera... Yo no podré vivir en una ciudad con tanto tráfico como ésta... Luego entras y venden unas almohadas para sentarse, porque los asientos son de piedra... Se está muy blando con las almohadas. ¡Ah! luego vienen unos hombres con unos delantales de cuero, donde cuelgan copas y botellas de vino; no es como en Rusia, que hay que salir fuera para beber.

Mientras José María González cuenta lo que acaba de ver, los demás están maravillados, con los ojos tan abiertos que parece que se les escapan de las órbitas.

—La gente grita mucho y se ríe por todo... ¡Qué mujeres había y qué trajes más raros! Aquí

son más delgadas que en Rusia; otro tipo. Vi a un americano con una camisa que llevaba dibujado todo lo que se le quiera echar: barcos, flores, casas, automóviles... y de muchos colores... Luego abren una puerta y entran en lo redondo de la plaza los toreros... Hay banda de música también... Yo no sé qué hacen y de pronto se queda vacío todo y aparece el toro.

—¿Cómo era de grande?

—¿Eran muy largos los cuernos?

Señala el testigo de la corrida casi un metro de longitud para los cuernos del toro.

—Me gustaba mucho verle al principio... Torero que se ponía delante con una capa, torero que saltaba la primera barrera... Y la gente volvía a chillar... Se revolvió el bicho y soplaban como un condenado... ¡Ay, madre, qué vueltas daba! Lo que menos me gusta es que echan los caballos muy pronto... El toro los atacaba, pero el del caballo les metía una pica muy larga... Veía muy bien los agujeros... Pero otra vez ya no quería atacar más.

—Eso es que ya estaba escarmentado...

Mientras los de los toros cuentan y no acaban hay otros que han estado pegados a la radio para escuchar las informaciones de los partidos de fútbol.

—El Bilbao es el mejor equipo de fútbol. Tienen que contratar a Gómez, que está esperando poder venir. Juega de la cabeza mejor que nadie... En el Torpedo era el amo dando cabezazos... De piernas es más flojo que los rusos, sin embargo.

—Pues yo me voy a hacer del Madrid.

La radio, según se corre como la pólvora entre los repatriados, ha dado una noticia que los excita a todos.

—Hemos cogido Moscú y han dicho que al llegar a España nos han metido presos en un edificio moderno, que nos tienen aquí encerrados sin dejarnos ir con las familias...

—Eso es para que los que intentan venirse a España cojan miedo.

Para algunos, esta noticia de Moscú es la confirmación definitiva de sus falsedades.

—Así nos han tenido veinte años, mintiendo y mintiendo.

MAQUINAS DE FOTOGRAFIAS JUNTO AL PILAR

Tres repatriadas piden autorización para ir a visitar el Pilar. Va a ser su primer encuentro con las calles de una ciudad española yendo solas. Avenida de Isabel la Católica abajo, en dirección a la plaza de Aragón, marchan las tres. Se quedan plantadas como estatuas de piedra ante el edificio gigantesco de los Servicios del Seguro de Enfermedad.

—¿Y atienden ahí a los obreros?

—Vaya una arquitectura...

Encuentran a una vendedora ambulante, que lleva en la cesta unas onzas de chocolate. Titubean mucho antes de aproximarse a ella. La más decidida de las tres entabla el trato y de repente se lanzan contra las piezas de chocolate para llevárselas todas. Por la avenida de Calvo Sotelo

van andando mordisqueándolas, disfrutando como niños.

—No hay casi chocolate en Rusia, y el poco que se vende tiene un precio que es sólo para los ricos.

Al llegar a la acera de los escaparates, las tres repatriadas no dan casi un paso. Una hora permanecen clavadas delante de cada comercio.

—Ya ves, no valen nada comparándolos con los de aquí los relojes que hemos comprado... Eso que nos decían que en España únicamente los terratenientes podían usar reloj... Son mucho más baratos y más bonitos.

—¡Mira, mira! Lana para hacer chalecos... Con las ganas que tengo de tejarme uno... En cuanto llegue a casa voy a decir a mi padre que me compre madejas de lana verde como aquellas de allí.

En la plaza del Pilar se encuentran con un grupo de repatriados. Ellos iban también a visitar el templo, pero a la entrada han visto a los fotógrafos que allí trabajan. Entonces, lo divino queda olvidado.

—¿Me pueden dejar ver sus máquinas?

—¿Cuánto vale la suya?

—¿A cómo se podría vender esta que he traído?

Rodeando a los fotógrafos, estos hombres repatriados se acercan más a la mentalidad de los niños que se fueron hace veinte años. Porque son como niños con sus cámaras fotográficas nuevas, sin estrenar todavía que las llevan colgadas del hombro día y noche. Son el objeto de más valor que han poseído en tantos años de trabajar recto; ahí están sus ahorros de la U. R. S. S. Las cuidan y las limpian y limpian con esmero una mota de polvo que caiga en la funda. Ninguno de los presentes se decide a tirar una placa ante el templo a la vista de las palomas, junto a la fuente donde chapotean con el agua.

—No gastes película aquí. Pedro; a lo mejor vemos algo más bonito.

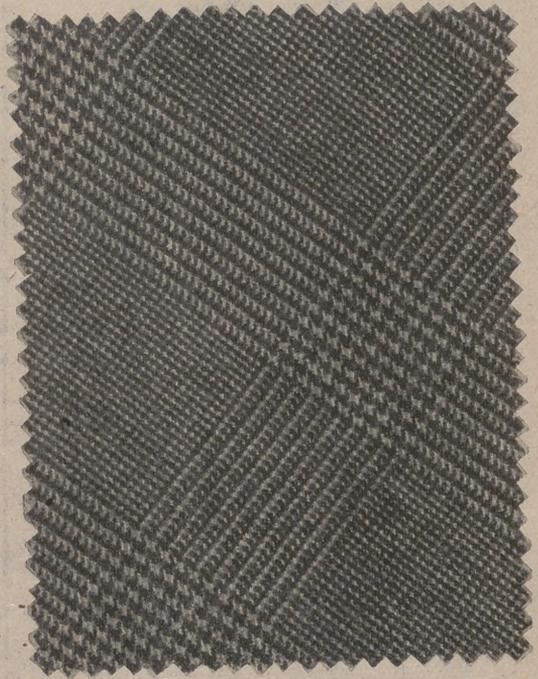
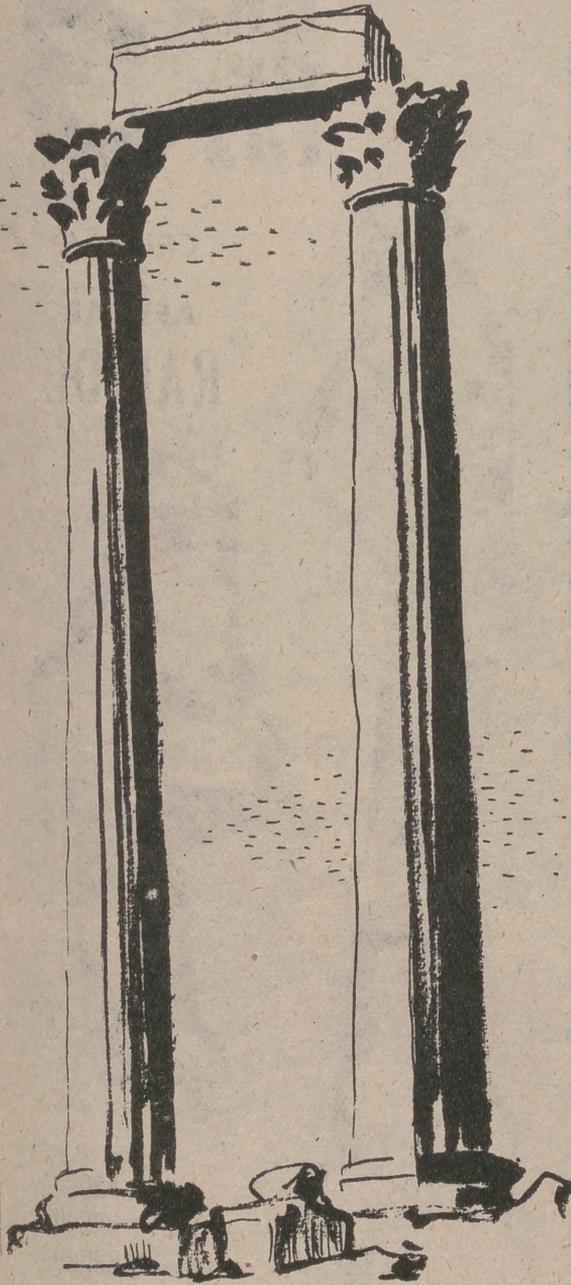
Se acaban el tiempo hasta que se acuerdan que iban a conocer el Pilar. Entran con incertidumbre y se quedan inmutados ante la sagrada imagen, iluminada con mil velas. Miran y remiran la fila de devotos que se acercan a besar la piedra. No apartan sus ojos de los soldados que se hinchan de rodillas a los pies de la Virgen. Luego han vuelto a alzar sus miradas a la imagen. A uno le brillan las pupilas, y ya fuera, dice pensativo:

—De estas cosas nunca nos han hablado en Rusia.

Vuelven los otros al tema de las máquinas de fotografías y no se dan cuenta de que uno de sus compañeros se ha ido alejando con pasos indecisos hacia el templo del Pilar.

Ése grupo ha regresado después al Colegio de Huérfanos del Magisterio. Llegaron sus familiares y el hogar les ha recogido ya. El edificio de la avenida de Isabel la Católica se ha ido quedando vacío. Los repatriados se fueron, pero la lección de sus vidas y sus penas no merece ser olvidada de ningún español.

CLASICO



Paños...



Fontcuberta

GARANTIA DE UNA PRODUCCION

CLARIN



OTOÑO
 en el gran
 Departamento de
 CABALLEROS
 de

Galerías Preciosos

Elija una de Las **3**



CREMAS
 DE
 AFEITAR
RAPIDE

- CON BROCHA
- SIN BROCHA
- CON BROCHA MENTOLADA

SOLO
17
 Pts

CONTIENEN
ANOBIAL
 EL BACTERICIDA
 DE LA MAXIMA EFICACIA

SON
 PRODUCTOS

Marlice

CREMAS DE AFEITAR **RAPIDE**

LAS NOCHES SE ILUMINAN CON NUEVOS K-W

España está ganando
la batalla
de la electricidad

Un viaje de tres días
a lo largo de una
historia de 20 años

ALGUN día se escribirá en España un grande y hermoso libro épico, en el que se narrarán las proezas, riesgos y venturas de los financieros, ingenieros y trabajadores españoles que han conquistado para el país la electricidad, luchando bravamente en el frente de las restricciones, ganando quijotescas batallas a los ríos, a las montañas, a los lagos, a fuerza de dinero, de matemáticas, de cemento, de hierro y de músculos. Será como un gran poema pitagórico escrito con el agua, con el granito, con las turbinas y con un fantástico «requiem» por el al-

ma de esas docenas de pueblos que, como los buenos soldados, han tenido que morir ahogados para que otros pudieran vivir; pueblos que son como los navíos hundidos en una batalla naval victoriosa.

Para fines de este año de 1956, España habrá casi cuatriplicado la cifra de su producción eléctrica con relación a lo que producíamos en 1936. Esto quiere decir que ningún otro país del mundo ha conseguido otro tanto en el mismo período de tiempo y que vamos camino de convertirnos en una potencia hidroeléctrica de

primer rango en Europa. Hemos batido aquí todas las marcas. ¿Por qué?

Porque, señores, había que comenzar por el comienzo. Siguiendo el ejemplo de Dios en la Creación, había que empezar por crear la luz, por el «fiat lux», por la energía; sin ella, todo programa de industrialización sería un puro disparate, un poner el carro delante del caballo. Se comenzó por donde era preciso comenzar, y es ahora, en 1956, cuando el carro



Vista panorámica de la nueva central hidroeléctrica de San Esteban del Sil



El Caudillo recorre las instalaciones de San Esteban, acompañado de su esposa y los Ministros de Industria y Obras Públicas

está listo para unirlo al caballo. Hemos tardado veinte años en lograr este objetivo, pero la luz se ha hecho. Hemos salido ya de las tinieblas; hemos salido ya de aquella pobre España que se podía recorrer de punta a cabo, de noche, en tren o por carretera, casi en la más completa oscuridad. Los que viajaban por España hace diez o quince años nada más recordarían perfectamente aquellas estaciones de tránsito iluminadas por una bombilla amarillenta y sucia, y aquellos pueblos oscuros con una bombilla cada cien metros, que apenas permitían distinguir las fachadas de las casas, sumidas en una deprimente oscuridad.

Hoy, viajando de noche por España, pueden verse brillantes como ascuas los pueblos que se recuestan en los valles. Hay siempre animación, porque hay luz, en las calles, y en las noches de verano la música de fondo de los aparatos de radio encendidos llegan en ráfagas hasta el viajero. Aquellas viejas estaciones silenciosas y desiertas resplandecen hoy con sus tubos de neón, y veinte o treinta kilómetros antes de llegar a una ciudad podemos ver ya reflejado en el cielo ese halo blanco lechoso de su alumbrado.

España es otra de noche, como es otra de día. Y esto, como mejor se advierte, es sobrevolándola en los aviones nocturnos. Desde la ventanilla del aparato se ven abajo millones y millones de puntos de luz, como si la tierra fuese un lago en cuyas aguas se reflejasen las estrellas de una noche de verano. Hay una sensación de vida nueva que estimula, por-

que uno no puede olvidar, hace años, su primer vuelo nocturno sobre España, cuando abajo no había más que tinieblas, como si navegásemos sobre una tierra muerta y abandonada.

¡Sí; definitivamente, también de noche España es otra.

LAS NUEVAS NOCHES DE ESPAÑA

Pero este milagro de la luz tiene una historia que hay que contársela a los que no la saben. Porque antes de que estas nuevas noches de España fuesen posibles hubo que detener las aguas de los ríos; hubo que horadar montañas de granito; hubo que levantar colosales paredes de cemento y hierro, y hubo que reunir sumas de centenares de millones de pesetas. Un breve capítulo de esta historia es lo que vamos a contar ahora.

El día primero de este mes de octubre, España entera celebró el XX aniversario de la exaltación de Francisco Franco a la Jefatura del Estado. Acontecimiento como éste tiene su inevitable parte ceremonial y suntuaria. El Caudillo dió a la Historia lo que es de la Historia. Pero antes recorrió varios millares de kilómetros «a tumba abierta», como dicen los ciclistas, por pistas polvorientas y resbaladizas, pegadas a tremendos abismos, que llevaban a las centrales hidroeléctricas recientemente terminadas. En esta viaje dejó a sus espaldas, con el eco de los vítores y los aplausos, el eco del zumbido de las turbinas puestas en marcha, generando energía para nuestras fábricas,

para nuestras ciudades, para nuestros hogares.

Antaño, en cada etapa de su recorrido, los gobernantes españoles dejaban como precioso testimonio de su paso un florido discurso. Las pobres gentes decían: «Fulano ha estado muy bien», porque en aquella España estar bien consistía en hablar bien, y se volvían a su casa resignadamente, porque no esperaban nada de nadie. Francisco Franco, en todo su recorrido desde San Esteban del Sil hasta Moncabril, no pronunció ni un solo discurso. Sólo en Barrios de Luna subió a una tribuna para gritar: «¡Arriba España!» ¿Para qué pronunciar discursos? ¿Sus promesas? Allí estaban, convertidas en grandes presas. ¿Sus metaforas? Allí estaban las torres de conducción. ¿Sus consignas? Allí estaban las turbinas, zumbando. No salieron a colación tópicos manidos, pero sí los kilovatios-hora; no se citaron los sacrosantos principios de la Revolución Francesa, pero sí las toneladas de cemento que se invirtieron en tan gigantescas obras. Porque, entre otras cosas, los españoles estamos aprendiendo a hablar el lenguaje—¡por fin!—del mundo en que vivimos; el lenguaje de una civilización técnica que, se quiera o no, nos está preparando un mundo mejor para todos.

No faltará quien lance: «Eso es materialismo». Nada de eso. Esto nos hace a todos más optimistas. Nos trae más salud y más provecho para nuestros hijos, hace subir nuestro nivel de vida. Una obra, en fin, que está llena de espíritu, porque sólo el espíritu crea, fecunda y da sentido a tanto esfuerzo penoso. Los sueños de una generación de españoles, ingenieros y obreros, financieros y administradores, están plasmados espléndidamente hoy en los saltos que acaba de inaugurar Francisco Franco, que fué el primero, en esdumular y en creer en la realización de esos sueños. En San Esteban, en Moncabril, en Barrios de Luna, ingenieros de menos de treinta años, que están pasando su juventud sobre los andamios colgados en el vacío, nos enseñaban, como quien enseña un hogar recién fundado, aquellas naves colosales de las centrales, aquellas salas de mando, aquellas turbinas compradas a precio de oro.

Uno recuerda, inevitablemente, a aquellos ingenieros españoles, recién terminada la carrera, que jugaban al tute en las pensiones de Madrid y que aspiraban a un cómodo puesto burocrático en cualquier lánguida Empresa. Estos de ahora han elegido el camino difícil; pudiéramos decir que se han casado con su regla de cálculo. Pero también podemos decir que nunca hemos encontrado una gente tan feliz, tan sana y, con sus pocos años, tan experimentada. Su mundo es el hormigón, el río que hay que regular y la electricidad. Fuera de este mundo ciclópeo, complejo y peligroso, una casita en la falda de la montaña, con geráneos, con un tocadiscos, con una mujer y unos hijos.

Y quien dice ingenieros dice obreros. En estas Empresas hidroeléctricas, las relaciones entre empresarios, técnicos y obreros no



Bella perspectiva aérea de las instalaciones de la central hidroeléctrica de Los Barrios de Luna

acusar esa deformación sociológica que inevitablemente traen consigo las grandes ciudades. Aquí, todos son miembros de una única sociedad, tripulantes de un mismo navío. Todos llevan, esencialmente, la misma vida. Entre las distintas capas de esta sociedad, nacida la víspera, no se interpone la distancia ni el papeleo; no hay mando anónimo, ni las ordenes llegan por teléfono en la obra. La relación es directa, personal y amistosa.

A la sombra de estos grandes saltos han surgido unas comunidades humanas ejemplares para quienes sueñan con un nuevo tipo de empresa. Para ellas nada ha sido fácil; crecieron entre el estampido de los barrenos, en los valles profundos, en unas condiciones durísimas, y tienen ese sello recio de la montaña. Hoy, las actividades sociales, culturales, deportivas, de estas comunidades han alcanzado un auge que no pueden sospechar desde Madrid.

Al pie de cada presa ha surgido un puñado de viviendas, con sus jardines. De presa a presa puede haber muchos kilómetros. Pero todos estos poblados dispersos río arriba o río abajo, tienen como lazo de unión, como canal comunitario, la Empresa.

EL «ESPIRITU DE MONCABRIL»

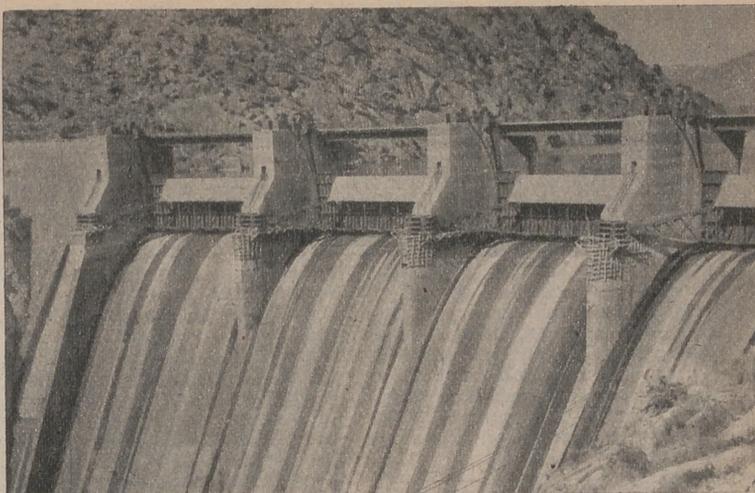
Sólo una cuestión de tiempo nos permitió oalar mejor en una de estas Empresas, en nuestra carrera tras el Caudillo y su séquito. Fué la Hidroeléctrica de Moncabril. Aquí nos enteramos de que hay un «espíritu de Moncabril» y un «asentir en Moncabril». Equivalen, respectivamente, a un «espíritu de España» y a un «sentir en español», sólo que reducido al marco de una empresa.

La Hidroeléctrica de Moncabril edita un boletín informativo que se titula «Lago de Sanabria». Como boletín no tiene nada que envidiar a una revista de campañillas editada en Madrid o Barcelona. Al frente del Comité de Redacción figura una mujer, Matilde Gallardo. Y la revista tiene su sección de «Corresponsales en las obras». Estos corresponsales envían noticias tremendas, como éstas: «Nuestro simpático botones, Manolo, se encuentra disfrutando sus bien merecidas vacaciones. Eso quiere decir que nos quedamos todos sin bocadillo.»

O: «Ha quedado enrasada la pantalla de hormigón a la cota 1,514 hasta el contrafuerte 22, y se ha hormigonado en la zona de gravedad del extremo izquierdo con blondín. El plan previsto se ha rebasado en un 5 por 100.»

Las noticias deportivas son especialmente «moncabriles». Al parecer, los encuentros entre la grasa y la tinta (taller y oficinas) de los de la Delegación de Ribadelago tuvieron comienzos muy difíciles, pues acabó acordándose que todo el mundo tenía que jugar en zapatillas, «salvo don Gabriel, nuestro director, que lo hacía con botas de esquelar, con sus hierros y todo».

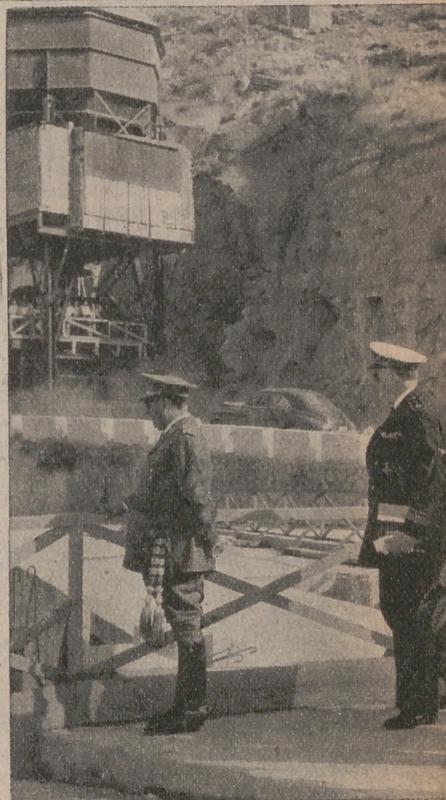
Y ya que estamos refiriéndonos a esta magnífica revista «Lago de Sanabria» no podemos resistir la tentación de copiar aquí



una página que merece incorporarse con todos los honores a la historia de electrificación de España. Son los comienzos de la Hidroeléctrica de Moncabril, y seguramente no responden a la idea que generalmente se tiene del mundo de las altas finanzas.

«Permitásenos recordar —escribe don Gabriel Barceló— cuando éramos un reducido grupo de personas en el modesto y oscuro piso de Bárbara de Braganza, confundidos consejeros y personal; cuando la oficina terminaba a altas horas de la noche, con comidas en la tasca contigua. ¡Aquel día de febrero de 1947, que para presentar el proyecto de concesión del Bibey la oficina duró sin interrupción treinta y seis horas...!»

Ahora esos comienzos sobre el terreno, en Ribadelago, evocados por uno de los empleados «fundadores», un pionero: «La oficina estaba instalada en Ribadelago, en la planta alta de Casa Fidel (entonces alcalde pedáneo) en una de las habitaciones mayores. Este dormitorio-oficina de 4 por 3 metros aproximadamente (ideal para batir todos los records de premios de puntualidad al trabajo), se componía de dos camas (las nuestras), separadas por una silla que nos servía de mesilla de noche... Referente a los útiles de trabajo, me cabe el honor de ha-



Franco visita las obras de Saucelle.—
Arriba: Una vista del pantano



Instalaciones de la central de Moncabril

ber sido el portador de la primera máquina de escribir de nuestra Sociedad en Ribadela. Esta «Remington», si existe, debiera pasar al «Museo de trastos célebres» por ser donde se confeccionaron las relaciones de obreros y familiares para solicitar los beneficios del economato minero...

Sigue el relato a través de las tres eras por que pasó Moncabril: la era del quinqué, la del petromax y, finalmente, la de la electricidad producida «a domicilio».

Así nació una gran Empresa española, hoy próspera, que al conmemorar el décimo aniversario de su fundación pública, en la galería de «los primeros pobladores» figura la fotografía de Escalástica Camacho, encargada de la limpieza.

UN MARATHON DE DIFICULTADES

Para levantar saltos como los del Sil, o Barrios de Luna, o Moncabril no sólo hubo que vencer dificultades físicas y financieras. Fué preciso también luchar contra dudas y escepticismos. Así, por ejemplo, cuando apenas habían comenzado las obras en Saltos del Sil se puso en circulación el «bulo» de que España no sería capaz de consumir toda la energía eléctrica que iba a producirse. Se temía, en una palabra, una «indigestión de kilovatios», a los que no se encontraría colocación por estar saturado el mercado nacional.

Saltos del Sil había hecho otros cálculos más optimistas, y que aun siéndolo se quedaron por debajo de la realidad. Sostenía que para 1955 ó 56, fecha en que quedarían terminadas las obras, la energía que produjese sería inmediatamente absorbida. Los cálculos se basaban en la experiencia de que a lo largo del siglo actual el incremento de consumo eléctrico en España era anualmente de un 75 por 100. Quiere decirse que para 1956 el consumo llegaría a los 10.000 millones de kilovatios-hora.

Resultó que esta cifra fué rebasada en 1955, que el incremento de consumo anual fué de un 12 por 100 como media y que los cálculos de Saltos del Sil se quedaron rezagados en un 15 ó 20 por 100.

Gracias a esta confianza en la capacidad de consumo de España nos hemos salvado ya en estos últimos años de las inevitables restricciones impuestas por nuestro típico estiaje de los meses de noviembre.

Después vinieron las dificultades por falta de divisas, necesarias para importar maquinaria de fabricación extranjera. Sólo Saltos del Sil exigía compras por valor de tres millones de libras esterlinas.

Pero al final todas las dificultades quedaron vencidas y Saltos del Sil, lo mismo que Moncabril pudo celebrar el décimo aniversario de su fundación inaugurando esa gran presa de San Esteban, que durante algún tiempo será la mayor de España y una de las mayores de Europa hasta que otro gigante de hormigón le «pise» la marca.

Conviene señalar aquí un he-

cho muy significativo: tanto Saltos del Sil como la Hidroeléctrica de Moncabril iniciaron sus trabajos en 1945, año en que terminó la segunda guerra mundial y en que se fraguaba contra nuestro país una conspiración internacional. De forma que casi coincidieron aquella gigantesca manifestación del pueblo de Madrid en la plaza de Oriente en torno al Caudillo, en señal de adhesión al Régimen y de fe en su porvenir, y los comienzos de estas grandes obras hidroeléctricas, que han tirado para arriba imperturbablemente, mientras fuera de España se nos negaba el pan y la sal. Cualquiera país se hubiese accquinado, o al menos habría esperado «a ver en qué termina esto». Pero nosotros, lejos de pararnos, nos metimos en las empresas más difíciles y costosas, con un resultado calculado en el mejor de los casos a diez años visto...

Cierto que la compensación ha sido óptima. Leemos en una Memoria del Consejo de Administración de Eléctricas Leonesas que el producto de la explotación de Barrios de Luna ha pasado de 1.735.245 pesetas en 1941, a pesetas 63.197.406 en 1955. En catorce años, sesenta y dos veces más pesetas. No está mal.

La producción total de kilovatios-hora para esas fechas fué, respectivamente, de 9.309.082 y de 98.861.309. Tampoco está mal.

SAUCELLE

Terminado apenas este viaje del Caudillo por los nuevos saltos que han constelado de lagos artificiales extensas regiones de Orense, Zamora y León, transformando con la vida de los ribereños la fisonomía del paisaje español, cruzado en todas direcciones por las torres de conducción de los cables, que acompañan al viajero a todas partes y que ya se salen de nuestras fronteras, por Francia y Portugal. Terminado apenas, decíamos, este viaje, realmente agotador, el Jefe del Estado, el mismo día que en el campo de San Fernando, por tierras de Salamanca, triunfaba la evocación emocionada y viril del XX aniversario de su exaltación a la Jefatura del Estado, salía para Saucelle, donde, sobre un tramo del Duero, que forma frontera española con Portugal, había de inaugurar otro salto gigantesco con una producción anual de 1.050 millones de kilovatios-hora. Sólo en la presa, de 83 metros de altura, se emplearon 250.000 metros cúbicos de hormigón.

Así como el destino de la energía de Saltos del Sil es la región centro y Francia, la de Saucelle

va desinada a la región más industrializada de España: Vizcaya. De donde resulta que las factorías vizcainas van a quedar acubierto de restricciones gracias a la energía eléctrica que le envía esta tierra salmantina, ferratiente y ganadera, un poco de antítesis, si se quiere, de la Vizcaya metalúrgica y marinera. Así se van complementando los recursos de nuestras provincias y trabándose sus intereses y avatares. Está visto que la técnica trabaja también a favor de la esencial unidad de España. Saucelle y Baracaldo, pongamos por caso, han entrado por esta vía en un mismo circuito económico y humano, y sus destinos ya no podrán separarse jamás.

EL MILAGRO ESPAÑOL

Esta que comenzamos a enterver en este viaje de San Esteban, en Galicia, a Saucelle, en Salamanca, es definitivamente una nueva España. Esta expresión de «nueva España» no era más que una ilusión hace veinte años, cuando ni siquiera habíamos puesto manos a la obra, porque sobre el país que queríamos renovar se combatía en un frente de más de 2.000 kilómetros. Hoy es una realidad. No podemos ni debemos descansar en esta realidad, porque evidentemente queda mucho por hacer, porque una nación se está haciendo siempre, como una tarea sin fin. Pero permitámonos volver un momento la cabeza atrás y evocar aquellos ríos españoles, el Sil, el Luna, el Duero, el Tera, virginales y turbulentos, desangrando todo su caudal en otros ríos y en el mar, sin regar tierras, dilapidando su tremenda energía potencial, barrenando montañas inaccesibles, puro paisaje y puro pintoresquismo; permitámonos evocar también aquella España a oscuras, aquellos pueblos que de noche sólo se podían recorrer cuando había claro de luna... Y ahora, veinte años más tarde, todo es diferente. La ingeniería, el trabajo, la fe, las ganas de vivir mejor y un país en paz, bien gobernado: desde hace veinte años, han nacido este auténtico milagro español, del que podemos sentirnos legítimamente orgullosos, porque nadie nos ha echado una mano y porque nos da una buena medida de lo que podemos hacer con otros veinte años de paz. Nadie en esta tierra desde hace siglos hacía proyectos para dentro de diez años. Ahora se ha demostrado que podemos proyectar para dentro de veinte y de cincuenta. Sí: «Es mejor encender una sola y minúscula candela que maldecir la oscuridad.» Aprender este proverbio chino que forma parte del «espíritu de Moncabril», de que más arriba hablamos, nos ha costado mucho tiempo. Hora es, pues, de que los españoles dejemos de maldecir y que cada uno encienda su candela, por minúscula que sea.

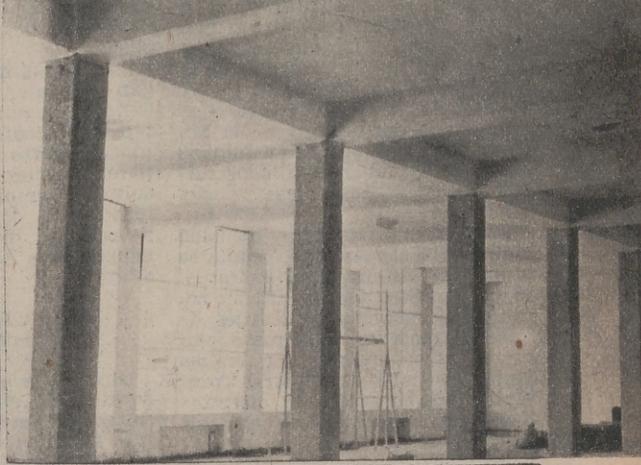
Esta es la lección que debemos sacar de un viaje de tres días a lo largo de una historia de veinte años.

M. BLANCO TOBIO

(Enviado especial.)

LEA USTED
POESÍA
ESPAÑOLA

UN COMEDOR CON MIL QUINIENTAS PLAZAS PARA ALUMNOS DE TODAS LAS FACULTADES



Los aspectos del nuevo comedor universitario que actualmente se construye en Madrid

FUNCIONARA SIN TURNOS POR EL MODERNO SISTEMA DEL "AUTO-SERVICIO"



Comedor de la Facultad de Veterinaria, y a la derecha, el comedor de la Universidad

LOS comedores de estudiantes de todos los países tienen un algo común de alegría, un tanto bohemia, que los clasifica en un grupo muy similar de instituciones, tan parecido en sus elementos que sólo ligeras variantes de indumentaria y algunos otros matices pueden diferenciarlos entre sí.

En la propensión al alegre desorden, los comedores de estudiantes de todo el mundo se parecen casi como una gota de agua a otra.

En ese gran comedor de estudiantes de todas las procedencias que es la «Maison Internationale» de la Ciudad Universitaria de París, creado gracias a la Fundación Rockefeller— cuando alguien se atreve a entrar en la sala de «autoservicio» con la cabeza cubierta, aunque sea por el gorrito más elemental, el primer estudiante que se da cuenta de la incorrección comienza a golpear la mesa con la cuchara y su ejemplo encuentra en seguida muchos imitadores, en la sala,

convertida en una gran caja de resonancias hasta que el ruido obliga a que la cabeza, femenina o masculina, culpable del desorden quede completamente descubierta. Entonces un grito y un respiro general de alegría invade la sala: ¡deshinchado!

LA ALEGRIA DE LOS EXTRANOS PROTOCOLOS

Sobre los extraños protocolos de los comedores de estudiantes de los más importantes países podríamos hacer todo un reportaje con sabor a platos nacionales y a un costumbrismo estudiantil, que si está circunscrito a tradiciones de Facultad o a modalidades de determinado país no deja por ello de tener ciertas características supranacionales en las que se dibuja, en líneas difuminadas, la más risible de las internacionales que es precisamente la que forman, sin darse cuenta de ello siquiera, esos estudiantes en potencia—algunos incluso pasados de edad y como eterni-

zados en las aulas— que recaen repetidamente en esa tendencia—no exenta de peligros—a tomar la evidente seriedad de la vida desde un ángulo hilarante.

Pero si nos perdiésemos en hablar de los comedores estudiantiles del mundo podríamos caer en el peligro de que se nos olvidara la actualidad española de estos días en que se abren al nuevo curso los comedores de estudiantes de la enseñanza superior.

SEIS COMEDORES UNIVERSITARIOS EN MADRID

El Sindicato Español Universitario, inquieto y juvenil, ha fomentado el alegre espíritu de los estudiantes no solamente en sus más expansivas creaciones—de las que las tunas estudiantiles son un brillante ejemplo—, sino también, entre otras muchas creaciones, en esos comedores que, además de su función asistencial, cumplen un evidente co-

metido de confraternización entre estudiantes que proceden de distintas provincias y han emprendido especializaciones profesionales diferentes.

Sólo en Madrid existen preparados, para este concurso académico que comienza, seis comedores universitarios para los estudiantes de las distintas Facultades de la capital de España. Tres de estos comedores de estudiantes son de nueva creación, el de la Facultad de Farmacia, el de la Escuela de Arquitectura y el nuevo comedor central «José Miguel Guitarte», que se instala en un edificio de nueva construcción de elegantes líneas funcionales.

Este último comedor ha sido planeado después de estudiarse diferentes sistemas del extranjero por quienes fueron allí en comisión de servicio, y después de haberse recogido numerosas opiniones de estudiantes que, en sus viajes más allá de nuestras fronteras, han conocido las distintas modalidades que ofrece el «self service».

EL MEJOR DE EUROPA

De una conjunción feliz entre los estudios técnicos y las consultas personales ha surgido la estructuración funcional del nuevo comedor «José Miguel Guitarte», que va a tener mil quinientas plazas y funcionará sin turnos de comida, sino de una manera continua por el sistema modernos del «autoservicio».

Las obras de este elegante edificio de nueva planta, construido en el patio posterior del «viejo caserón» de la calle de San Bernardo, han sido sufragadas por el Ministerio de Educación Nacional y la Comisaría de Protección Escolar.

Otro comedor universitario del S. E. U. que funcionará por el sistema del «autoservicio» es el de la Facultad de Ciencias situado en la Ciudad Universitaria, destinado exclusivamente a alumnos de aquella Facultad. El objeto principal de este comedor del S. E. U. es el de facilitar la comida del mediodía a aquellos alumnos que tienen que realizar prácticas de laboratorio por la tarde y carecen de tiempo para trasladarse a sus domicilios entre clase y clase. El comedor de la Facultad de Ciencias, con la puesta en práctica del sistema de «auto servicio» va a tener en este curso una capacidad de seiscientas plazas, o sea el doble de las que tenía el año pasado. Este comedor será el mejor de toda Europa en su clase, tanto por lo funcional de sus instalaciones como por la rapidez de servicio.

MÁS ASISTENCIA AL ESTUDIANTE

Por solicitud de la Dirección de la Escuela de Arquitectura ha sido montado para que entre en funcionamiento en el curso que comienza un pequeño comedor del S. E. U. con una capacidad de cincuenta plazas, que es el número aproximado de los alumnos que tienen prácticas por las tardes en aquella Escuela, todos los días, excepto los sábados.

El intervalo del verano ha sido

aprovechado por el S. E. U. de la Facultad de Farmacia para habilitar un nuevo comedor de estudiantes reservado a los alumnos de las Facultades de Farmacia, Medicina y Estomatología. En este comedor del S. E. U. podrá efectuarse solamente el almuerzo, como ocurre con todos los comedores de Facultad, excepto con el de Veterinaria, que sirve también cenas.

Las plazas de este comedor llegan al número de seiscientas.

En el elegante bar de la Facultad de Filosofía y Letras ha sido montado otro comedor del S. E. U. para los alumnos de aquella Facultad y también para los de Derecho, que, como es sabido van a ocupar, durante este curso, aquella área de la Ciudad Universitaria.

EN LA FACULTAD DE VETERINARIA

Casi en la glorieta de Embajadores, y en el edificio de la Facultad de Veterinaria, se encuentra situado otro comedor del S. E. U., que viene funcionando desde hace varios cursos. Con las reformas que en este comedor del S. E. U. se han efectuado recientemente en lo que se refiere a menaje y servicios ha mejorado en eficiencia. Este comedor del S. E. U. tiene una capacidad de trescientas plazas y es el único comedor de Facultad de cuantos existen en Madrid que sirve también cenas, y aunque en principio fue pensado para los alumnos de Veterinaria exclusivamente existe un criterio flexible, y son admitidos también alumnos de otras Facultades.

Pero de todos los comedores del S. E. U. que existen en la capital de España, de régimen normal o de «autoservicio», el mejor de todos ellos va a ser el nuevo comedor central «José Miguel Guitarte» para alumnos de todas las Facultades y hasta de todos los países, ya que es a este servicio central del viejo Jardín Botánico de Noviciado donde suelen ir, con carnet de cortesía, la mayor parte de los estudiantes extranjeros que, en iguales condiciones de trato que los españoles, se benefician de los servicios asistenciales montados por el Sindicato Español Universitario.

Sobre esto de la igualdad de trato que en los comedores universitarios de nuestro país se tiene sin distinción de nacionalidad, hay que decir que se trata de un aspecto más del espíritu hospitalario español, ya que en las otras naciones existen precios distintos para los estudiantes nacionales y los extranjeros. Se tiene allí el criterio de que no es justo el que los estudiantes no-nacionales se beneficien en la misma proporción de unos comedores subvencionados con recursos que se obtienen de la renta nacional del país de que se trate. En España la generosidad para con todos nos impide pararnos en estos detalles discriminatorios.

POR TODA LA GEOGRAFÍA

Otro dato del espíritu de amplitud que se tiene en el régimen de los comedores universitarios españoles lo demuestra el hecho de

que aunque la inmensa mayoría de ellos son, en principio, para estudiantes masculinos la presencia de alguna que otra muchacha comensal es admitido, por lo regular, como un hecho consumado visto con buenos ojos.

Ese silbido que señala la entrada de una muchacha en un comedor de estudiantes españoles es el mismo que se produce en esta clase de instituciones en todos los países, ya que la admiración ante la belleza no reconoce fronteras.

Hemos hablado de los comedores universitarios que existen en Madrid y que son seis actualmente, pero que hay doce más repartidos por toda la geografía española.

El comedor del S. E. U. de Barcelona funciona con un régimen especial concesionario que le especifica entre los demás comedores del S. E. U. de toda España.

Además del de Barcelona existen comedores universitarios del S. E. U. en Valencia, Sevilla, Zaragoza, Bilbao, San Sebastián, Santander, Pamplona, Granada, Huelva, Tarrasa y Canet de Mar.

Sobre la importancia asistencial de esos comedores universitarios da idea el dato de que el precio medio ha venido siendo el de cinco pesetas con cincuenta céntimos por comida, y además existen una gran cantidad de becas y medias becas que se otorgan a los estudiantes que necesitan más ayuda, siempre que su espíritu de trabajo les haga acreedores a esta asistencia que se cubre con fondos de Ayuda Universitaria y con becas concedidas por otros organismos.

LA EFICIENCIA DEL «AUTOSERVICIO»

La única discriminación que existe en estos comedores es la de que los beneficiados sean realmente estudiantes o bien graduados en alguna Facultad o Escuela Especial que se encuentren en el primer periodo de aplicación de sus conocimientos o bien no tengan todavía trabajo.

La meritoria obra social que realizan estos comedores estudiantiles como ayuda y hasta como convivencia, funcionando muchas veces en régimen antieconómico cubierto con las subvenciones de Ayuda Juvenil, es digna de ser destacada tanto más cuanto que los comedores españoles de estudiantes son los más económicos de toda Europa, incluso en sus precios relativos, y no han tenido nunca ese aire desastrado y casi indigente que no puede ni siquiera ocultar la pretendida «bohemia» de algunos comedores estudiantiles del extranjero.

Y la nueva modalidad del «autoservicio» que este año comienza a implantarse en algunos comedores universitarios españoles aumenta todavía más su «eficiencia» al suprimirse en ellos los turnos, al hacer que cada estudiante recoja los platos del menú en una bandeja que luego llevará, él mismo, a los servicios de lavado.

Estos comedores de «self service» que en Norteamérica existen en lo general son implantados primeramente en nuestro país por el Sindicato Español Universitario

F. COSTA TORRO



EL GRAN TINGLADO DE LAS ELECCIONES NORTEAMERICANAS TIENE SU EXPERTO:

GEORGE GALLUP

HASTA LA FECHA VA A LA CABEZA EL TANDEM EISENHOWER - NIXON

ESTAMOS en Chattanooga, Estado de Tennessee. Un joven americano camina por una de las calles de la ciudad. Aparenta unos treinta años. Es por la mañana del día 1 de mayo de 1956.

Ha intentado ya varias gestiones sin resultados positivos: busca a una mujer entre los treinta y cinco y los cuarenta y cinco años, casada, con dos niños, de posición económica desahogada, dedicada a las faenas del hogar, cultura media y con preferencias por el partido demócrata. En la última casa que ha visitado, la señora, una educada y bella señora de Chattanooga, reunía todas las condiciones anteriores, excepto la de poseer una cultura media: aquella mujer había cursado estudios superiores en la

Universidad de Princeton y no servía para el caso.

Por fin, se detiene en el número 349. Observa unos minutos la casa de dos pisos y el jardincillo. La mirada de experto parece aprobar el conjunto.

Este joven, auscultador del Instituto Gallup de Opinión Pública,

saluda cortésmente a la señora Clifford. Se da a conocer y empieza un hábil interrogatorio. Aileen Clifford resulta ser la mujer americana que necesitaba.

—Señora: entre mister Stevenson, mister Kefauver y mister Harriman, ¿quién piensa usted que tiene mayores probabilidades



George Gallup

para oponerse a Eisenhower: —Pues yo creo que mister Stevenson.

La respuesta queda anotada. Se remite rápidamente al American Institute of Public Opinion, que dirige George Gallup. De todo el país llegan varios millares de muestras semejantes. George Gallup realiza en la geografía americana uno de sus famosos sondeos de opinión pública. Está anticipando los resultados de las Convenciones demócrata y republicana para elegir, dentro de cada partido, los candidatos a Presidente y vicepresidente de los Estados Unidos.

Aileen Clifford ha sido una «muestra». Concretamente, que ella sea la que con su opinión influya en los resultados finales, es puro azar: el único azar. Que la pregunta fuese hecha en el Estado de Tennessee, en una ciudad llamada Chattanooga, a una mujer entre los treinta y cinco y cuarenta y cinco años, casada etcétera, es una consecuencia científica del complejo planteamiento total de la encuesta.

HASTA LA FECHA, EISENHOWER Y NIXON VAN A LA CABEZA, SEGUN LA «ELECCIONES GALLUP»

El gran tinglado de las elecciones norteamericanas comenzó el 17 de enero, en Louisiana, con la elección del gobernador del Estado. Terminará el 6 de noviembre, determinándose quiénes serán los nuevos Presidente y vicepresidente de los Estados Unidos desde enero de 1957 hasta enero de 1960. Durante este año se elegirán, además, 32 senadores, 435 representantes y 30 gobernadores.

El Instituto Gallup ha anticipado que el partido republicano —en aumento constante desde 1951— ha superado la popularidad que anteriormente tenía el demócrata. Por primera vez, a principios de 1956, independientemente del valor personal de los candidatos y de los programas de partidos, existió un 4 por 100 más de votos en republicano.

En el pasado abril, la opinión pública norteamericana, según una encuesta Gallup, daba vencedor al tándem Eisenhower-Nixon. Se trataba de adivinar qué posibilidades tenían las parejas Eisenho-

wer-Nixon y Stevenson-Kefauver. Entre los obreros especializados, a pesar de que aquel momento no resultaba del todo favorable—dadas las circunstancias políticas— para el bando republicano, votaron a la primera en 51 por 100. Stevenson y Kefauver alcanzaron solamente el 47 por 100 de los votos.

Este es uno más de los muchos sondeos que el Instituto viene realizando desde que el americano entra en la fase más espectacular de las elecciones. En este momento Estados Unidos vive solamente en función de lo que ocurrirá el próximo mes de noviembre. Más de 18 millones de americanos intervendrán voluntariamente en las campañas de ambos partidos, según la encuesta de Gallup. De estos 18 millones de soldados activos para la propaganda política electoral, corresponden cerca de 10 millones a los demócratas, y más de siete millones al partido republicano. En total, participan 8.570.000 mujeres entre ambos partidos. Treinta y uno de cada cien electores contribuirán a financiar la campaña, que costará, en total, 75 millones de dólares.

CON MAS DE TRES MESES DE ANTICIPACION GALLUP INDICO LOS FUTUROS CANDIDATOS DEMOCRATAS

El 13 de agosto comenzó en Chicago con gran aparato la Convención demócrata. Desfiles llamativos, música, bailes, gran alegría entre los partidarios... Seis días más tarde se inició en Chicago la Convención del partido republicano. Reuniones, desfiles, votaciones... Una vez terminadas, Eisenhower y Nixon se dejaban fotografiar sonrientes en unión de sus no menos sonrientes esposas: ambos han sido proclamados por sus respectivos partidarios candidatos para la Presidencia y vicepresidencia de la nación.

Por otro lado, en Chicago han posado igualmente Adlai Stevenson candidato demócrata a la Presidencia, junto a Estes Kefauver, que hace honor con su sonrisa al apodo popular con el que se le conoce: «Cara de ratón». Kefauver, candidato a la vicepresidencia es de la izquierda política

americana. Todo ello ocurría el pasado mes de agosto.

Mucho antes, en mayo de este mismo año, el Instituto Americano de Opinión Pública hace un escrutinio, del que resulta, sin tener en cuenta los votantes del Sur, que de los tres posibles candidatos que enfrentará a Eisenhower, Stevenson le derrotaría por 46 contra 42 votos por cada 100. Kefauver también derrotaría a Eisenhower por una mínima diferencia de un voto por cada ciento. Harriman, sin tener en cuenta los Estados del Sur, perdía frente al actual Presidente por una gran diferencia.

Es decir, según la encuesta Gallup, los hombres más interesantes para oponerse a la candidatura republicana eran Stevenson y Kefauver por este orden: exactamente los mismos y por el mismo orden que el partido demócrata en la Convención del 13 de agosto —tres meses y trece días más tarde— designaría para enfrentarlos al tándem Eisenhower-Nixon.

La exactitud de esta «predicción» no necesita comenzarnos de ninguna clase del funcionamiento y base científica de los hombres que integran el Instituto Americano de Opinión Pública.

EL ELECTOR AMERICANO ES EL MAS COMODO DEL MUNDO

El elector americano es el más cómodo del mundo; solamente del 41 al 51 por 100 de los electores acuden a depositar su voto. En Italia, por el contrario, es el 92 por 100 del censo electoral el que acude a las urnas. Siguen Inglaterra y Suecia, con un 83 por 100, y Francia, con el 76. En Canadá, 74 de cada 100 electores cumplen su compromiso. Por eso en Estados Unidos tienen gran importancia los menores movimientos de opinión. Hasta el último momento se han de tener en cuenta los factores que pueden sumar o restar votos a cada partido.

Uno de los factores que, según George Gallup, crece a favor de los republicanos es la popularidad de Dwight D. Eisenhower. Desde 1953, ha contado con una media del 70 por 100 de seguidores. Los momentos de mayor popularidad de Eisenhower ocurren después



Las inscripciones en el censo son comprobadas por empleados y empleadas que recorren todas las zonas del país

de la firma de la tregua en Corea; después del mensaje atómico del Presidente a la O. N. U.; después de la firma, en 1954, de la tregua de Indochina, y durante la crisis del problema de Formosa y las dos Chinas. Alcanza su punto máximo a continuación de la reunión de los cuatro grandes en 1955, con el 79 por 100 de la opinión pública norteamericana a su favor. Más adelante analizaremos el interesante estado de conformidad o desacuerdo del pueblo norteamericano con la Administración Eisenhower hasta el pasado mes de agosto.

No hay que olvidar que las llamadas «elecciones Gallup» reflejan un estado de opinión en un momento determinado. No pueden ser «predicciones», como generalmente se entiende, y menos en este caso, teniendo en cuenta la gran movilidad de la opinión electoral norteamericana. Cuanto más nos acercamos al 9 de noviembre, los anticipos de George Gallup tendrán mayores posibilidades de acierto.

Por ejemplo: que Frank Sinatra intervenga en la campaña electoral de los demócratas significa—según los expertos del partido—una importante suma de millares de votos a favor. Los republicanos han dado su réplica adecuada contratando a Irene Dunne.

He aquí, hasta la fecha, una lista de atracciones por cada bando:

Demócratas: Mirna Loy, Frank Sinatra, un equipo de modelos de Nueva York, «cow-girls», músicos, payasos, bailes, cohetes, etcétera.

Los republicanos, que son algo más serios en su propaganda electoral, de todos modos, han contratado a Irene Dunne, Jane Powell, George Murphy, Robert Montgomery y otras atracciones. Cada uno de ellos significa un número elevado de votos a favor del partido en que milita.

GALLUP Y SU INSTITUTO AMERICANO DE OPINION PUBLICA

En 1948 se presentan candidatos a la Presidencia de los Esta-



La propaganda de los candidatos se distribuye entre todos los futuros electores

dos Unidos Dewey y Truman. George Gallup ha realizado una encuesta para saber quién de los dos será Presidente. Ya se han recibido todas las muestras, y Gallup espera—dominando su impaciencia—frente a las máquinas especiales electrocontables que van señalando cifras y porcentajes.

Al final, sus especialistas—después de interpretar los resultados—le llevan una hoja de papel. Dice: Presidente, Dewey.

A los pocos momentos la radio, el telégrafo y el teléfono han extendido la noticia por todo el mundo: las «elecciones Gallup» han dado como Presidente de los Estados Unidos a Dewey.

A la hora de la verdad, como

se sabe, Harry Truman sería reelegido por otros cuatro años.

George Gallup tiene que hacer frente a lo que el mundo ha calificado como el mayor error del Instituto Americano de Opinión Pública. Ya nadie confía, ni siquiera se recuerda su mayor éxito al «predecir» en 1936 el triunfo de Roosevelt.

—¿Qué ha ocurrido?

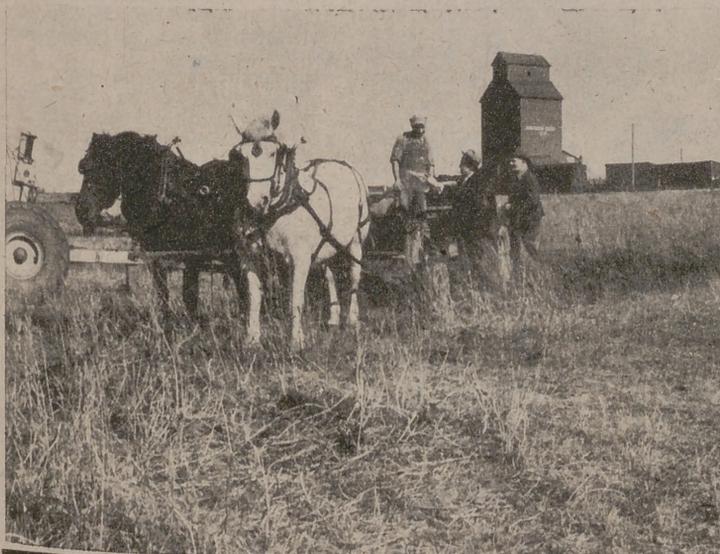
El fundador del Instituto, aquel licenciado en Ciencias Económicas por la Universidad de Iowa, aquel antiguo periodista, que hoy tiene cincuenta y cinco años, conoce perfectamente las causas del pretendido fracaso.

Ocho días antes de la votación final los grandes contingentes agrícolas de Middle-West, ilusionados por el conocimiento del proyecto de una ley de Truman que les afectaba especialmente, retiran—en el último momento—su apoyo a la candidatura de Dewey.

George Gallup se ve obligado a dar a la publicidad los principios científicos en los que ha basado su encuesta. En las discusiones públicas afirma:

—La auscultación refleja con exactitud un estado de opinión determinado en el momento de la encuesta. Si las circunstancias cambian no es culpa que los resultados sean distintos a los previstos.

Los auscultadores del Instituto son unos expertos psicólogos. El cerebro del plan para la organización de la encuesta es un sociólogo hábil, al mismo tiempo que un buen psicólogo. La parte más delicada está en manos del agente que ha de realizar la entrevista directa.



Agentes del Gallup interrogan a numerosas personas de todas las clases sociales para hacer sus cálculos preelectorales

Muchas veces se emplean procedimientos indirectos o una combinación de los dos. Para llegar a la conclusión de que el 87 por 100 de los hombres americanos lloran en el cine, George Gallup realizó una investigación por medio de la observación y de la entrevista directa.

Los Institutos de Opinión Pública de todo el mundo hacen encuestas de todo tipo, desde las políticas hasta las científicas o médicas. Algunas son muy curiosas: el Instituto Doxa ha adivinado que el 12 por 100 de los italianos considera que el error más grave de su vida ha sido dejar de estudiar, y que para otro 6 por 100 consiste en haberse casado. En Suecia se sabe que el 79 por 100 de las mujeres nacionales los prefieren fieles, ante todo, y solamente un mínimo del 4 por 100 son tan románticas que desean un marido «sin ninguna experiencia amorosa». En España, esté o no esté usted de acuerdo, el ideal más generalizado, según nuestro Instituto de Opinión Pública, es una joven morena, de ojos negros, religiosa, trabajadora, guapa y, a ser posible, estudiante.

Los americanos juzgan a sus esposas, en primer lugar, por las tartas, y luego por los asados. Según Gallup, el 31 por 100 opina que su mujer no se esfuerza en hacer más apetitosa la comida.

Claro está que estos sondeos resultan más sencillos que «adivinar» el nombre del futuro Presidente de la nación.

EISENHOWER, UNA POPULARIDAD CONTINUA MAYOR QUE LA DE ROOSEVELT Y TRUMAN EN TODO MOMENTO

Se dijo de Dwight D. Eisenhower que había avanzado más en el camino hacia la Casa Blanca no buscando la Presidencia, que cualquiera de quienes han trabajado para conseguir el primer cargo del país.



Una de las máquinas utilizadas en Norteamérica para comprobación y recuento de votos

El posiblemente futuro presidente de los Estados Unidos es un hombre sencillo que no necesita de los costosos consejos de los especialistas en relaciones públicas. Es un hombre que siendo ya Presidente ha dicho en una concentración de tropas:

—Quisiera ser recordado como el jefe de Estado Mayor que hizo algo para mejorar el rancho del Ejército.

Una vez le preguntaron los periodistas cuál era su título preferido. Eisenhower contestó sencillamente:

—«Ike».

Es un Presidente americano que se deja fotografiar con todos los aparejos de un auténtico pescador. Un Presidente que cuando sonríe lo hace con toda sinceridad, no es simplemente una demostración del estado de su dentadura. Sus discursos son claros y están salpicados de vivencias personales. Hablando de muestras de una total seguridad en lo que dice. Por todo ello Dwight D. Eisenhower no necesita ir detrás de los sabios consejos de una oficina de relaciones pública: lo lleva en la sangre.

La última encuesta del Instituto Gallup acerca del estado de opinión del pueblo americano sobre la gestión de su Presidente es muy reciente: se publicó el 23 de agosto pasado. El Instituto de Opinión Pública Americano estima que un 67 por 100 del pueblo le otorga el voto de confianza. El aumento de su popularidad en cuarenta y tres meses ha sido de un 70 por 100, es decir, la misma que cuando en 1952 ascendió por primera vez a la Presidencia.

—¿Está usted de acuerdo o no, con el método seguido por Eisenhower en el desempeño de sus funciones como Presidente?

—Sí estoy de acuerdo—contestaron el 67 por 100 de los americanos.

—Es curioso señalar que Roosevelt en sus últimos años sólo alcanzó el 63 por 100 y Truman

en los siete años que ocupó la Casa Blanca tuvo una media del 46 por 100 de seguidores. En determinado momento alcanzó el 87 por 100 para bajar rápidamente a un 23 por 100.

George Gallup sigue preguntando:

—¿Hay algún gremio en esta región que haya resultado perjudicado en la administración de Eisenhower?

Setenta y cuatro de cada cien americanos contestaron negativamente. El 26 por 100 restante que se considera perjudicado por la administración Eisenhower está constituido del modo siguiente: Un 11 por 100 de granjeros, un 2 por 100 de trabajadores y de negros, un 1 por 100 de pequeños negociantes y veteranos. El 9 por 100 que falta se distribuye entre «no ha contestado» y otras respuestas.

Esta popularidad es espejo de la actitud dominante en la masa americana. Esta actitud ha sido tradicionalmente modificada, al final, por las campañas propagandísticas de los partidos políticos.

LOS GRANJEROS AMERICANOS Y LOS NEGROS —SEGUN GALLUP—ES POSIBLE QUE VOTEN EN CONTRA DE EISENHOWER

Los dos factores de última hora que según el Instituto Gallup pueden influir en los resultados de las elecciones norteamericanas son el peso electoral de la población negra: hoy más demócrata que cuando hace cuatro años este partido ocupaba el Poder, y, el creciente descontento de los granjeros por la política de precios agrícolas del secretario de Agricultura, Ezra Benson.

George Gallup hizo estas dos preguntas:

—¿Está usted conforme con la manera de llevar los precios agrícolas y la administración de los mismos que sigue la Administración republicana?

Cuarenta y tres de cada cien granjeros contestaron que no estaban satisfechos contra el treinta que opinaron lo contrario. La zona de los Estados Unidos de mayor porcentaje de granjeros descontentos es la del Medio Oeste americano.

La segunda se hizo así:

—¿Aprueba o no la manera como el secretario de Agricultura, Ezra Benson, está llevando este asunto?

—Desapruebo — contestaron 37 de cada cien, frente a un 30 por ciento que aprobaron.

Por otro lado, los electores de color fuera del Sur prefieren al partido demócrata por un margen de más de 2 a 1. En el Sur la preferencia aumenta en más de un 3 por 1 en favor del mismo partido. El profesor Gallup la explica basándose en los factores económicos derivados de la lenta concentración de la población negra en las grandes ciudades del Norte.

Hasta la fecha, estos son los últimos factores que pueden quitar peso en la balanza de la popularidad de Eisenhower antes de las elecciones más complicadas del mundo.

Fernando M. ETCHEVERRY

UN CONGRESO ESPAÑOL PARA EL ESTADO RELIGIOSO ESPAÑOL

1.150 religiosos,
1.100 sacerdotes,
2.160 religiosas
han participado en las
sesiones del Congreso
de Perfección y
Apostolado celebrado
en Madrid

LA ADMIRACION DEL CARDENAL VALERI



El salón de actos durante una sesión general

La Escuela de Estomatología en la Ciudad Universitaria de Madrid, escenario del Congreso

sombreros seculares pero negros y pantalones asomando una cuarta bajo unas sotanas relativamente cortas. Si acaso gabanes sacerdotales «made in Iberoamérica, Portugal o Gibraltar».

También el Congreso Nacional de Apostolado y Perfección ha trascendido las fronteras españolas para buscar la diversa moda sacerdotal de allende los mares.

—El mejor arco iris de la iglesia hispanoamericana. No lo dude.

En los pasillos de la Escuela de Estomatología, mientras hablaba de sus cosas y de su archidiócesis, el arzobispo de Santiago de Cuba. Fué el comentario de un capuchino a un sacerdote secular. Después ambos se acercaron a comprar unas revistas del P. P. C. a la puerta de la Escuela. El mejor arco iris de la iglesia hispanoamericana señalando su amanecida desde Madrid.

Con los autobuses y las motos no podía faltar en la Facultad de Medicina el guardia de la circulación. Porque el aparcamiento es apretado.

Después, una sala —la de la Escuela de Estomatología— más apretada aún: cinco mil sacerdotes, religiosos y religiosas, amén de los miembros de los Institutos Seculares Femeninos. A la izquierda de la sala, los primeros; a la derecha, las segundas. En medio, una treintena de solideos

DESDE la plaza de España a la Moncloa —cualquier vecino curioso lo puede atestiguar— y de la Moncloa a la Facultad de Medicina, en la Universitaria, dos docenas de autobuses han sido puntuales a una cita singular. Día a día, desde el 23 de septiembre hasta el 3 de octubre, han venido recogiendo a varios millares de sacerdotes y religiosas para trasladarlos a la Escuela de Estomatología. Allí se han celebrado las sesiones comunes del Congreso Nacional de Perfección y Apostolado. Un Congreso español para el estado religioso español.

Con los autobuses, las motos y

los turismos particulares. Hoy el clero español hace buenas migas con el nuevo peatón de la calle. Con la moto. Por eso, a los autobuses y a los turismos que durante diez días han partido puntualmente a las nueve y media de la mañana camino de la Facultad de Medicina, ha seguido una esteta de sotanas motorizadas. Sotanas negras y hábitos marrones, negros, blancos y negros, azules, con siglas en colores; tocas rizadas, cofias abiertas o cerradas y tintineos de enormes rosarios a la cintura; cuellos romanos, españoles, alzacuellos exóticos y menos exóticos, capuchas tradicionales,



El acto inaugural del Congreso se celebró en la iglesia de San Francisco de Borja

y capas rojas, a veces ocultando un pectoral episcopal; presidiendo, una capa morada: la del cardenal Valero Valeri, prefecto de la Sagrada Congregación de Religiosos. Con él, una representación de la Roma eterna: monseñor Antonio Samoré, secretario de Asuntos Exteriores Extraordinarios del Vaticano, y el padre Arcadio Larraona, secretario de la Sagrada Congregación de Religiosos.

Un frente común, de la Institución que hace 1956 años recibió este crisma: «Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella».

LA GARANTIA HUMANA

A los seis días de la apertura del Congreso, el cardenal Valero Valeri salió de su mutismo romano.

—Estoy admirado de la altura del clero secular español.

La figura de monseñor Valero Valeri, delgado — enjuto más bien—, alcanza difícilmente el metro con 65 de altura. Camina despacio, observando continuamente—sin apenas mover la cabeza—lo que pasa a su alrededor. Monseñor Valeri nació en Santa Flora (Italia) en 1883. Estudió en la Universidad de San Apolinar de Roma y se doctoró en Teología y Derecho Canónico Civil. Ordenado sacerdote en 1907, ejerció el profesorado en varios centros eclesiásticos.

En 1921 pasó a formar parte de la Secretaría de Estado. Fué delegado Apostólico en Egipto, Palestina, Transjordania y Arabia. Consagrado obispo en 1927, desempeñó el cargo de Nuncio Apostólico en Rumania, en Francia y en la misma Italia.

A mediados de 1950, monseñor Valeri fué nombrado presidente del Comité central del Año Santo. En el Consistorio de 1953 fué creado cardenal, y desde hace tres años está al frente de la Sagrada Congregación de Religiosos. Monseñor Valeri domina el castellano y está condecorado con la Gran Cruz de Isabel la Católica y—recientemente—con la Gran Cruz de la Orden de Carlos III.

Al día siguiente estrechaba al arzobispo de Santiago de Cuba, y se dejaba fotografiar en unión de los obispos presentes al final de la sesión de la mañana. Había hablado Roma, y las cosas de Roma andan despacio. Tan despacio y tan calladamente como el mismo cardenal cuando entonó el «Veni, Creator Spiritus» en la iglesia madrileña de San Francisco de Borja durante la apertura del Congreso.

En el altar mayor, el estado mayor. Con el prefecto de la Sagrada Congregación de Religiosos, el Cardenal Primado, el Nuncio Apostólico, el Patriarca Obispo de Madrid-Alcalá, los distintos preladados asistentes, la Comisión or-

ganizadora de ambos clerics y el Tribunal de la Rota.

Se dió lectura a un telegrama del Congreso a Su Santidad y otro al Jefe del Estado español. Desde Roma había llegado una carta del Vicario de Cristo: «Ha llegado la hora de tratar de la integridad de las costumbres, de la santidad de cada uno y de actualizar los medios de apostolado con arreglo a las normas cristianas, tanto en lo que se refiere a la vida doméstica como en lo que toca a los centros de enseñanza y recta formación de la juventud, a la publicación de escritos y a las asociaciones piadosas de todo género».

«Roma locuta est.» Había hablado Roma, la garantía sobrenatural del Congreso. Ahora tenían la palabra los participantes del mismo. La garantía humana.

EL CUARTEL GENERAL: CLAUDIO COELLO, 32

La afluencia de congresistas ha sido grande. La sorpresa de los organizadores, mayor. No se pensó, al principio, en número tan elevado, y, al final, ocurrió lo que tenía que ocurrir. No había lugar en la posada.

—Si no me llevo a acordar de mi paisano, me hubiera tenido que conformar con un banco del Retiro.

Era un sacerdote andaluz que me hablaba —precisamente en el Retiro— mientras arrojaba unas monedas al elefante que las atrapa y las deja en la mano del guardián.

—¿Sabes? «Perras chicas, porque así le cuesta más al elefante cogerlas».

La mañana perteneció por entero al Congreso, la tarde, al Congreso y a la curiosidad por ver Madrid.

—Yo vine, naturalmente, al Congreso y... ¿sabes?, también a ver Madrid. Ya que está uno aquí...

Este sacerdote andaluz —párroco de un pueblo malagueño: Alora— reparte su tiempo con prisas. Porque a la vez que se sienta todas las mañanas no lejos de la treintena de obispos en la Escuela de Estomatología, le gusta sentarse por las tardes en un banco del Retiro. Sobre todo, pasar por la Casa de Fieras.

—¡Si mi coadjutor viera esto...!

Su coadjutor —casi desde el confesionario despidió al párroco que venía a Madrid— se quedó con las ganas de verlo, y le pidió un recuerdo de la Cibeles.

—¿Cuál pudiera ser?
—El que me llevo de Claudio Coello, 32.

El cuartel general del Congreso. Por allí se dice que todos andan medio locos o tienen el don de la ubicación. La cabeza visible e invisible del magno Congreso es el padre Escudero, del Corazón de María. Si se le busca en Claudio Coello, está en las sesiones especiales para religiosos; si va uno allí, hace exactamente cinco minutos que salió para Claudio Coello.

Al fin se enteró uno de que debe tener un cerebro electrónico. Desde hace año y medio ha planeado toda la organización y realización interna del Congreso. Ha contestado a más de 60.000 cartas y a unas 850 comunicaciones enviadas para las Ponencias de las

cinco grandes secciones en que se dividió el Congreso.

Sección común para los cinco mil congresistas, para sacerdotes seculares, para religiosos, para religiosas y para los miembros de los Institutos seculares.

Solamente las comunicaciones enviadas a la sección primera tuvieron una extensión exacta de 56.800 líneas. Todas, leídas por el padre Escudero. En las sesiones comunes para los cinco mil —Escuela de Estomatología—, un orador desarrollaba el tema correspondiente durante media hora; un moderador exponía —algo más de un cuarto de hora— las ideas interesantes de las comunicaciones enviadas y dirigía la discusión, que nunca faltó. Por último, hablaba un prelado.

Después, sesiones generales por separado, para sacerdotes seculares, religiosos, religiosas e Institutos seculares. Esta misma división de los participantes comenzaba a las cinco de la tarde. Entre horario no faltó quien canturreaba el himno del Congreso o mientras esperaba el comienzo de la Ponencia. «Ubi caritas et amor, Deus ibi est.» Donde está el amor y la caridad, allí está Dios.

Después, la calle. No faltó quien se perdía todas las tardes.

—¡En este Madrid no cuajoyo!
—¡Claro, con tres calles y media que tiene tu pueblo...!
—¡Llévame en tu «Vespa», que si no no llego.

Los dos sacerdotes salieron de estampía. El de atrás se encomendaba a todos los santos y guardaba su breviario en el bolsillo para poder cogerse mejor a su compañero. Por si las moscas.

—¡Esas curvitas y esas luces bizcas...!

El problema del alojamiento se fué resolviendo y no quedó otra cosa sino que cada cual encontrara su domicilio, que también fué otro problema. Las cifras de asistencia buscaron los números redondos: 1.150 religiosos, 1.100 sacerdotes seculares y 2.160 religiosas.

Los centros oficiales de alojamiento fueron quince para los sacerdotes y religiosos; para las religiosas, seis, teniendo en cuenta que la mayoría del clero regular se alojó en las casas de sus propias congregaciones. Al frente de este ejército de cinco mil congresistas estuvieron con el cardenal Valeri tres cardenales —los de Toledo, Tarragona y Santiago de Compostela—, cuatro arzobispos y 42 obispos.

En el cuartel general sólo se oía este comentario cuando los secretarios de sesiones acudían a intercambiar sus impresiones y concretar los temas para «Congreso», el diario del mismo:

—¡Estomatología? ¡Esto mata a todo el que estudia Teología!
—sevillano tenía que ser el sacerdote que lo dijo.

¿Quién pagó toda esta gigantesca movilización? La pregunta es indiscreta, pero el periodista tiene la obligación de hacerla. Y, maliciosamente, acude a las mujeres del cuartel general. Sin embargo, allí la discreción está repartida al 50 por 100 entre los dos sexos; algo pudo sacar. Los gastos han rebasado el medio millón de pesetas. Pero, lo que es más importante, la Secretaría general del Congreso no debe una

sola peseta. Fué la primera batalla que ganó este cuartel general.

NO PODIAN FALTAR LOS ANTECEDENTES ROMANOS

Roma dió otra vez la pauta. Como siempre. El Congreso Nacional de Apostolado y Perfección de Madrid fué pensado, históricamente, para religiosos y religiosos nada más. Después, por la universalidad de los temas se agregó la sección de sacerdotes seculares.

Jamás en la Historia de España y de la Iglesia española se han unido tan armónicamente los frentes de la perfección y el apostolado con la precisión y la hermandad de ahora.

El Congreso es un eslabón, auténticamente español, de una cadena de asambleas en las que Roma dió la pauta: Congreso Internacional de Religiosos en la Ciudad Eterna, durante el Año Santo de 1950. Entonces hubo Instituto que ofreció 15.000 misas para el éxito del mismo. Acababa de entrar en la Historia de la Iglesia la Constitución del Papa Pío XII «Próvida Mater Ecclesia».

No se pretendía revolucionar la vida religiosa como algunos pensaron: suprimir hábitos, abolir Reglas, fusionar Ordenes dispersas.

—Simplemente —como dice el padre Larraona— actualizar la vida religiosa a los tiempos modernos.

Los italianos lo llaman «aggiornamento». Un «aggiornamento» que creó la Junta de Superiores Generales y abrió las asambleas volantes de la Iglesia.

Madrid ha venido a confirmar

este abierto sentido con las sesiones del pasado Congreso. No tanto que los seglares hayan tenido no sólo ni voz ni voto, pero ni presencia en cualquier acto parlamentario.

—Oiga, padre: tengo que informar... Quisiera pasar...

—Lo siento.

—Verá... ¿conoce al provisor del Obispado de Málaga? El me dejaría entrar...

Hube de conformarme con esperar, entre actos al provisor de Málaga, don Manuel González Ruiz. Pero la puerta quedó abierta, y un sillón del final ocupado por un seglar, oyendo la voz y el voto del parlamento que durante diez días se estableció en el salón de actos de la residencia jesuita de Maldonado, 1, o en Juan Bravo, 13.

CAMPANILLAZOS A GRANEL

Los han dado los obispos en las sesiones democráticas de las tardes. El que más ha usado de la campanilla para imponer silencio ha sido el obispo de Solsona, monseñor Vicente Enrique y Tarrancón, secretario del Episcopado español y presidente congresista de la Comisión para el clero secular.

«La perfección sacerdotal y sus características especiales.» «La pobreza evangélica en el sacerdote.» «Superiores de seminarios.» «Reglas y Constituciones.» Cualquier tema era bueno para que los asambleístas levantaran el dedo pidiendo la palabra.

—Yo creo —decía liberalmente un anciano sacerdote— que en vez de tantas «Vespas» debían de darnos a cada uno un burro o



El cardenal Valeri, prefecto de la Sagrada Congregación de Religiosos, preside la inauguración del Congreso



Prelados que asistieron a la inauguración del Congreso

una bicicleta de segunda mano. Eso, en todo caso...

No le dejó terminar el murmullo disconforme de la sala. Varios dedos se levantaron como cuando lo hacían en el seminario. Hubo propuestas y contrapropuestas. Entonces recordé el impecable «jeep» en el que unas monjas altas llegaron a Madrid y a la Universitaria.

—¿Son ustedes vascas?

—Nozotra zomo de la Congregación de Jesús y María.

Sobraba cualquier comentario. Junto a aquel «jeep» impecable aparcado ante la Escuela de Estomatología, una «rubia» desvencijada. Bajaron cuatro monjitas, todas silenciosas. «I. H. S.» Eran hermanitas de la Cruz.

El anciano sacerdote que pretendía un burro se tuvo que sentar un poco mohino. Claro que él ya no estaba para los trotes de una moto. Sin embargo, quedo bien sentado que si hacía falta una «Vespa» para el apostolado, a echar mano del nuevo peatón de la calle.

—(En tanto, en cuanto.)

Fué la última palabra de los obispos presentes, con el último campanillazo presidencial.

Otro día le tocó el tema a la Acción Católica. Y otro al apostolado de sacerdote con los intelectuales. Y otro, al sacerdote y al campo social.

Así hasta dar cabida a los cien —otra vez en busca de los números redondos— temas del Congreso: diez para los cinco mil en la Universitaria —la perfección y el apostolado en la Iglesia; la organización de la perfección y del apostolado en la Iglesia; los Institutos Seculares, Asociaciones Sacerdotales de Perfección, la Acción Católica y las otras asociaciones católicas, amor al pueblo Instituto y egoísmo colectivo, la formación religiosa, sacerdotal y apostólica en sus diferentes etapas; al formación intelectual, apostolado secular, coordinación y unificación del apostolado en ambos cleros— y los restantes, por separado para sacerdotes, religiosos, religiosas e Institutos Seculares.

—No se pretende unicidad, sino unidad.

Otra vez el provisor del Obispado malagueño.

Es decir, hacer valer los derechos de una frase del Papa: «Ha pasado la hora de los esfuerzos aislados y dispersos».

Por eso, la finalidad primordial del Congreso ha sido la unidad: «Aspiramos a la unidad—decía el Patriarca de Madrid-Alcalá—, lo mismo en el sacerdocio secular que en los estados de perfección, para lanzarse después bajo el signo de la unión más fraternal, a un combate, en el cual, si ha de ser eficaz, es necesario que cuente con la santidad, la perfección de las personas y la perfección también de los métodos y medios que se empleen».

El Papa así lo quiere y lo pregonaba como el secreto de ese Mundo Mejor tantas veces propuesto. «Ut omnes unum sint». Para que todos sean uno, como uno es Cristo con su Padre.

—Si, como dice el refrán—terminaba en una de sus conferencias el obispo de Córdoba—, detrás de cada santo se esconde un diablo, pongamos buen cuidado no vaya a ser que entre todas estas cosas (las referentes al Congreso) ande algún diablillo escondido.

Es decir, negación de los partidismos dentro del Catolicismo español. Catolicismo de unidad. Cristianismo romano, que no consiste en mirarse con recelo el uno al otro, sino en mirarse los dos en la misma dirección. No se llegará nunca a la unidad—expresado



El cardenal Valeri comenta satisfactoriamente el desarrollo del Congreso

ba en una de las sesiones el padre César Vaca—tratando de conquistar todo el campo ajeno, sino renunciando por Cristo al propio.

CARAMELOS Y «COCA-COLA»

No sólo de pan vive el hombre. Pero normalmente tampoco vive sin pan. Los congresistas, que llegaron tumultuosamente a Madrid cubiertos con sotanas y sayales, con hábitos y tocas de todas las formas geométricas imaginables son —claro está— hombres y mujeres.

Tienen sed en medio de unas conferencias que duran más de dos horas. Para ellos montó el dominico padre Antonio del Riego un servicio original: «Coca Cola» y caramelos.

—Pensé —dijo el padre Del Riego— que este verano con retraso pudo haber jugado una mala pasada a los congresistas.

—Por eso les dió usted la «Coca-Cola» de cada día...

—Y los caramelos «de perfección».

De perfección, porque los elaboraron unas monjitas contemplativas, las que siguieron el Congreso a través de las rejías; y porque las monjitas contemplativas se llevan la palma elaborando caramelos. Más de dos mil bolsitas, preparadas quizá entre salmo y salmo, para luego ser comidas —quién sabe— entre «Maitines» y «Laudes».

Por probarlos—o por llevar la receta a su tierra—, el arzobispo de Santiago de Cuba se interesó por los caramelos. Este prelado—sucesor en la sede episcopal de San Antonio María Claret—no vino expresamente al Congreso, pero pasó por él. No trajo de Cuba ni siquiera el manteo. Vino a España con prisas. Vino a buscar sacerdotes para su archidiócesis, y la ocasión se le pintaba calva.

—No me fié ni del correo ni del telégrafo.

—¿Tantos sacerdotes necesita?

—Sólo tengo ciento diez—entre seculares y religiosos—para una archidiócesis de un millón de habitantes. Y sólo cuento con un Seminario Menor.

Un nuevo pabellón, que le ha costado 100.000 dólares. Cuatro millones de pesetas. El arzobispo vino el año pasado a la misma faena: a llevarse sacerdotes, porque «España completa así su obra en América».

—Sacerdotes como los de Málaga que han ido a Venezuela, con los tres votos.

Los alumnos del Seminario Mayor de Santiago de Cuba van a Ciudad Trujillo, a Vitoria o a Salamanca. El arzobispo tiene puesto su esperanza en un Seminario Mayor y en monseñor Samoré, secretario de Asuntos Extraordinarios del Vaticano, que le dió 25.000 dólares para el pabellón que se ha construído.

—Claro que espero que no sean los últimos.

El ala derecha de la sala en la Escuela de Estomatología también interesó al arzobispo. El ala de las religiosas. También vino a espigar entre ellas. Nada tiene de extraño que algunas de esas religiosas casi se vayan a Cuba directamente desde el Congreso en vez de a sus conventos espa-

ñoles. Que empleen para el viaje de regreso el avión o el barco en vez del «jeep» o la rubia desventajada que las trajo. Porque el Congreso también se ha ocupado de la vida misionera, y la vida misionera española quiso el Papa—además de quererlo España—que fuese América.

EL NUMERO DE LOS ELEGIDOS

La discusión vino con unas cañas de cerveza, no lejos del lugar de las sesiones especiales, en Maldonado, 1. Quince sacerdotes jóvenes apuraban su vaso, acompañándolo con unas raciones de patatas fritas. Varios sacerdotes maduros—chapados a la antigua, dice la gente—pasaron y saludaron, siguiendo su camino.

—Debiéramos haber pasado dentro; a lo mejor...

A lo mejor—hubo un voto—también entre las cañas de cerveza anda Dios, como entre los pucheros y peroles de Santa Teresa. «Peccata minuta». Un cuarto de hora después los quince sacerdotes jóvenes se fueron hacia la Cibele porque no sabían llegar hasta allí sin perderse.

Se fueron hablando de las vocaciones sacerdotales—otro tema del Congreso—y de los 22.100 sacerdotes españoles de hoy contra 34.420 en 1920. Pasada la ola de sangre, el punto más bajo no se alcanza en 1939, sino en 1951, por la ausencia de ordenaciones, que vienen a sumarse a las bajas por muerte. En ese último año España tiene 21.298 sacerdotes seculares, que han de atender a un movimiento demográfico en constante alza a partir de la guerra. Entonces tocaba un saberdote por cada 1.319 almas.

Pero irrumpen ahora las nuevas promociones sacerdotales. Ya se ha subido a 22.100 sacerdotes. En sólo el año 1954 se ordenaron 1.030 seminaristas, y el año pasado unos 1.050. En resumen, hay en España 102.600 sacerdotes y religiosos de ambos sexos, y existe la posibilidad de aumentar su número en notable proporción si se cultivan y apoyan económicamente muchas vocaciones que hoy se abandonan.

TODOS CON VOZ Y VOTO

Con este tema sacerdotal, el del nuevo catecismo que está en preparación ocupó un lugar destacado entre las sesiones especiales del Congreso.

—Un catecismo—decía un día don Santos Beguiristain, autor de «Por esos pueblos de Dios», según los lugares, las regiones y las pías costumbres. Como pedía San Francisco.

La democracia de la sala scitizó que se hablase de las publicaciones y revistas católicas. Empezó don Santos.

—¡No se oye!

El auditorio pidió revistas competentes y orientación. Don Santos aprovechó la ocasión para hacer propaganda de la P. P. C. y un sacerdote bilbaíno, joven, levantó el dedo. Tuvo que esperar turno. Habló de su experiencia revolver y de lo fioñas que son las publicaciones que han venido saliendo casi hasta ahora. Añadió algo que no era consus-



El obispo auxiliar de Madrid, monseñor Lahiguera, da lectura al telegrama dirigido al Jefe del Estado español

tancial al tema, sino a uno de los participantes al tema:

—Se han perdido unos lentes; son tan gruesos que me da pena de su dueño.

Intervenciones popularesacerdotales. Por ellas se ha distinguido el Congreso de Perfección y Apostolado de Madrid.

En la Facultad de Medicina, ser obispo apenas se diferenciaba de ser sacerdote. El primero, en coche; el segundo, si acaso, en moto. Por lo demás, en nada. Mezclados unos y otros. No puedo olvidar la camaradería con que un sacerdote, el bíblico don José María González—que tampoco vino al Congreso, sino a la Semana Bíblica—, echaba su brazo por los hombros del obispo auxiliar de Madrid monseñor Lahiguera. Ambos se fueron así charlando. Después se separaron. El obispo al coche y el sacerdote a su «Vespa».

Una vez más, estuvo al alcalde del clero hispano la garantía humana de un Congreso de Perfección y Apostolado. Un Congreso español, para el estado religioso español. Que a duras penas pudo encontrar billetes de regreso y tuvo que ir apretado en los trenes. El día 3 de octubre, de cada



Nuestro redactor conversa con don Manuel González, provisor del Obispado de Málaga, que habló sobre la pobreza del sacerdote

veinte viajeros de la Renfe cuatro vestían el hábito talar.

La Iglesia sigue dominando todos los tiempos. Y floreciendo. El cielo y la tierra pasarán, pero las palabras de Cristo no pasarán: «Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.»

Juan J. PALOP

REFLEXIONES SUAVEMENTE GREPUSCULARES

Por Nicolás GONZALEZ-RUIZ

TODO el mundo quiere ser joven. Las victorias que obligan a retroceder a la vejez se anotan como gloriosos triunfos de la ciencia y de la razón. Las abuelas guapas, los abuelos dinámicos, son un exponente de la sociedad nueva. Se han alejado modestamente, a decir verdad, las fronteras del mundo invisible; pero el pequeño margen obtenido sirve para ahuyentar muchos graves pensamientos. La juventud demasiado larga nos priva de dulces emociones y de reflexiones fecundas. El doble proceso de vivir y de darse cuenta de que uno está vivo, de lo que eso significa y vale, no es posible que se verifique en la juventud. Durante ésta, solamente vivir ocupa todo el tiempo. Y si nos esforzamos en que la juventud se prolongue, si no le abrimos de buena gana la puerta a la vejez, con un saludo de bienvenida, corremos el riesgo de seguir ocupados en vivir. Y la muerte nos pillaré de susto. Nos parecerá apresurada y prematura, porque no habremos tenido lugar de percatarnos de que vivíamos.

No se puede al mismo tiempo ir en la procesión y verla pasar. Y hay años para todo. Años en los que por nada del mundo dejaría uno de incluirse en el gran desfile procesional y aspiraría a llevar el estandarte mayor. Grandes esfuerzos y grandes satisfacciones. Pero debe haber años en los que uno se siente en el amplio sillón metálico al borde del paseo a ver sencillamente cómo la procesión pasa. El que se quiera incluir en el desfile todos los años, uno tras otro, acabará por morir-se sin haber visto la procesión y no podrá responder con seguridad cuando le pregunten por ella, que de seguro habrán de preguntarle. Todos sabemos de qué manera contaba el soldado combatiente la batalla de Waterloo. Le faltaba el haberla visto desde arriba para apreciar el conjunto. Exactamente desde arriba, que es desde donde hay que ver las cosas.

Lo digo lo más sencillamente que puedo, porque me repugna el estilo campanudo, inseparable de la filosofía barata. ¿Qué calidad puede tener lo

que esté barato en los días de hoy? Pero al sentirme maduras en la vida y endulzárseme el alma, no me acomete esa desesperación moderna que ataca como un microbio virulento a los que no se resignan a envejecer. No estoy libre de que me hayan puesto penicilina ni de otras medicaciones recientes. Por eso tengo un aire en cierto modo juvenil que inclina a algunas malas personas a aconsejarme que oculte que soy seis veces abuelo. Pero lo que yo deseo vivamente es que me dejen gozar, sin interrumpirme de ciertas alegrías mansas y sencillas que no se pueden disfrutar más que en la vejez.

Si uno se obstina en no tener tiempo de ver a los nietos (como ha de confesar que no lo tuvo de ver a sus hijos), es que desea seguir inmerso en la corriente colectiva, en vez de subirse a la torre de los años para contemplar el espectáculo. Y el espectáculo no puede ser más divertido. Tan divertido como le resulta el de la escena de un teatro para el actor que ha sabido retirarse a tiempo y convertirse en espectador. El solo se da cuenta, entre todos, de que aquel gesto de espanto con que el actor se ha llevado la mano a la boca era para evitar que se le despegase el bigote. El sabe cuándo el aplomo solemne es ignorancia del papel. Sabe muchas cosas y por eso se divierte y se ríe. Si se empeñase en seguir representando, se fatigaría mucho y se reírían de él.

Considero insustancial, frívola y de pésimo gusto la actitud de los que al hombre viejo tratan de comunicarle un consuelo diciéndole que no es viejo. Lo peor es que algunos de los que lo son se pongan contentos al oír que no lo son. "¿Cómo? —debieran decir—. ¿Quiéres usted arrebatar-me este bien de ser viejo, de haber vivido, de haber llegado a saber renunciar, de darme cuenta de que debo irme despidiendo con cariño y gratitud de la luz del sol y del fulgor de las estrellas? Lo que usted pretende, señor mío, es ver si yo, entretejido con vanas ilusiones estériles, voy dándole mi alma al diablo, que es quien le utiliza a usted como emisario suyo, porque siempre se vale para ello de la gente tonta y vacía. Soy viejo, gracias a Dios. Quiero sentarme a ver pasar la vida y a reirme un poco de ustedes. A reirme con afecto y comprensión, eso sí; pero sintiendo el gozo de haberme quedado fuera de la carrera de las inútiles ambiciones para dedicarme a rezar y a tomar el sol."

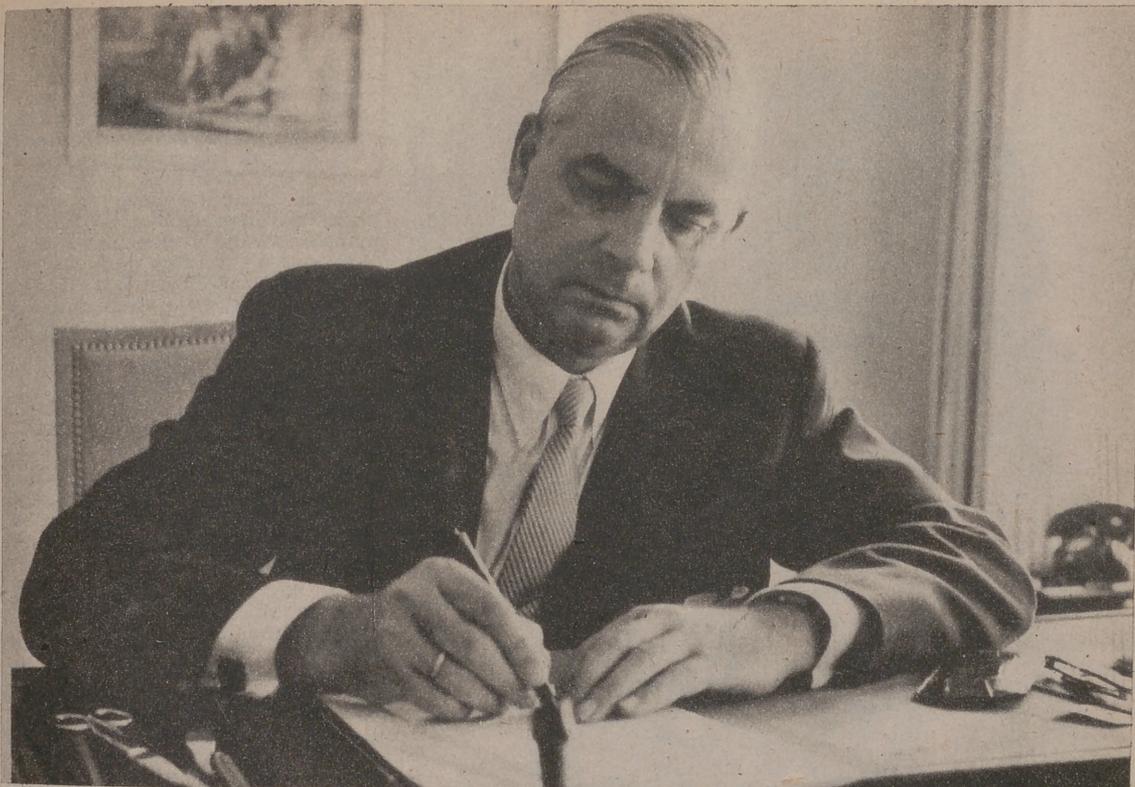
Yo, cuando veo un viejo que ha llegado dignamente a viejo, le doy la enhorabuena y pienso si Dios me deparará la dicha de alcanzar una vejez limpia y desinteresada para ver pasar la procesión, divertirme un poco al mirar la importancia que se da la gente y prepararme para el examen de reválida ante el Tribunal de Dios.

Está a la venta el número 56 de POESIA ESPAÑOLA

En el que colaboran: Jesús Acacio, Julián Andúgar, G. Arechabaleta, Dmytro Buchyenskyj, Carmen Conde, Rafael León, Rafael Millán, Francis Miomandre, Fafael Morales, Vicente Núñez, Antonio Oliver, José María Pemán, Cesáreo Rodríguez-Aguilera y Luis Trabazo

En un interesante estudio titulado UNA DESCONOCIDA, «ULTIMA PROMOCION» (hacia una renovación de la poesía religiosa en España), G. Arechabaleta nos muestra la obra de los poetas Luis Cencillo, José María de Remaña, Emilio del Río, Antonio Sada de Quinto, José Luis Blanco Vega y Juan Daniel Gandarias, todos ellos Padres o Novicios de la Compañía de Jesús

LEA USTED
POESIA
ESPAÑOLA
UN NUMERO CADA MES
DIEZ
pesetas



EL DOCTOR KARL-HEINRICH KNAPPSTEIN, NUEVO EMBAJADOR DE ALEMANIA EN MADRID

**EL COMERCIO ENTRE SU PAÍS
Y EL NUESTRO ES LO QUE
PRIMERO OCUPA SU ATENCIÓN**

**"Dejar el periodismo por la diplomacia no
supone ningún cambio fundamental"**

NUNCA se había dado el caso en la historia moderna de una gran nación que, tras perder una guerra, fuera tan absolutamente privada de su poder de autodeterminación y gobierno como se hizo con Alemania el año 1945. La fórmula «rendición incondicional», respaldada en Casablanca a la vista de la intrigante sonrisa de Stalin, no significaba otra cosa que la total anulación del Reich en el mapa político y económico.

Después, a marchas forzadas, se han subsanado errores. Hoy la República Federal alemana es un Estado soberano, pujante y próspero. Hoy Alemania es un país independiente, en su zona occidental, con facultad de estar representado diplomáticamente ante los demás Gobiernos. Y así, en estos días, Bonn ha enviado a Madrid al señor Karl-Heinrich Knappstein en calidad de embajador.

Cuando los caballos de la escolta del Generalísimo caracoleaban en torno a la carroza del diplomático por las calles de la capital, después de la presentación de las cartas credenciales, los madrileños han tenido la primera oportunidad de conocer al representante de aquella República.

—¡Qué alemán tan elegante!
—¡Eso es lo que se dice un hombre distinguido!...
—Un aire bien simpático tiene cuando saluda.

Siempre los españoles han tenido acierto para juzgar a las personas, aunque sólo sea por un golpe de vista. El señor Knappstein es arrogante y buen mozo, viste con acabada corrección, su fisonomía es grave y al mismo

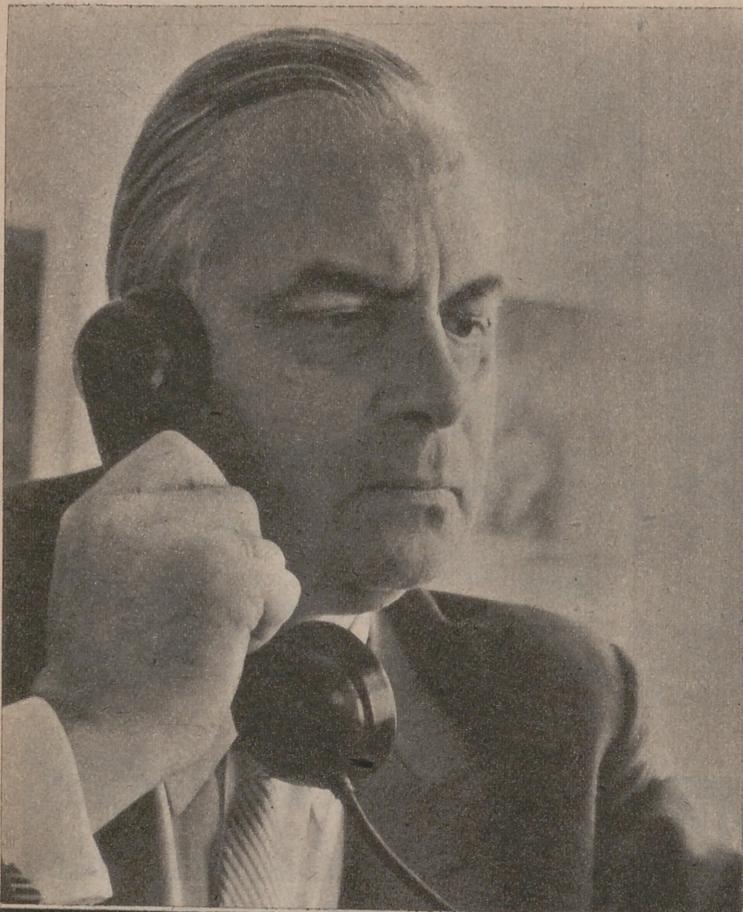


Después de la presentación de sus credenciales, el embajador alemán conversa animadamente con el Generalísimo Franco

tiempo cordial. En las sienes tiene el número exacto de cabellos plateados para que la mujer adjujique el calificativo de interesante a un caballero. El embajador, con sus cincuenta años, posee vitalidad y energía, es de trato acogedor y es simpático y sencillo.

—Yo vengo a España como amigo a una nación amiga.

Si es posible elegir una cuali-



El doctor Knappstein, con sus cincuenta años, posee vitalidad y energía, es de trato acogedor y es simpático y sencillo

dad que distinga a Knappstein, la más acertada sería su amistad, predisposición para expresarse, para atender a cuanto se le dice y para enjuiciar las cosas. Más que un envarado embajador coartado por el protocolo es el genuino director de empresa, señor siempre en sus ademanes y en sus actos. Así es el representante del pueblo alemán en España, de la nación resurgida en las condiciones más adversas que se pueden recordar.

LA INFANCIA TRISTE DE UN EMBAJADOR

La infancia del actual embajador fué triste. Nace en la ciudad industrial de Bochum, en la provincia prusiana de Westfalia. Sus padres son pr pietarios de una empresa que se dedica a la fabricación de accesorios para calefacciones centrales, y la economía del matrimonio es saneada. Cuando en el hogar de los Knappstein se confirma que les va a nacer un heredero, un continuador del apellido y de la estirpe, la felicidad más completa parece que ha sentido sus reales entre las paredes familiares de esta pareja alemana. Rica es la cuna y bien surtida la canastilla que la propia señora Knappstein prepara, puntada a puntada, para el heredero. Pero este dichoso acontecimiento llega del brazo de la tristeza.

—Al nacer yo murió mi madre. El pequeño Karl-Heinrich es un huérfano que pronto se que

da también sin el padre. Con menos de diez años tiene que ser recogido por su abuela. A partir de ahora se despide de la casa en la que ha ido creciendo, de su cuarto donde ya ha pasado largas horas de trabajo. Un ambiente nuevo va a ser el de sus años de alumno del bachillerato. —Mi afición por los estudios económicos la empecé a sentir desde que era pequeño; nadie influyó en esto y fui totalmente libre a la hora de decidir mi futuro.

Otra serie de acontecimientos van a pesar de, lleno en el porvenir de este adolescente, comunicativo y estudioso. Alemania ha perdido la primera guerra mundial y el colapso económico que agarrota al país se deja sentir también en la fábrica de calefactores, y la empresa del huérfano Karl-Heinrich Knappstein tiene que cerrar sus puertas con carácter definitivo. El futuro embajador en Madrid es desde este momento un alemán, como tantos y tantos otros, que ha de trabajar para comer.

—A los dieciocho años terminé el bachillerato y comencé estudios prácticos comerciales y de sociología en Colonia, Berlín y Bonn. Durante las vacaciones tenía que ganar lo suficiente para atender a mis gastos y me empleaba en una fábrica de terciopelo, en la que llevaba la contabilidad.

«Lo que hagas, hazlo de todo corazón» es el lema que se impone Knappstein. Mientras que

la obra no está terminada, nada de rodeos. Se ha propuesto ser un experto en cuestiones económicas y no se va a conceder reposo hasta alcanzar la meta. Aprovecha tanto los estudios que es elegido entre sus compañeros para ir a la Universidad de Cincinnati, de Estados Unidos, en una plaza de intercambio. Allí permanece un año y al siguiente, en 1930, obtiene el título de licenciado en Ciencias Económicas. Karl-Heinrich ha llegado donde se había propuesto. Es el triunfo del esfuerzo y de la constancia, a pesar de las dificultades económicas que el destino le iba oponiendo, a pesar de las circunstancias adversas familiares, sobreponiéndose a las necesidades de su sustento.

PERIODISTA ANTES QUE DIPLOMATICO

Knappstein ha dado en la vida de sus aficiones y aptitudes; sólo le falta ahora, con su carrera terminada, una nueva elección: sabe que un escritor no puede escribir «todas» las novelas, que un político no puede reformar «todas» las administraciones, que un técnico en cuestiones económicas ha de proyectar sus conocimientos en un sentido determinado.

—El periodismo me atraía más que ninguna otra actividad, y no medité largo tiempo hasta resolver mi dedicación a esta profesión. Tan pronto como salí de la Universidad ingresé en la Redacción de «Rhein-Mainische Zeitung».

Es un periodista que posee un espíritu alerta a todas las inquietudes humanas y de la sociedad; su buen carácter y su simpatía natural le ganan muchos amigos. Asiste a reuniones en las que se habla de política y de filosofía y de teología... Conoce bien a su pueblo, pues cuando era estudiante pertenecía al Movimiento de Juventudes Alemanas, y siempre a pie había recorrido la casi totalidad de su país en hermandad de miembros de la Asociación. Está al corriente de las aspiraciones y de las desilusiones de los alemanes, presente los acontecimientos y apunta los males.

A este periodo de su vida corresponde otra importante elección de Karl-Heinrich. Conoce a Fraulein Adelheid, que es una estudiante que se prepara para ser en su día bibliotecaria. Ella también está interesada por la filosofía y por los problemas sociales; es inteligente, bondadosa y comprensiva. Es bonita, sobre todo, y llena de vitalidad.

—Dentro de dos años celebraremos nuestras bodas de plata.

Fraulein Adelheid es la esposa del embajador de Alemania. También esta vez el huérfano Karl-Heinrich acertó en la elección. Halló en ella la mujer animosa, dispuesta y resignada.

—No fueron fáciles los primeros años de matrimonio, pero por no estar yo afiliado al partido político que gobernaba el país muchas puertas se me cerraban.

El hogar de los Knappstein en Francfort es modesto y digno.

sin gastos superfluos y sin privaciones tampoco. El cab. za e familia trabaja ahora en el diario «Frankfurter Zeitung» como redactor de la sección económica, y los ingresos que así obtiene parecen multiplicarse gracias a la buena administración y al orden del ama de casa. Es entonces el año 1936.

BONN Y MADRID, EJE COMERCIAL

Cuando la guerra termina, Karl-Heinrich Knappstein es nombrado jefe de sección del Ayuntamiento de Francfort y también jefe del Departamento de Derecho Laboral del Landesarbeitsamt Hessen. En octubre de 1945, y hasta el año 1948, es designado director general y representante del ministro en el ministerio de Reconstrucción y Liberación, en Wiesbaden. Deja este cargo para desempeñar la Jefatura de Prensa del Consejo de Administración del Territorio Económico Unido. Es, por fin, el día 1 de noviembre de 1950 cuando pasa a prestar servicios al ministerio de Asuntos Exteriores y es encargado de crear el Consulado alemán en Chicago.

—Al ser nombrado en 1951 consul general en aquella ciudad, mi familia había aumentado. Nuestra primera hija, Mechthild, nació en plena guerra, el año 1940. Luego vino la segunda, Ursula, que ha cumplido los diez años. Tenemos la intención de que estudie en Madrid, en el colegio de San Miguel, sucesor del que fué Colegio Alemán en la capital de España. Tienen que aprender pronto el castellano; veremos si son ellas o yo quien hace más rápidos progresos. Empecé a estudiar este idioma en Chicago con un profesor norteamericano, y estoy casi seguro de que lo poco que hablo lo hago con mejor acento que mi antiguo maestro...

Cuando el embajador se decide a expresarse en castellano habla con perfecta entonación y con gramática correctísima.

—Dejar el periodismo por la diplomacia no supone ningún cambio fundamental; ambas actividades descansan sobre la misma base: el interés político. Mientras esté en Madrid en el desempeño de las actuales funciones no me consideraré en cierto modo desvinculado enteramente del periodismo.

Esta mención de lo político lleva al embajador a tratar de temas relacionados con su misión diplomática en España. Y es el comercio entre su país y el nuestro lo que primero ocupa su atención.

—Las heladas han afectado seriamente a los frutales españoles, y esta circunstancia puede repercutir en el desarrollo del tratado comercial vigente entre España y Alemania. Sin embargo, la mala cosecha de uvas en mi país, por las desfavorables condiciones meteorológicas recientes, puede incrementar la importación de caldos españoles. Cabe hablar, pues, de esta compensación. En cuanto al consumo de frutas, mucho he pensado en los beneficios que obtendría España de extenderse entre los alemanes el hábito tan norteamericano de desayunarse con zumos y jugos. En Alemania se podría implantar esa



«El periodismo me atraía más que ninguna otra actividad y medité largo tiempo hasta resolver mi dedicación a esta profesión»

costumbre, pues el nivel de vida de mis compatriotas permite el gasto que este régimen alimenticio impone. De conseguirse esto así, las posibilidades de intercambio hispanoalemán aumentarían muy notablemente.

Sabido es que España envía a Alemania frutos como partida más importante: naranjas, limones, uvas de mesa, almendras... Sabido es también que Alemania paga con maquinaria y productos industriales preferentemente. Pero quedan otros importantes artículos.

—La economía de Alemania está muy interesada en el wolfram y en las piritas de España. Quizá el uranio podría ser otro artículo que la industria alemana adquiriera en la Península. Es opinión particular mía que se podría intensificar la colaboración de los científicos españoles con los de mi país para la obtención de uranio en España, siempre con fines pacíficos.

BLOQUEO DE LOS BIENES ALEMANES, IMPOSICIÓN DE GUERRA

Son bienintencionadas y leales las palabras del embajador cuando se refiere a la colaboración de su país para ayudar al desarrollo industrial de España.

—En Alemania hay una corriente muy favorable al incremento de las relaciones de índole industrial con la Península. Muchas empresas invertirían capitales aquí, pero antes sería conveniente que se modificasen los preceptos legales que limitan la

participación extranjera al 25 por 100 como máximo en los bienes de las sociedades o empresas. El aumentar este porcentaje y una oportuna solución del problema de los bienes alemanes de la preguerra en España conduciría a una eficaz y más amplia colaboración hispanoalemana en el aspecto económico.

Como ejemplo de este espíritu de colaboración de los alemanes con España, como realidad de esa cooperación, tenemos el crédito de noventa millones de marcos concedidos por el Banco Emisor de



El nuevo embajador llega al Palacio de Oriente

Alemania recientemente. Este crédito puesto a disposición de nuestro país se ha empezado ya a reintegrar con puntualidad.

—La actual situación de esos bienes retrasa, por el momento, la participación de las empresas alemanas en España. Es éste un problema que existe también en Portugal, Suiza y Suecia, países neutrales en la anterior contienda. Pero es el momento ahora de buscar una solución. Los dos últimos Gobiernos han concluido ya las negociaciones y Portugal las iniciará este mes. España ha manifestado también su buena voluntad en esta cuestión y Alemania llegaría a un acuerdo con actitud generosa.

El problema de los bienes alemanes es una derivación directa de la pasada contienda. Una vez que cesó el fuego en las trincheras, un complejo de intereses proyectó sus consecuencias más allá del territorio de las naciones beligerantes. Así los países neutrales europeos se vieron en la necesidad de negociar con las potencias occidentales vencedoras sobre el régimen y la propiedad de los bienes alemanes, oficiales y privados, situados en el territorio de cada uno de los pueblos neutrales. Así España, al igual que Portugal, Suiza y Suecia, lo hicieron separadamente, firmó el Convenio de 1948.

Para resolver el asunto de los bienes alemanes bloqueados, España tiene que negociar, en primer lugar, con Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia. con el fin de modificar el convenio suscrito el año 1948. Luego, Madrid tendría que ponerse en contacto con Bonn. Todos estos trámites son necesarios para solventar una situación impuesta por la guerra.

—Entre los bienes afectados, está el terreno del paseo de la Castellana, número 25, donde se instalaría la sede de la Embajada alemana en Madrid.

UN IDEAL ALEMÁN: LA UNIÓN EUROPEA

Ahora las dependencias de la representación de la República Federal se encuentran en un edificio de nueva planta situado en la calle de Hermsilla. El piso está amueblado con modestia y el despacho del embajador, moderno y soleado, es sobrio y sin ningún detalle de lujo. Una gran mesa de trabajo, una sillera de línea moderna y unos estantes

con libros constituyen los principales motivos decorativos. Una habitación que está más cerca de recordar el despacho de un director de empresa que de hacer pensar en el despacho de todo un señor embajador.

—Las relaciones hispanoalemanas no se limitan al orden económico. En mi país hay siempre un interés creciente por la cultura española y prueba de que esta afirmación mía no se concreta a una frase hecha, es el proyecto que tenemos de realizar una exposición de libros germanos que tratan de temas hispanos. El intercambio en el campo de la música, de la ópera, de la pintura... debe incrementarse para llevar a realidades prácticas un hecho real: el íntimo contacto espiritual que reina entre nuestros pueblos.

Para el embajador es asunto de primer orden no sólo relaciones más estrechas entre Alemania y España, sino entre todos los países del Viejo Continente. Y surge así el tema de la Unión Europea, caballo de batalla del activo canciller federal, el doctor Konrad Adenauer. Solución única ésta, según el estadista alemán, para que Europa recupere su bienestar de antaño, su prestigio y su influencia.

—No se puede esperar que Norteamérica siga siendo el «pariente rico» de las naciones europeas. El Continente debe liberarse de esta especie de dependencia y no por una idea antiamericana, sino por la conciencia de que el pueblo estadounidense llegará a cansarse de soportar la carga de nuestras naciones empobrecidas y terminará por adoptar una postura aislacionista con serias repercusiones en todos los aspectos, entre ellos el militar.

Según la idea alemana de la Unión Europea, los diferentes Estados no prescindirán de su soberanía, aunque acepten pequeñas limitaciones. En lo económico se crearía un gran potencial al explotarse en colaboración los recursos disponibles y por disponer de mercados comunes. En la Unión, además, los acuerdos no se adoptarían por el sistema de mayoría de votos, sino que se debe contar con la voluntad de cada Estado, en asuntos que les afectan.

—El Gobierno alemán está dispuesto a apoyar al español si éste decide sumarse a los organismos creados o que se constituyan y que tiendan a favorecer la idea de la Unión. Así, por

ejemplo, si se plantea el ingreso de España en la N. A. T. O. En mi juicio, la participación de España en los organismos europeos es particularmente interesante, por ser este país el primero que dió la batalla al comunismo. España, por tal razón, puede mejor que otros interpretar favorablemente la idea de la Unión Europea, pues en ella está la mejor defensa del Continente contra la expansión rusa.

Esta coordinación de los Estados europeos ha llegado ya a realidades prácticas con la Unión para el Carbón y el Acero.

—La idea se va abriendo camino a pasos pequeños y a medida que los países vayan viendo los beneficios obtenidos, el avance posterior será más fácil. La Historia, el pasado y las tradiciones, son los principales obstáculos a esa colaboración, pero la conciencia europea acabará imponiéndose. Hoy en día, si cabe hablar de dos grandes aspiraciones de la política alemana, la primera es la unificación del país, a la que tanto apoyo moral ha prestado España, y la otra es la Unión Europea.

SUEZ, TAMPOCO VALE UNA GUERRA

La posibilidad de una guerra, el peligro ruso y el conflicto de Suez son los temas que trae ahora a la conversación el embajador de Alemania. Sus razonamientos son lógicos; antes de exponerlos, medita brevemente y luego las palabras fluyen sin interrupción.

—Personalmente, no creo en una guerra próxima. La bomba atómica se halla suspendida, por igual, sobre la cabeza de los occidentales y de los comunistas. Pero esto no significa que Rusia haya renunciado a su política de siempre. En su nueva actitud internacional, lo que Moscú ha hecho es modificar la música, mas no la intención de la obra que representa. Son los cantos de sirena de un Gobierno que no varía las directrices esenciales de su acción exterior.

Karl-Heinrich Knapstein tiene una visión realista del conflicto de Suez, un criterio ajustado a la verdad del siglo en que vivimos.

—Mi opinión es que el problema planteado últimamente en Suez no es tan importante como se hace ver en gran parte de la Prensa mundial.

Todo se puede subsanar y las cosas deben arreglarse satisfactoriamente. Ahora bien, Alemania ante la situación planteada está al lado de sus amigos.

Cuando el embajador alemán habla de amistad es cuando su rostro se hace más cordial y su voz, más sincera. Porque entre los rasgos fundamentales de este hombre seguro de sí mismo, con el don difícil de acertar siempre en la elección, campea y predomina el rasgo de amistosa predisposición hacia las personas. Alemania nos envía a España un amigo, antes que a un embajador a un economista o a un periodista. Allí queda en su sencillo despacho con la puerta abierta a todos los españoles que quieran tratar con un amigo alemán.

Alfonso BARRA



La representación diplomática de Alemania en Madrid



¿Es añejo? si señor
 y por ser GONZALEZ BYASS
 es algo más todavía
 ¿algo más?
 ¡¡¡Que es el mejor!!!
 Solero



BRANDY
SOBERANO

GONZALEZ

BYASS

"RASGO" PUBLICIDAD - FRANCISCO ROJAS, 5 - MADRID



La plaza del Caudillo, inconfundible arquitectura que simboliza el espíritu de la ciudad de Vich

POR ESTAS CALLES PARECE PERCIBIRSE EL ESPÍRITU DE BALMES Y VERDAGUER

SOBRE la plaza Mayor de Vich, que se llama ahora plaza del Caudillo y que es la plaza más bella y más amplia que vi nunca, tanto que está declarada monumento nacional, he visto bailar los «balls» antiguos catalanes: Trajes de terciopelo azul marino, botones de plata, barretinas moradas, ellos. Ellas, traje severo, y sobre los hombros la gracia de la pañoleta de encaje blanco. No eran sardanas, no. Eran lo que llaman aquí los bailes. Estos bailes son danzas de hace muchos siglos, y tienen una elegante y suave cadencia, justamente como mudanzas y giro de minué. Verdaderamente no salgo de mi asombro contemplando esta similitud. Los hombres se inclinan en una reverencia ante su pareja y le ofrecen la mano para el cambio. Y hay que dudar si el tiempo se ha detenido y estamos en un salón del palacio de Versalles o en una plaza de una ciudad española. Yo no sé si alguien ya se dió cuenta de esto. Seguramente no habrá pasado inadvertido. Yo, desde luego, no puedo evadirme de que me asalte el pensamiento de que el minué, la famosa danza francesa que en el siglo XVIII se extendió a todas las Cortes de Europa, necesariamente debió tener su origen e inspiración en estas danzas del antiquísimo folklore catalán, que le aventaja en muchos siglos de diferencia.

«Esbarts» de toda Cataluña se han reunido aquí para esta exhibición de danzas. Los «esbarts» son las agrupaciones dedicadas a conservar la pureza de estos bailes antiguos. Rara es la ciudad que, además de las «collas» que son las agrupaciones sardanista, no tienen su «esbart» para este

folklore antiguo. Invariablemente los miembros de un «esbart» ensayan durante todo el año, y durante todo el año también siempre están dispuestos a acudir a las fiestas mayores. Cada pueblo o ciudad está orgullosa de su «esbart». En ellos danzan desde un tejedor al hijo de un fabricante. Hace falta sólo que amen las tradiciones de sus antepasados y entonces ya no les costará trabajo alguno al salir del despacho o de la fábrica ir al domicilio de su «esbart» y allí ensayar durante horas y horas, como yo los vi en los «esbarts» de Reus. Y así en todas las villas de esta región incomparable.

LOS FIRMES CONCELLERES DE VICH

Hoy bailan aquí en Vich porque es la «Festa Major». Fiestas en honor de San Miguel de los Santos, el extático trinitario que nació aquí, y aquí recibe un fervoroso culto como patrón de la ciu-

dad. La plaza tendrá cabida no sé para cuántas almas, quizá quince o veinte mil, aunque parezca exagerado, y está, desde luego, de bote en bote. A todo alrededor hay seis hileras de sillas ocupadas por un público entendido y entusiasta; luego, detrás de las sillas, los que no han podido lograr estos codiciados asientos miran embobados y hacen acertados comentarios:

—El «esbart» Verdaguer es muy bueno. Y el «esbart» Barcelona, también... A mi lado, un simpático matrimonio que emprende parla amigablemente con migo, sin conocerme, saca fotografías. Verdaderamente el espectáculo merece la pena. Cuando miro hacia atrás sólo veo un mar de cabezas. Y recuerdo dos sucesos memorables acaecidos en esta plaza: uno en el reinado de Pedro III, cuando el Monarca vino a quitar a la ciudad varios de sus privilegios, y entonces los concellers dijeron que de ninguna forma acatarían las órdenes del Rey.



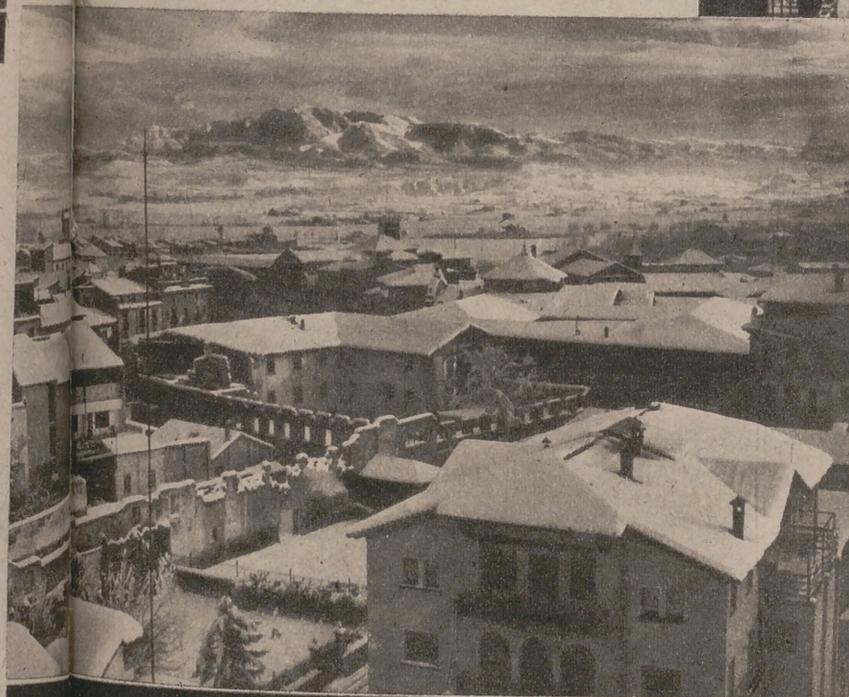
La plaza de Santa Clara, urbanización moderna en el ensanche de la vieja ciudad

VICH

CIUDAD DE LOS SANTOS

AQUINACIO SAN MIGUEL DE LOS SANTOS Y AQUI SE CONSERVAN INCRUPTOS LOS CUERPOS DE SAN PEDRO CALVO, SANTA JOAQUINA Y SAN ANTONIO MARIA CLARET

UNA CIUDAD VETUSTA E INDUSTRIOSA



Una vista parcial de Vich con el Montseny al fondo

Fueron juzgados por rebeldes y se les condenó a morir ahorcados. Veinticuatro eran los concellers y veinticuatro horcas se levantaron aquí y fueron conducidos hasta ellas. Las familias de los concellers lloraban y les pedían de rodillas que dijeran al Rey que acataban sus leyes y prometieran doblegarse a la voluntad real, para ver así de alcanzar el perdón, pero ellos contestaron: «Más vale la honra de la ciudad que nuestras vidas». Y subieron decididos a ponerse en manos del verdugo. Estaban ya todos con la cuerda al cuello, cuando el Rey, viendo tanta entereza, quiso ser magnánimo y mandó bajarlos concediéndoles la vida y haciéndoles la promesa de dejar intactos los fueros de la ciudad. Entonces los concellers se echaron

a los pies del Rey y le dijeron: «Señor, por las buenas y la justicia te serviremos fielmente, pero por la fuerza, no».

El segundo suceso tuvo lugar con la venida de San Vicente Ferrer para apaciguar a los dos bandos en que estaba dividida la ciudad de Vich. Había la ciudad llamada de Arriba y la ciudad de Abajo. Las dos partes o barrios, por una u otras rencillas y con el ímpetu de carácter de los hijos de esta comarca, dirimían sus diferencias belicosamente. Nadie podía hacerles entrar en razón. Los bandos eran irreconciliables, al estilo de los Capuletos y Montescos de la ciudad de Verona. Hasta que San Vicente Ferrer vino a intentar hacer lo que se llamó «Las paces de Vich». Aquí, en esta plaza y ante una



El campanario románico de la catedral

multitud de doce mil almas de la ciudad de Arriba y de la ciudad de Abajo, el santo levantino les habló encendidamente de la hermandad que Cristo vino a traer a la tierra. Y ellos, olvidando rencores, se abrazaron entre sí, quedando ya sellado el pacto de paz entre los habitantes de toda la ciudad.

CIUDAD DE SLOGANS E INDICADORES

Cuando la fiesta ha terminado he salido por estos soportales a buscar las ramblas. Bajo los soportales de la plaza he visto muchas librerías con las últimas novedades literarias, y tan bien montadas como las de Madrid y Barcelona. En las confiterías, letreros anunciando: «Pans de pessich», y este pan, que es como esponjosos bizcochos, se vende suelto, o en bien preparadas cajas, y es, con los salchichones la especialidad de Vich. Todos los forasteros de las villas cercanas que han venido a presenciar los «balls» no se van sin comprar el consabido «pan de pessich», y antes de subir a los autocares invaden las confiterías. Por unas callecitas estrechas de no más de un metro de anchura, por las que voy a salir a la plaza de Santa Clara, encuentro muchos motivos marianos en las fachadas de las casas. En una, una hornacina de gran tamaño, una bellísima imagen a la que llaman la Virgen de la Lecoe porque Nuestra Señora está amamantando al Divino Niño. En otra fachada, precisamente frente a una casa en la que vivió Balmes de niño, una placa: «Rei-

na del Sacratissim Rosari, pregue per nosaltres». Al fin, después de ir adentrándose, en el ambiente de estas callecitas pintorescas, llega a la plaza de Santa Clara. Son las nueve de la noche y el espectáculo que se presenta a los ojos del que desemboca en esta plaza a esta hora es inesperado. Frente por frente al hotel Colón se acaba de instalar una gran fuente luminosa, que cambia de colores por segundos. Los surtidores suben a gran altura en cascadas de rojo, de verde, de amarillo, de un violeta que se va desvaneciendo en toda la gama pálida de los lilas. A unos cuantos metros de la fuente hay una parada de flamantes taxis, y sobre el charolado de las carrocerías, el colorido de la fuente se refleja en preciosos contrastes. Todavía casi no se han acostumbrado los habitantes de Vich a esta nueva fuente, y las gentes de condición sencilla se estacionan alrededor de ella, sin cansarse de contemplar sus cambios de luces. Desde ahora, esta fuente dará carácter a la plaza, y los visitantes de la ciudad se extrañarán de encontrarla en una escondida ciudad de cerca de los Pirineos.

Pero esta ciudad de sólo veinte mil habitantes es una ciudad rica y próspera. Una ciudad de comarca cerealista y ganadera y, por tanto, de un floreciente comercio y trato. Ciudad moderna, en la que se esmera su Ayuntamiento. Ciudad, en suma, en constante progreso y en mejoras urbanísticas, en las que se afana el concejal encargado de este servicio, al que aquí llaman el concejal de Fomento. Aunque parezca extraño, antes de que en la capital de España se iniciara la campaña del silencio, en Vich se velaba ya por la supresión de los ruidos acústicos. Hasta en las mismas carreteras de acceso a la ciudad se hallan colocadas enormes pancartas con esta leyenda: «Conductor: La ciudad que te acoge te ruega evites innecesarios ruidos».

UN PARQUE COMO UN CUENTO DE HADAS

Muy cerca de los puentecillos medievales que atraviesan el río Meder queda el Parque Balmes, parque joven, de un solo año de existencia y donde una cree adentrarse en el mundo maravilloso de la fantasía. Este parque se

construyó más que nada pensando en los niños. El césped se salpica por grandes hongos de plástico pintados de rojo, bajo los que se ocultan las luces. Cuando al atardecer estos hongos se encienden, el parque queda iluminado como si fuera un bosquecillo de cuento de hadas. Hay, además, pérgolas, estanques, cascadas, grutas, una fuente rodeada de sauces y cientos de palomas. Y hay también toda clase de diversiones infantiles, completamente gratuitas y permanentes. Cunitas, tiostivos, carruseles, etc., y en estos artefactos, letreros con máximas educadoras, como, por ejemplo, ésta que tomé entre muchas: «Ser bueno es la suprema cualidad para ser feliz». Los niños, verdaderamente, se creen en este parque en un paraíso. Los pequeños que vienen de otras ciudades no salen de su asombro y preguntan: «¿Pero nos podemos subir sin pagar...?» Y el guarda de estos grandes juguetes en este caso una mujer vestida de negro y con un gran delantal blanco, contesta: «Sí, sin pagar y todas las veces que queráis.» Y es que en Vich saben hacer las cosas. Después del parque también he visto las pistas de patinaje. Dos son las pistas de patines, el Club Patin Vich y AUSA Patin Club. Los recintos de estas sociedades están modernísimamente decorados. También existe el Bolo Club y un jardín piscina encantador y perfectamente acondicionado. En cuanto a músicos, el Orfeo Vigata es una entidad muy prestigiosa y antigua en la ciudad. Desde 1949 asimismo funciona la emisora local que se titula «Radio Vich Efe 55». «La veu de la Plana». Esta emisora cuenta con un excelente grupo de teatro radiofónico.

DESPENSA DE CEREALES

Igual que el Prat de Llobregat, ancho, de verde exuberancia y fertilísimo, es la despensa de Cataluña en frutas y hortalizas, el llano de Vich o la Plana de Vich, que de las dos maneras se la denomina a esta tierra llana y de labor, tierra extendida en un mar de mieses, es de donde se surte Cataluña de cereales. El grano se produce en Vich desde hace siglos y siglos y Julio César tomó el trigo para aprovisionar a sus ejércitos de aquí de lo que era entonces la Ausetania ibérica, y que romanizada fué AUSA, declarada Municipio autónomo sólo dependiente del Senado romano. Con los visigodos, la AUSA

romana fué AUSONA y reconquistada en el 885 por Wifredo el Velloso, pasó a llamarse VICH. De generaciones en generaciones, la comarca fué agrícola y ganadera. En ella se conserva y se cria el famoso garañón, tan apreciado por su rara estampa y su fuerza. Ejemplares magníficos se venden en los renombrados mercados de Vich de los miércoles y los sábados, pero sobre todo en el tradicional y típico «Mercat del Ram», que se celebra el Domingo de Ramos y días posteriores a esta festividad. Todas las hermosas ramblas de Vich, como la del Carmen, la de Santa Clara, la del Hospital y hasta llegar a la de Moncada es una pura parada de ganado en este anual y fabuloso «Mercat del Ram». Cientos y cientos de transacciones por muchos miles y miles de pesetas, casi en proporciones incalculables. Equipos, vacuno y cerda son los ganados que predominan. Sobre todo para la compra del vacuno y los garañones vienen de toda España y aun del extranjero. Con motivo de este Mercado anual, la ciudad celebra en abril sus segundos festejos, casi con tanta importancia como los en honor de su San Miguel de los Santos. Cuentan que el pintoresquismo y el color se enseñorean esos días por Vich. Acuden charlatanes de todas partes, que atruenan los espacios del mercado con sus graciosos pregones. Las fondas, innumerables, los «can» como aquí les llaman, se llenan completamente. La comida y la bebida es abundante y excelente y los platos se cierran con formalidad.

Ganaderos y tratantes del «Mercat del Ram» hubo que fueron famosos en toda la comarca por sus riquezas y hombría de bien. Estos no vendían en los mercados semanales, sino que, como tratantes de importancia, acudían sólo al anual, trayendo cientos de cabezas. Baste con decir el importe anual de las transacciones, que llega a veces a los ochenta y cinco millones de pesetas. Los ganaderos de esta comarca han sabido conservar el garañón catalán, que de día en día es más cotizado. También el ganado porcino de esta comarca es apreciadísimo por magro y sabroso. Quizá de esta excelencia de su carne fué por lo que surgió la tradicional industria chacinera, que se dedica principalmente a la elaboración de salchichones. Quince fábricas hay en Vich, en las que se producen medio millón de kilos de salchichón, que representan para esta ciudad un ingreso anual de cincuenta millones de pesetas. Da gusto ver estas fábricas, donde todo es limpio, con arreglo a la más perfecta higiene y donde los operarios van impecablemente uniformados de blanco. Y es que todo aquí tiene un alto tono de gran organización. Esta misma sensación se percibe en las tareas agrícolas. Aquí existen con profusión los Campos Experimentales, campos dobles algunos de experimentos de abonos y semillas. La Hermandad de Labradores posee la finca «La Esperanza», donde llevan a cabo sus trabajos. Y la gente habla de diferentes variedades de trigo, de nitrato de Chile y usa toda clase de términos téc-

Las Murallas de Pedro IV





La catedral recorta su silueta sobre este paisaje de paz

nicos propios de estas materias, pues los labradores sólo tienen el anhelo de llevar a sus tierras los más modernos procedimientos.

Circundando toda esta tierra llana y productiva están las estribaciones de los Pirineos, los altos de Collsuspina, el Monseny y las Guillerías. De estos montes baja en torrenteras un agua clara y pura. En el Salt del Sallent hay una cascada que se precipita desde 120 metros de altura. Las Guillerías son fragosas y llenas de recodos casi inexpugnables. Por esta sierra andaba Serrallonga, el legendario bandido que pasó al romance como don Juan de Serrallonga. Serrallonga tiene su «ball» o pantomima, que se baila en Vich y su término, en la que se representan las hazañas caballerescas, a veces, del bandolero, que, además de este baile, tiene también sus versos populares:

*Avui un rei te condemna;
demà un poble t'absoldrà.
Serrallonga, Serrallonga,
bé te'n pots ben alabar.*

LAS PINTURAS DANTESCAS Y AUDACES DE SERT

Junto a la ciudad industrial y rica de modernas sociedades recreativas y de recién estrenadas fuentes y parques decorativos, está la ciudad antigua, de vetustos caserones de conventos austeros. Y por un dédalo de viejas calles llegó a ver la catedral, esta extraña catedral como no hay ninguna en España. La cripta fué la antiquísima y primitiva catedral, pero la actual es de estilo neoclásico. Aquí se siente el choque con un cerebro visionario. Las paredes están materialmente cubiertas de las pinturas que consagraron a José María Sert. Figuras descomunales pintadas en oro sobre fondo rojo casi siempre. Todo en esta pintura de Sert es alucinante, dantesco, y se pien-



Interior de la catedral de Vich decorada con las maravillosas pinturas de Sert

sa que sólo la imaginación de un mediterráneo como el pintor barcelonés pudo crearlas. Se da el caso curioso de que Sert pintó dos veces esta catedral. En sus años de estudiante en París ya tenía Sert la obsesión de los murales y buscaba una iglesia para pintarla, cuando el obispo de Vich Torras y Bages le ofreció esta catedral. Se vino ilusionado y diciendo que iba a ser su obra maestra. Dominaban en esta pintura los tonos grises y se cuenta que era de una fuerza de composición y movimiento extraordinario. Las hordas del Frente Popular prendieron fuego a la catedral y aunque su fábrica se salvó y también el magnífico retablo de alabastro de Pedro Oller, no ocurrió así con los murales, pues las llamas lamieron las paredes tiñendo y destrozando la decoración. Y ocurre lo insólito. El pintor, enterado de ello, y tan pronto como puede, corre a Vich y empieza sin desaliento la titánica obra otra vez. Pero ya no pinta lo que

había. Trae en su imaginación nuevas concepciones y pinta aun más arrebatada y extrañamente, más genial, en una palabra, puesto que estaba ya en la cumbre de su arte. Vich recuerda bien a Sert cuando pasaba por estas calles con su chalina, su gran sombrero y acompañado casi siempre por una bella mujer. La muerte sorprendió a Sert cuando aún le quedaban algunos lunetos de la catedral por pintar, y éstos los ha terminado el mejor colaborador de Sert, el pintor Miguel Massot. A pesar de sus tremendas debilidades, José María Sert tenía un gran fondo cristiano y amaba profundamente a esta catedral donde había pasado tantos años sobre los andamios. Así, pidió ser enterrado aquí. Y aquí está, en un sencillito sepulcro adosado a una de las paredes del claustro. En medio de este claustro se alza el mausoleo de Balmes. Balmes fué



Un aspecto nocturno de la rambla de Santa Clara

enterrado en el cementerio de Vich, pero sólo estuvo allí dos años, mientras se construía este mausoleo, donde el escultor José Bover ha representado la figura del pensador sentada y con un rostro de expresión meditabunda. De todo Balmes parece desprenderse su juventud y esa finura innata a todo espíritu superior. Le he estado mirando mucho tiempo, porque la verdad es que desde que he llegado aquí me he sentido sugestionada por dos almas gigantes: Balmes y Verdaguer, quienes parece que aún alientan, pues todo el mundo os habla de ellos como algo entrañable y consustancial con la ciudad. La sombra doliente de Balmes flota aquí, y también la de mosén Cinto, con las espaldas cargadas con la cruz de las calumnias. A la muerte de Balmes, mirado por la tuberculosis, Verdaguer escribe un desgarrado poema; no pensó quizá que años más tarde él iba también a morir de la misma enfermedad. El poema empieza cuando Verdaguer quiere correr a Vich a ver a Balmes, que agoniza:

*Qui vol veure viu a Balmes
corri, corri cap a Vich
el veurà en ses darreries
agonizant en son lli.*

La estrofa de la muerte cumplida canta cómo España y Europa perdieron aquel 9 de julio de 1848 un gran corazón y un gran filósofo:

*El sol tramunta la serra;
ploreu, campanes de Vich,
¡per Espanya y per Europa
què negra baixa la nit!*

Lo que hay que reconocer es que Balmes y Verdaguer eran de un gran patriotismo. También Verdaguer, refiriéndose a que

Balmes se consumió en dos amores, dice así:

*¡Oh Catalunya! ¡Oh Espanya!
¿Per què us he amades així?*

Cuando dejo la catedral y el sepulcro de Balmes, voy hacia el mundo de los santos. Aquí, en la catedral, ya me hallé también, en su sarcófago, el cuerpo del obispo vicense San Pedro Calvó. Camino de la capilla y casa claretiana, veo una calle que se llama Gibraltar y que, según me cuentan, se la denominó así cuando España fué despojada de aquel trozo de su territorio y en recuerdo y veneración de la tierra perdida.

En la capilla de los padres claretianos, silente y en penumbras, veo el cuerpo de San Antonio María Claret, y en un relicario, su cerebro. Todo es de una tensa emoción. Después voy por la calle del antiguo seminario y encuentro la callecita de San Miguel de los Santos; aquí hay también una capilla y se conserva en la parte superior la habitación donde nació el santo. Costumbre es que las madres cuando ponen por primera vez zapatos a sus hijos los lleven de primera visita a rezar a la capilla del santo vicense para que los preserve de la parálisis infantil. Luego, por cuevas y callejas, se puede llegar hasta el convento de las Carmelitas de la Caridad, en el que también se guarda el cuerpo de su fundadora, Santa Joaquina Más Vedruna, canonizada últimamente. Y una piensa que a Vich le va bien el título de «La ciudad de los Santos».

UN SUGERENTE ITINERARIO

He tenido suerte. Voy a hacer un recorrido histórico en muy adecuada compañía. Fray Justo Pérez de Urbel está aquí. Ha venido a dar una conferencia sobre Balmes, y en el salón de la Columna del Ayuntamiento ha hablado esta mañana como él sabe hacerlo. Había un público elegante y docto y presidía el excelentísimo y reverendísimo doctor Masnou Boixeda, obispo de Vich. Ha dicho Fray Justo que las doctrinas de Balmes no pueden pasar de moda, porque son las de un cerebro colosal. Todas las señoras ya de alguna edad mira-

ban el retrato que preside este salón. de un Balmes joven y triste, con mirada de madres. Tal vez se acordaban de las proféticas palabras que la madre del sacerdote le dijo al morir: «Fill meu, el món parlarà de tu». Hacían guardia en las puertas esos magníficos guardias municipales de Cataluña, que en los días de gala gastan plumero y una especie de bastón de mando que les da extrema categoría. Después de esta conferencia, y tan pronto Fray Justo hizo una comida necesaria después de tres horas hablando, se dispuso un itinerario para recorrer la ciudad. Se formo una pequeña comitiva, compuesta por el ilustre benedictino, al Alcalde accidental, pues el Alcalde don José María Costa Velasco, el Alcalde más joven de España y tan deportivo que ha recorrido con su moto cinco mil kilómetros y hasta consiguió pasar como turista a la Alemania Oriental, estaba en Suiza; el concejal señor Costa Layola; Alberto Viña, director de la revista infantil «TBO», y su mujer, Matilde, que habían traído en su coche a Fray Justo desde Barcelona, el canónigo y conservador del Museo Episcopal, monseñor Eduard Junyent; el director del semanario local, Luis Serra, y la cronista, que fué gentilmente invitada. Hemos ido primero a la casa Bójons, situada en la plaza de don Miguel Clariana, donde murió Balmes. Su actual dueña, una dama barcelonesa, la viuda Fatjó Vilas, nos recibe y nos acompaña por los señoriales aposentos. El que ocupó Balmes está en la parte alta y es sencillo como él lo quiso, según convenía a la pobreza sacerdotal. Aquí se consumió el filósofo por la enfermedad, y aquí decía misa diaria cuando ya no se podía arrastrar sino de la cama a la improvisada ara, y de aquí al sillón colocado siempre junto al balcón. Frente por frente queda la mole del Montseny, el monte de amatista, como se le llama, que tanto gustaba el enfermo de contemplar. Y es emocionante pensar que Balmes se levantaba todas las mañanas y echaba una mirada sobre este mismo monte que tenemos ante nosotros. Todo está igual: su cama, sus libros. Un verdadero museo. Pero la señora Fatjó nos dice que sólo por esta razón sentimental



Las sardanas en la Plaza Mayor

no puede sostener por más tiempo la casa y tendrá que venderla. Y todos, casi a una, le hemos dicho: «Señora, espere un poco, confíe en que el Estado le ayudará...»

Y es que sería muy triste que se perdiera y desgajara todo esto. Con este regusto de inquietud hemos dejado la casa Fatjó. Y hemos seguido andando por el Vich encantadoramente mágico.

—Aquí estaba el templo romano. Y sobre él se levantó, en la Edad Media, el palacio de los Moncada. Después se han descubierto esas columnas —explica el doctor Junyet.

Y las columnas son bellísimas y se conservan en muy buen estado.

De esta guisa hemos ido de reliquia en reliquia, en sugerente itinerario, hasta llegar al Museo y Archivo episcopal. Aquí no hay adjetivos adecuados para este Museo. Tablas extraordinarias de Borrás, de Pedro Serra, de Ferrer Bassa, de Ramón de Mur, de Martorell, de Jaime Ferrer II, de Gascó. Majestades del siglo XIV, en las que Cristo Crucificado lleva corona real y se viste de terciopelo. Toda una ingente riqueza en pintura y escultura repartidas por siete inmensas salas. Las mujeres estamos rendidas, y la señora de Viña y yo tenemos, a veces, que sentarnos sobre los arcones medievales, pues el cansancio nos lleva hasta no respetar estas reliquias de arte. Después vamos también a la biblioteca episcopal. Hay muchos jóvenes sacerdotes leyendo. Con uno de los que hablamos nos dice sugestionado: «Aquí donde me siento yo se sentaba Balmes a estudiar. Leía un libro por día. Y ya no olvidaba su contenido. Era una memoria prodigiosa.»

Desde los balcones de esta biblioteca se ve todavía más cerca el Montseny. Los jóvenes Sacerdotes se extasían contándonos cómo la montaña cambia de color según las horas. Alberto Viña, que entiende lo suyo de Arte e Historia, nos va diciendo: «Eso que se ve ahí se llaman los montes Tesfigos. Todo eso fueron lagos terciarios...» A alguien se le ocurre decir, con un billete de cinco pesetas en la mano: «Están ustedes justo ahora ante la vista que ve impresa en estos billetes.»

En el archivo episcopal hay documentos valiosísimos. Fray Justo contempla emocionado la firma del obispo Oliba, benedictino, que fué prelado de aquí y fué también el fundador del Monasterio de Montserrat.

Y al sacar un incunable se caen legajos: «Aquí llueven manuscritos por todas partes» apunta acertadamente alguien. Hay miles y miles de manuscritos. Historia y vida de España guardada aquí.

¡OH, ESPAÑA!

A las nueve y media de la noche terminamos. Hemos andado y recorrido salas y subido viejas escaleras desde las tres y media



Aquí se elabora el famoso en todo el mundo salchichón de Vich

Cuando ya no hay nada que ver, fray Justo dice:

—Pues es verdad. Yo también estoy muy cansado. No me había dado cuenta, con la ilusión de ver tantas maravillas...

Pero la cronista tiene que continuar. Marcho por la mañana y tengo que ver las murallas encendidas, que es un espectáculo que ningún visitante de Vich puede dejar de contemplar. Voy al hotel, me cambio de calzado para poder resistir un poco más y voy en busca de las murallas. Murallas del tiempo de Pedro III, evocadoras, añosas, cubiertas de yedra. El Ayuntamiento las ha ambientado y decorado para hacerlas maravillosas en la noche. Faroles de hierro en forma de antorcha de aquella lejana época, tienen dentro unas bombillas recubiertas de rojo que asemejan el fuego de las teas. Todo es perfecto de truco. Y las recorro una y otra vez.

Cuando vuelvo a la Rambla de Santa Clara ya están bailando sardanas. Grandes corros se forman. Toca hoy la «cobla» del maestro Segismundo Clavería; a esta orquesta le llaman «La prin-

cipal de Vich». Ayer tocó «La principal de La Bisbal». Jóvenes muchachos son ya maestros en el arte de tocar la tenora y el flaviol. Rubios suecos que han venido a jugar un partido de hockey sobre patines se mezclan en los corros y bailan sin saber, pero con buena voluntad, en cabriolas que recuerdan remotamente los pasos sardanísticos.

—¡Nos estropean esta noche las sardanas. ¡Pero, qué le vamos a hacer! El vino y el sol de España se les ha subido a la cabeza y se empuñan en bailar...

La gente ríe mirando a los suecos y después del baile se abrazan catalanes y extranjeros. Todo tiene un sabor de paz y primitiva felicidad. Las muchachas sin conocerme, vienen conmigo y quieren que entre en el corro. Es la hermandad para todos. Y una se siente emocionada y, sin querer, me acuden a la mente los versos de Verdaguer:

«¡Oh Catalunya! ¡Oh Espanya!
¡Per qué us he amades així?»

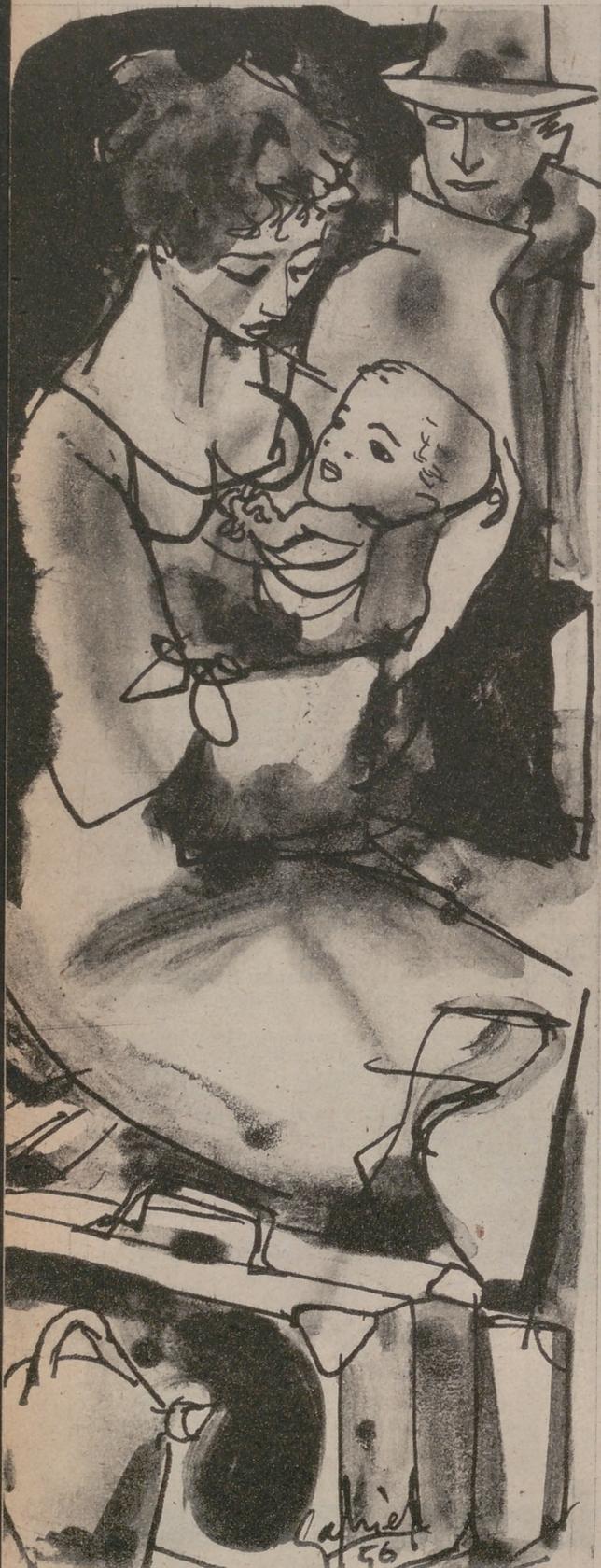
Blanca ESPINAR
(Enviado especial)



Animación en el «mercant del Rana»

JUANITIN

NOVELA, por Manuel IRIBARREN



A RRASTRABA consigo, como el caracol su concha, esa tragedia íntima, común a todos los hijos únicos y tardíos, que frena los impulsos naturales y marchita en flor la alegre y bulliciosa espontaneidad de la infancia. Contaba ya ocho años, aunque no representaba apenas seis, y debido sin duda a lo menguado de su desarrollo corporal—era locuaz e inteligente como un niño prodigio—no había hecho todavía la Primera Co-

munió. Tenía unos ojos muy bellos y grandes, color caoba, el cuello y las piernas de una extrema delgadez, rizoso y abundante el pelo, siempre peinado y reluciente de brillantez, y el cutis fino y lechoso, como de piel de nata curtida en escarapate.

No obstante sus claros estigmas de raquitismo, que sus padres combatían a fuerza de inyecciones, vitaminas, reconstituyentes y sobrealimentación, el pequeño gozaba de buena salud. Quizá sus pannotrillas no engordasen a la medida de sus deseos, pero se mantenían derechas como dos husos, además de ser ágiles y nerviosas. Con su aparente fragilidad, Juanitín sugería la pálida imagen de una delicada figura de vitrina conservada entre sedas y algodones.

Vino al mundo una madrugada de invierno en la fría alcoba de una posada de mala muerte a donde hubo que trasladar a la parturienta, a toda prisa, desde la sala de espera de la estación. en que le sorprendieron los primeros dolores. Se quemaron dos litros y medio de alcohol en una jofaina para templar el ambiente inhóspito de la alcoba y después vino por sus pasos contados todo lo demás que suele ocurrir en estos trances, con la ayuda de una comadrona más ducha en ensalmos y prácticas rutinarias que en asepsia.

Por suerte, el aprieto se resolvió a pedir de boca, para común regocijo de los miembros de la compañía, amén de los venturosos padres de la criatura, si bien allí se quebraron para siempre los gorgoritos de la postrada madre, una tiple cómica muy aplaudida por los públicos provincianos en su primera juventud, aunque, a decir verdad, perdió la voz durante el embarazo.

El nacimiento de Juanitín fué acogido con plácemes y felices augurios. Apenas si pesó tres kilos, pero la farándula en pleno—el barítono, el director de orquesta, la tiple lírica, el bajo, los coristas todos y hasta el tenor, que sólo vivía para su propio interés y vanagloria—lo encontró espléndido y hermosote como hijo de sana granjera concebido por robusto jayán.

En realidad, la simpatía y admiración que despertó en todos el advenimiento de aquel niño escuchimizado no era más que el fiel reflejo de la cariñosa estima en que se tenía a su padre, el trapunte, un hombre cincuentón, amable y servicial con cuantos acudían a él. Generosos de suyo, por naturaleza, aquellos modestos artistas echaron la casa por la ventana el día del bautizo, como si Juanitín al nacer encarnase las más recordadas ilusiones de la comunidad. Y eso que corrían malos tiempos. Las nóminas no se cobraban regularmente sino con retraso—cuando se cobraban—, incluso por parte de los «divos» que figuraban en la cabecera del cartel.

No obstante su falta de recursos, aquella pobre gente cuya fantasía pugnaba a diario con la triste realidad e, imaginativamente, la vencía, hizo cábalas en torno al porvenir del pequeño. Nada de continuar peregrinando por capitales de tercer orden y viejos villorrios. Se le emanciparía de la servidumbre de la escena—el género zarzuelero, sin nueva savia que lo vitalizase, no tardaría en morir irremisiblemente—; se le daría una esmerada educación; aprendería idiomas y, ya mocito, cursaría la carrera de arquitectura o estudiaría para ingeniero de Caminos o industrial, según sus gustos y aptitudes. La compañía lo prohió fácilmente como un bien mostrenco cuando asistió en corporación a la ceremonia del bautizo, rodeando, expectante y emocionada, la pila de cristianar.

Juanitín fué engendrado en el ajetreo de una «tourné» poco afortunada. Su madre sufrió durante la gravidez la más honda transformación física y psicológica. A veces parecía entrar en trance y se quedaba inmóvil y estática, la actitud contemplativa, como si en su vientre palpitará un futuro ser excepcional. Terminado el en-



sayo, cuando los hombres se reunían en el cafetín más próximo para reanudar su sempiterna y ruidosa partida de dominó, la embarazada permanecía horas y horas, absorta y muda junto a su marido. A veces pedía un parchís y con un cubilete en cada mano se divertía sola, haciendo rodar los dados sobre el cristal con verdadera unión. Dijérase que se jugaba contra sí misma el destino de su hijo.

Creció Juanitín—lo poco que creció—entre polvo de tramoya, brillos de falsas galas, preocupaciones de toda índole, pitidos de tren, apuros económicos, cenas frías y desayunos de fonda barata. Sin apenas contacto directo con el sol. Muy antes que un árbol de verdad, contempló un raquítico arbusto de papel pintado, entre bastidores. El rojo pálido de las bambalinas se comunicó a sus labios exangües desde los primeros meses y sus vagidos tenían algo de desafinación coreográfica.

Juanitín era un niño inquieto además de enclenque, pero dócil y afectuoso con todo el mundo. La vivacidad de su inteligencia hablaba en su expresión y en el brillo interrogante de sus ojos. Los miembros de la compañía habían centrado en él sus reservas de cariño y la poca ternura que les quedaba. El cotidiano forcejeo contra la adversidad, a que ya estaban avezados, estrujó sus corazones, pero no hasta el punto de hacerlos insensibles a la inocente sonrisa de una criatura, ni menos a sus gracias y a sus precoces muestras de ingenio.

Todos sin excepción querían a Juanitín como a un hijo propio y se desvivían por prodigarle sus cuidados. Cualquier trastorno en su importante salud, por ligero que fuese, les quitaba el sueño y hasta el apetito, que ya es decir. Caricias, obsequios, mimos y reprimendas lo aislaban y preservaban de toda relación infantil, como si ello entrañase graves peligros para su seguridad personal. Y era aquél un abrumador cerco de cariño, nada conveniente para su normal desarrollo.

—¡Juanitín, ven acá, toma!

(Si uno le regalaba un juguete por cualquier circunstancia, otro le compraba una golosina.)

—¡Juanitín, estate quieto, que te vas a caer!

(Si uno le impedía bajar la escalera a la pata coja, otro lo apeaba de la barandilla sobre la que se disponía a deslizarse.)

—¡Juanitín, dame un beso!

(Si una lo estrechaba maternalmente entre sus brazos, otra lo mecía en el haldá, hasta adormecerlo, cuando las exigencias del viaje imponían incómodos madrugones, imprevistas esperas y rápidos trastornos a deshora.)

Aquel exceso de vigilantes cuidados y atenciones iba creando en el alma de Juanitín un raro complejo, no ya de inferioridad, sino de diferenciación inquietante y al mismo tiempo depresiva. Llegó a creerse distinto, no sabía por qué, de aquellos otros chicos que veía de refilón desde una ventana cualquiera jugando a canicas en una plaza de pueblo o correteando alegres y libres por la calle, al paso del autobús, con rasguños en las rodillas y huellas de sangre en la frente.

Esta sospecha, entreverada de temor, le hacía mirarse al espejo con frecuencia, cuando estaba solo. Nunca había sangrado de las narices ni de parte alguna por golpe violento o caída desgraciada, y en ocasiones contemplábase las venas con curiosidad—unos hilitos delgados y azules que le hormigueaban bajo la lechosa piel—, como si dudase de que circulara por ellas sangre de verdad, bella sangre caliente, viva y roja, igual a la de todos aquellos chicos que gritaban y se peleaban, gozosa y bulliciosamente, dondequiera que su vista tropezaba con ellos.

Un día estuvo tentado de pincharse en el muslo con una aguja salmera para desvanecer o comprobar sus dudas, pero tuvo miedo y la aguja se le desprendió de las manos.

La compañía llegó de arribada forzosa a un poblancón estepario donde las casas de adobes, las acacias lisiadas o enfermas, el río medio seco y el polvo de la carretera y de los sembrados rimaban entre sí, con áridos acordes, a la perfección.

La campaña artística de primavera hacía agua por tres puentes—tres agujeros que amenazaban echar a pique la frágil chalupa económica del empresario, con actores, equipajes, oropeles y nóminas devengadas por cobrar—y a fin de cubrir un par de fechas accedieron los cómicos, por única vez y «sin que sirviera de precedente», según hizo constar el tenor descompuesto, a actuar sábado y domingo, tarde y noche—la verdad era que nunca habían descendido tan bajo—en un indecente barracón que en aquella localidad designaban con el pomposo nombre de Coliseo y que, no obstante ciertos alardes decorativos de mal gusto agrícola, más tenía de bodega y de corral cubierto que de teatro.

Hubo que vencer no pocas dificultades técnicas en los primeros instantes. Se sustituyó la presunta orquesta con la charanga municipal y todo prometía ir, en la primera representación, si no del todo bien, por lo menos regularmente.

A Juanitín todas estas quiebras y contrariedades del negocio, cuya trascendencia no podía medir, le tenían sin cuidado. Era primavera y el arrullo de la florida estación le esponjaba la epidermis, le penetraba hasta la médula y traducíasele en un irreprimible deseo de correr y saltar sin cortapisas, bajo la suave y acariciadora tutela del sol. Sentía la necesidad de desentumecer el alma, las articulaciones y los delgados huesos.

Pero, aquella tarde, después de comer en la mesa redonda de la posada un grasiento cocido y unos filetes de sospechoso origen—a Juanitín se le sirvieron, además, por indicación de su madre, un par de yemas con una cucharada de azúcar disueltas en un vaso de leche—, al niño le entró tal sopor, cansado sin duda por la pesadez del viaje, que hubo que acostarlo en la cama para que echara la siesta.

Así que lo dejaron dormido y convenientemente arropado, la compañía se trasladó al coliseo local para ensayar con la charanga. El director de orquesta abrigaba serios temores no expresados, sobre el éxito de la representación y sonreía

para su colete. Un episodio más que añadir a su abundante y pintoresco anecdótico. ¡Y pensar que él había dirigido, nada menos que en el Calderón de Valladolid, toda una temporada de zarzuela grande, al frente de un conjunto de primerísimas figuras!

A eso de las cinco, Juanitín se despertó. Tras un prolongado desperezo, sus ojos, girando inquietos en su órbita, lo situaron conscientemente donde estaba. Era una habitación asimétrica y grande. Del techo con manchas de humedad, donde fijó la vista, resbaló su atención por el cordón de la luz, negro de cagadas de moscas, a la desigual tarima. Después clavó la mirada en la pared, con motas y vestigios de chinches abrasadas al fósforo. Y aún tardó unos segundos en recordar que un ruido ensordecedor, procedente de la calle y acompañado de alegre bulla, había interrumpido su pesado sueño.

Antes de saltar de la cama, Juanitín aplicó el oído. Eran, en efecto, voces infantiles, gritos alborozados y estridentes, que el férreo estrépito de algo que se deslizaba a gran velocidad sobre raíles sofocaba en expectación por breves momentos.

Llevado de su curiosidad, el pequeño se acercó al balcón y miró a través de los ventanillos entornados. Aunque la posada—hotel Serafín—tenía su acceso por un rincón de la plaza—una plaza irregular y zuloaguesca, con su fuente y su farola de cuatro brazos centrando el interés de las capeas—el balcón correspondiente al cuarto alcoba que ocupaban los padres de Juanitín caía sobre una calleja, en una parte de la cual se estaba construyendo un gran edificio. A juzgar por el estado de la cerca, medio derruido, que deslindaba el solar, y el abandono en que yacían los materiales, veíase que las obras estaban paradas desde hacía tiempo.

Un grupo de chicos jugaba allí a sus anchas. Capitanéabalos un arrapiezo de pelo hirsuto, a remolinos, con la boca mellada. Pronto se granjeó la admiración de Juanitín, que seguía sus evoluciones prudentemente, desde su observatorio, sin ascender al balcón. Los peques, aunando sus esfuerzos, arrastraban rampa arriba una pesada vagoneta hasta remontar la pendiente. Y así que coronaban el punto más alto, la dejaban deslizarse sin frenos, abandonándola a su propio impulso. Los más audaces se montaban en ella, que al final del trayecto adquiría una velocidad endiablada para acabar casi siempre descarrilando, con los consiguientes sustos, risas, abolladuras y vapuleos. No pocos se arrojaban del vehículo en plena carrera, no sé si por prudencia o por miedo, rodando por el terraplén antes de que el percañe se produjese.

Pasada la escalofriante impresión, que en el rostro de Juanitín se tradujo en una sonrisa de complacencia, como si aquel mundo de jolgorio y libertad que le estaba vedado fuera el suyo, los chicos recomenzaron su peligroso entretenimiento.

La ruda y difícil tarea de encarrilar el artefacto, haciendo palanca con vigas y tableros de albañil, exigía más método y cooperación por parte de todos. El arrapiezo de la boca mellada imponía su voluntad a grito pelado y dictaba sus órdenes como un capataz acostumbrado a hacerse obedecer.

Al iniciar los chicos su tercer viaje ascendente, se presentó de pronto en la esquina el alguacil del pueblo y todos se dispersaron, en menos que se cuenta, cayendo aquí y tropezando allá. El jefe de la banda infantil también echó a correr, pero chocó con un pedrusco, se lastimó la rodilla y Juanitín vió cómo, sin detenerse, envolviéasela en su pañuelo, que al punto se tiñó de sangre roja.

El alguacil, con su bastón de caña, como representante de la autoridad municipal, su descolorida gorra y su pinta de segador resultaba allí un personaje imponente. A su vista, Juanitín se ocultó presuroso tras los ventanillos, como si se considerara cómplice de aquellas travesuras.

Al día siguiente, después de comer fingió tener sueño para que lo dejaran solo echando la siesta. Ya acostado, Juanitín se mantuvo un buen rato con los ojos cerrados y el oído atento a los ruidos y voces procedentes del exterior.

No habría transcurrido un cuarto de hora cuando una creciente algarabía le hizo incorporarse en la cama. El férreo estruendo de la vagoneta deslizándose por los desiguales raíles animó su rostro. Eran los chicos de la tarde anterior. Juanitín los

identificó al punto en su estridente griterío y contagiosa alegría.

Como estaba descalzo y a medio vestir, se puso los calcetines y las sandalias, se abrochó el cuello de la camisa y, abriendo el balcón de par en par, se asomó a la calleja.

Hacia un día soleado y hermoso. El contacto del aire libre le dió la sensación de que un ángel le besaba la frente.

Los chicos corrían en tropel rampa abajo, antes de que sus compañeros soltaran la vagoneta, que acababa de alcanzar la cima. Sumarian unos veinte y el arrapiezo de la boca mellada seguía en el ejercicio dictatorial de su mando.

Juanitín, agarrado a los barrotes del balcón, sugería la idea de un pobre simio enjaulado. Y no por sus finas facciones, sino por su actitud de inmóvil curiosidad.

El primero que se fijó en él fué un rubiales pécoco, que se lo mostró a sus compañeros como un hallazgo.

La presencia de una cara desconocida se considera siempre un acontecimiento en el mundillo infantil, más complicado en sus reacciones de lo que a primera vista parece.

—¡Mirad!—dijo indicando el balcón—. Tenemos público de balde.

—¡Chaval! ¿Qué haces ahí?—le gritó otro chico culelo aprestando su honda y disponiéndose a tirarle una pedrada.

—Nada—respondió Juanitín con medrosa timidez. Intervino el jefe de la pandilla, el de la boca mellada, dirigiéndose al de la piedra y alardeando de indiscutible autoridad.

—¡Eh, tú, moco verde; guárdate esa peladilla p'al colodrillo del alguacil, que nos la tiene jurada!

Y a continuación se encará con el menudo huésped de la fonda como si lo estimara un intruso, adoptando aires de perdonavidas.

—¿Estás ahí tú solo?

—Sí. Solo.

—¿Eres de la gentuza del teatro?

—Mi papá y mi mamá trabajan en el teatro, pero no son gentuza, sino personas tan honradas y buenas como tus padres... si es que los tienes.

—¡Chupate esa!—terció el rubiales chascando la lengua.

—Perdona, rata sabia— se excusó el capitán—. No quise ofenderte. Lo que uno oye por ahí. Entonces tú sabrás cantar y bailar. ¿Por qué no bajas a jugar con nosotros?

—No puedo... No me dejan...

—Si estás solo, como dices, ¿quién va a impedirte lo?

—¡Es verdad!—asintió otro de los chaves, adulón.

—Ahora que si tienes miedo no hay nada que hacer. Nosotros no nos comemos crudos a los chicos de fuera, pero tampoco hacemos buenas migas con los cobardes.

Y dibujando en el aire un arco ordenancista con el brazo derecho extendido, inició el movimiento de repliegue hacia el solar próximo, seguido de toda la chiquillería, que se había congregado al pie del balcón.

Juanitín se retiró prudentemente de su observatorio. Estaba pálido. El déspota de la boca mellada, que ejercía sobre él una extraña fascinación, le había picado en su amor propio. Decidió bajar, burlando todos los ojos vigilantes que trataran de cerrarle el camino.

Unos minutos después, Juanitín se encontraba en la calle rodeado de chicuelos que le observaban de arriba abajo como a un fenómeno de feria. Su delgadez y pulcritud contrastaban, desde luego, con aquellas pelambres sucias de polvo y aquellas rodillas embadurnadas y aquellos pantalones inverosímilmente remendados por todas sus costuras. En torno a él se hizo el silencio, un silencio expectante que duró tanto como su curiosidad. Lo rompió, burlón y decidido, el rubio de las pecas con los ojos clavados en las flacas pantorrillas de Juanitín.

—¿Estás enfermo, chaval?

—No; no estoy enfermo.

—Pues lo parece. ¡Vaya garrillas!

—¡Eh, tú, pelo de estopa! ¿Qué tienes que decir nada a nadie? ¿Te has visto alguna vez en el espejo por detrás? Porque vas «pa» jorobeta como el limpiabotas Celedonio y te veo de mayor vendiendo lotería en la parada del autobús.

El rubiales, en efecto, era un poco cargado de espaldas.

Juanitín comprendió que el «mandamás» se erigía en su protector y se lo agradeció con una sonrisa. Era simpático aquel arrapiezo del pelo hirsuto, a pesar de esus modales dominadores. Hasta el portillo de los dientes, cuya causa debió de ser un

batacazo contra algo muy duro, le hacía gracia. Mirábalo como a un héroe.

—¿Cómo te llamas, pequeño?—le preguntó de improviso.

El timbre de su voz pregonaba por sí solo su tutela.

—Juanitín Carreño—contestó el interrogado con desenvoltura.

Empezaba a encontrarse a gusto entre sus nuevas amistades.

—Juanitín... ¡qué monín!... Un chico flacucho, pero de postín—cantó el rubiales echando a correr hacia la vagoneta parada.

La mayoría de los chicos le siguió. Un orfeón de risas y pullas indirectas celebró su ingenio y su descaro.

—¡Ya verás como te agarre, pelo de estopa!—le apostrofó el capitán amenazándole con el puño.—¡Te la vas a ganar!

El de las pecas le replicó a prudente distancia:

—¡Miau!... ¡Carreño pequeño! No tiene casa y se muere de sueño.

Un coro de carcajadas festivas acogió y aplaudió la pueril ocurrencia.

—¡Ya te daré yo coplas a ti, rubiales!—le gritó el «mandamás» apretando los dientes.—No le hagas caso ni te importe—añadió volviéndose hacia Juanitín.

Este, que tenía fruncido el entrecejo como si meditara, explotó a su vez, envalentonado:

—¡Rubiales! ¡Burlón!... ¡Nieta del Pernaes! ¡Hijo de ca...! ¡Bobo! ¡Cara de lobo!... ¡Giboso! ¡Cabeza de oso!... ¡Y además, acusica y patoso!...

Aquella salida inesperada, harto procaz y rabiosa, causó asombro y admiración en todos los presentes, que se quedaron de una pieza. Juanitín quiso demostrar que sabía defenderse sin ayuda de nadie. Recurrió a su exiguo vocabulario de palabrotas—las que oía a unos y a otros en sus andanzas por esos mundos—y las empleó al buen tuntún por malsonantes y ofensivas ignorando su verdadera significación. Su propia audacia y desparpajo le causaron sorpresa, aunque tenía sentido del ritmo y cierta facilidad para improvisar aleyuvas. Hablar en rima era su fuerte, para regocijo de propios y extraños.

El interés que una cara sin estrenar brindaba a aquellas mentes infantiles no tardó en agotarse. La rampa, con sus materiales de construcción abandonados, y sobre todo la vagoneta ofrecíanles mayores alicientes. Se reanudó el juego en tanto que se advertía una como escisión en el grupo, tal que si se fraguara un conato de rebeldía contra el arrapiezo de los caninos mellados, que se había quedado aparte con Juanitín.

—¿Quieres montarte?—le preguntó aquél en tono de invitación, señalándole la vagoneta, que los chicos empujaban cuesta arriba trabajosamente.

Juanitín meneó la cabeza como si quisiera y no se atreviese. El otro adivinó sus dudas.

—¡Es estupendo, chico! Y no pasa nada. Se sienta aquí, en el estómago, una cosa como si le hiciesen a uno cosquillas. Es más emocionante que el columpio y mucho más barato para mis amigos. A los mocetes que no son de nuestra pandilla les hacemos pagar una perra gorda por tres viajes. Ya verás qué gusto da. No tengas miedo. Yo te ayudaré.

A Juanitín le guiaba una confianza ciega en su nuevo amigo y protector. Juntos ascendieron a lo más elevado de la rampa. Los otros chicos se apartaron, el gesto torvo y la mirada hostil, como si tramasen un complot contra el despotismo de su jefe y contra aquel esmirriado advenedizo.

La vagoneta estaba allí, vacía e inmóvil, como esperando. Un calce de madera le impedía lanzarse por la pendiente.

—Siéntate aquí, adelante, y agárrate fuerte a esos bordes. Así. Yo iré detrás. No pases ningún cuidado. La primera bajada la haremos con freno «pa» que no te asustes. Basta meter una estaca entre las ruedas y apretar de firme cuando empecemos a correr demasiado. Estos, que son unos zotes, prefieren tirarse en marcha porque no saben hacerlo, pero yo sí. Lo he visto más de una vez en las canteras, donde trabaja mi padre. ¡Ya verás qué emoción! La pena es que dura poco.

El chico de la boca mellada trataba a Juanitín con más ternura que si fuese su hermano pequeño. Los otros mirábanle sorprendidos, sin despegar



los labios. Se veía que estaba a punto de perder sus poderes. Juanitín se quedó solo, montado en la vagoneta, mientras su protector, ajeno en absoluto a su caída inminente, buscaba en un montón de troncos la recia estaca que le serviría de freno y que ya había utilizado en otras ocasiones.

Pero el rubiales de las pecas, dando un rodeo, se acercó sin ser visto con propósitos de venganza, quitó el calce a la camioneta, inspirado por la más aviesa intención, y la empujó con todas sus energías.

Bastó aquel primer impulso para que se pusiera en marcha. Comenzó a rodar, primero con lentitud en seguida velozmente, ruidosamente. Para cuando el de la boca mellada se dió cuenta del peligro era ya tarde. Corrió, pero por más que hizo no pudo detener la vagoneta. Entonces dió un salto y alcanzó la parte posterior dispuesto a acompañar la suerte de su protegido.

Presintiendo, sin duda, el dramático desenlace, los chicos se quedaron sin aliento. Eran todo ojos. En su expectación se adivinaba la proximidad de

la tragedia. Vieron cómo el artefacto cabeceaba y se encabritaba como una bestia viva sobre los defectuosos railes. Su velocidad iba en aumento. Y el desajustado estrépito que producía, también.

El pobre Juanitín, con el rostro desencajado por el terror, se mantenía asido a los bordes desesperadamente. Pero comenzó a resbalar en su incómodo asiento y a perder base, zarandeado por violentas sacudidas. Oía las desaforadas voces de su compañero de aventura, que le gritaba con todas sus fuerzas:

—¡Tírate a un lado!... ¡Tírate a un lado!...

Pero quería y no podía obedecerle.

El restallar de un brusco traqueteo en el inicio de una curva le despidió hacia adelante, lanzándolo sobre los railes cuan largo era. La vagoneta le pasó por encima. A los pocos metros descarrilaba y volcaba aparatosamente. Quedó con las ruedas invertidas, girando en el vacío.

Un grito gutural, espantoso como arrancado a las entrañas de la tierra, sembró el pánico entre la chiquillería, que huyó en todas direcciones aterrorizada.

Ventanas, puertas y postigos se abrieron de súbito como pupilas interrogantes, y algunas cabezas se asomaron con ansiedad.

—¡Juanitín!... ¡Hijo mío!...

Con los brazos aspados, las manos crispadas y erizado el cabello, dijérase que la madre, que había presenciado la escena, iba a arrojarse por el balcón de un momento a otro. Se clavó las uñas en los ojos—hizo desesperada mención de ello—cuando su pobre marido la estrechó entre sus brazos tratando de retirarla de allí.

El chico de la boca mellada no perdió la serenidad. Acertó a tirarse a tiempo de la vagoneta, antes de que descarrilase, rodó por el terraplén, se levantó rápido al llegar al fondo, y sin sacudirse la tierra que le envolvía ni cuidarse de si estaba herido o no corrió a auxiliar a Juanitín, al que suponía destrozado, muerto.

Antes de llegar a él se detuvo un instante al verlo tendido a lo largo de los railes, pero observó emocionado que se movía.

Juanitín se levantó sobre sus escualidos brazos y se puso en pie sonriente. Sangraba por la nariz en abundancia, pero nada más. Su protector y amigo contemplábase con religioso respeto. Como si acabara de asistir a la realización de un milagro. Y era, en efecto, milagroso—por lo menos, lo parecía—que aquel frágil cuerpecito, expulsado con tanta violencia, hubiese ido a caer de bruces precisamente entre la vagoneta y la vía un hueco demasiado estrecho para quedar incólume—la sangre de las narices no contaba—no ya un niño de ocho años, sino un gozque faldero.

El de la boca mellada, radiante de júbilo al comprobarlo, se puso a dar voces en dirección al balcón donde se debatían los padres de Juanitín en el paroxismo de la angustia.

—¡No se ha hecho nada!... ¡No se ha hecho nada!...

La grata noticia dejó a todos atónitos y a más de un chaval decepcionado. Fué algo así como si un barrunto de tragedia inevitable acabara de derivar en sainete.

Juanitín miraba la sangre, su sangre, que le gotaba entre los dedos, y sonreía un poco aturdido. Miraba al mocete del pelo hirsuto, que le enjugaba amorosamente las narices con su pañuelo del día anterior, sucio de sangre reseca, y sonreía también alborozado. Miraba a sus lívidos padres, a quienes el asombro y la duda tenían, estupefactos y temblorosos, en el bancón, y sonreía mostrándoles y mostrándose a sí mismo las manos ensangrentadas.

Todo ello porque estaba comprobando que su sangre era roja y tibia como la de los otros niños. Y que él podía codearse—juno de tantos chavales!—con todos los chicos de su edad que juegan y ríen felices y se descalabran a cada paso para renacer a la alegría por los divertidos terraplenes del mundo.

Aquella tarde el Ángel de La Guarda de Juanitín cumplió su misión tutelar con más celo y más eficacia que nunca. Súpolo el Señor, complacido, y le felicitó. Bien es cierto que Satanás estaba echando la siesta y no opuso ningún obstáculo a su intervención salvadora. Por razón de la siesta y porque Juanitín era un alma pura. Las almas puras no le ofrecían mayor interés, porque no contaban en sus comicios.



CARMEN LLORCA

(HISTORIADORA)

Su libro "Isabel II y su tiempo" constituye una valiosa aportación para la historia auténtica e imparcial del siglo XIX

Ahora la escritora trae entre manos un estudio sobre la Prensa española desde sus comienzos



Carmen Llorca, en su biblioteca

CARMEN Llorca es una mujer joven. Ojos claros, profundos como acostumbrados a bucear por las simas hondas del pasado, como hechos para mirar hacia atrás, sin perder el rumbo del presente o del futuro. Los historiadores, las historiadoras, nos dan siempre la impresión de venir ya de vuelta de muchos caminos. Y quizá sea verdad. Muchas veces la historia, el mañana, no es más que una repetición del pasado, del ayer y ese ayer o ese pasado lo aprendieron ellos y ellas en esos legajos y en esos documentos que a los demás nos da un poco de grima el tocarlos. Carmen Llorca habla despacio, apenas gesticula y sonríe constantemente. Viste de luto y puebla su cabeza una abundante cabellera negra.

«Isabel II y su tiempo» ha sido la última obra escrita por esta historiadora. No es un libro más en la extensa bibliografía sobre la Reina española. Es un libro que era necesario escribir, una obra que quedará para los historiadores, para los aficionados a la Historia y aun para quienes no lo sean, como ejemplo del mejor empeño en poner en claro muchas cosas que la ligereza pasó por alto que el silencio calló sin tener para nada en cuenta la justicia del tiempo o la verdad histórica. Carmen Llorca no podrá negar que la figura egregia de la Reina le ha sido simpática, atractiva, y, sin embargo, sobre su simpatía hacia el personaje estudiado queda, como flotando en las páginas el amor a esa verdad, que es como el primer mandamiento en el decálogo de los historiadores. Aquí Isabel II aparece tal y como era: sin desmesurar la virtud, sin silenciar aquello que, por íntimo y personal, es necesario saber para explicarse lo que entonces era política y hoy es historia.

Carmen Llorca no es madrileña. Nació en Alcoy. Allí estudia los años de bachillerato en el Instituto de Enseñanza Media, y



En Capri (1952)

allí vive hasta que comienza sus estudios en la Universidad de Madrid. Hacia el año 1942 ingresa en la Facultad de Filosofía y Letras, a donde le lleva su vocación por las ciencias históricas. Historia e Historia de América son las dos secciones que Carmen Llorca estudia. En la primera consigue el doctorado con su tesis sobre la «traición» del Mariscal Bazaine y el proceso Hillairav, que la Universidad de Madrid publica en 1951 después de haber conseguido su autora premio extraordinario en el doctorado. Más tarde publica un nuevo libro con este sugerente título: «Europa en decadencia?» De esta obra también me habla ahora Carmen Llorca.

A unos diez kilómetros de Alcoy existe una casa de campo sobre la montaña donde no llega el ruido y el alboroto de la ciudad. Allí, después de dos años de búsqueda, de documentos y legajos, de salidas al extranjero, de visitas al Ministerio de Asuntos Exteriores de Roma, de viajes a París y después de muchas horas de estudio en las Bibliotecas, Carmen Llorca escribió casi de un tirón este libro de trescientas páginas que hoy está en los escaparates.

LA HISTORIA DE UN SIGLO

Quizá uno de los mayores méritos de este libro de Carmen Llorca haya sido precisamente el no presentarnos al personaje central solo y aislado de la época en que vivió. El tiempo, las circunstancias, a veces nimias, trascendentes otras, sirven para explicarnos el porqué de cosas que de otro modo quedarían en el campo de lo misterioso o inexplicable. El siglo XIX está aquí, no sólo de música de fondo, sino más bien de perspectiva y de luz para alumbrar pasos que hasta ahora podrían calificarse de oscuros.

En el afán reivindicativo de los personajes del siglo XIX, que parece inspirar a los escritores de hoy, «Isabel II y su tiempo» constituye una valiosa aportación para la historia auténtica, sincera, imparcial, serena y desasosegada de un azaroso reinado.



En Roma. Carmen Llorca va en busca de materiales para su obra de historiadora

El siglo XIX, al contrario que la Revolución Francesa, lucha por demasiadas cosas y no le compensa exponer la vida por una sola de ellas. Necesita constituciones, muchas constituciones. Para ello se pasa la vida en el Congreso. Los Parlamentos son las catedrales de las democracias. El siglo XIX necesita hablar y hablar, como consecuencia, el totalitarismo necesita callar. Entonces todo se le perdona a un ministro, si después de una torpeza se puede decir de él: «¡Pero qué bien habla!» De tal manera que las obras de arte de la política del siglo XIX están en los diarios de sesiones. Pero al lado de estos ideales públicos el siglo XIX incubaba otras ideas inconfesables. Ahí están los artículos de fe de las sociedades secretas y los carbonarios. Odios tenaces mantenidos con argumentos ramplones. Es el siglo de la masonería, de los santones de la política y de los curanderos de la patria, con la cabeza llena de idealismos, que es el vapor de agua de las ideas. Pero el pueblo carece de tantas cosas que cree hasta en lo más absurdo. Sin embargo, todo lo que Francia ha hecho para acabar con su Rey, España lo ha realizado para conservar el suyo. Es precisamente el pueblo quien más ama a Fernando VII.

Carmen Llorca apenas adjetiva sus frases. Sus palabras, entrecortadas por una leve sonrisa, son argumentos que no pueden retorcerse. Habla con seguridad, con dominio.

—Entre el antiguo régimen, representado por gentes absurdas y principios excelentes, y los nuevos regímenes del XIX, sostenidos por gentes excelentes y principios absurdos, el pueblo prefiere todo lo absurdo. Es decir, quiere a Fernando VII y al liberalismo. Antagonismos inconciliables que colocaran a todos en verdadera encrucijada. Si en la Edad Media, entre el Rey y el pueblo mediaba la nobleza y se hacía posible una alianza entre los dos primeros, en el siglo XIX median los políticos y no hay acuerdo po-

sible. A Balzac pertenece la frase: «no existe equilibrio posible entre la realeza y la soberanía popular». Si antes los Reyes eran inatacables por derecho divino, el liberalismo les hace irresponsables. Y les va quitando los atributos de la realeza para que se queden sólo con la simpatía. La sonrisa democrática era el último vínculo para unir la monarquía con el pueblo. Es cierto que los pueblos quieren a los Reyes, pero creen a los políticos. Algo tendrá que perecer, y no serán, precisamente estos últimos. El tránsito de un Rey a la antigua, como Fernando VII, con otro a la moderna, esperan todos que podrá realizarse en su heredero.

UNA MUJER CON BUENA VOLUNTAD A QUIEN FALTO LA FUERZA DE VOLUNTAD

—¿Cree usted que Isabel II era, por su temperamento, la Reina más indicada para adaptarse a todas estas exigencias?

—En absoluto. Ella da al pueblo algo más que la solicitada y ficticia sonrisa liberal. Da el espectáculo de su profunda humanidad, con la sincera réplica de amor al cariño de sus súbditos. Apunte usted esta frase de Galdós: «entre el pueblo y ella había algo más que respeto de abajo y amor de arriba; había algo de fraternidad, un sentimiento ecuatoriano del que emanaba la reciproca confianza». Nunca hubo Reina más amada, ni tampoco pueblo a quien su Soberano llevarse más estampado en las telas del corazón».

—¿Respondía el temperamento de Isabel II a los anhelos liberales?

—No. Ella es una fuerza viva en constante agitación y dominada por extremo barroquismo de alma. Hay en su carácter mucho de revolucionario y caótico; naturaleza tumultuosa que no encuentra el cauce de su expresión, ni se organiza en una unidad, ni acierta a verse suave, paulatinamente al mundo exterior.

—¿Había en el temperamento de la Reina cualidades heredadas de sus antepasados?

—Ante todo es preciso confesar que las costumbres heredadas las practica con más gracia con la misma intensidad y sin ninguna hipocresía. De su padre conserva la actitud soberana, pero suyas mineidad, pero no existe en ella generosidad y la lealtad. Isabel II se parece a su madre por su temeneidad, pero no existe en ella una falsa coquetería. Ya en sus rasgos físicos es fácil advertir su manera de ser. Sus ojos azules están animados por inteligencia y claridad espiritual, y en el dibujo de la boca y el pliegue de los labios está expresada la más acada lección de casticismo y de bondad. Ninguna arista en su rostro ni en su cuerpo y la inseguridad en las formas cambiantes de sus rasgos físicos denotan inmediatamente la ausencia total, absoluta, de voluntad. Dos contrariedades, la enfermedad herpética y la gordura, amargan su existencia. La primera la combate con los baños que invariablemente toma todas las temporadas; la segunda, con regímenes y deporte... cuando se acuerda.

—¿Cómo definiría usted a Isabel II?

Carmen Llorca no piensa la respuesta. Se le viene a los labios y dice:

—Una mujer con muy buena voluntad a quien falta toda la fuerza de voluntad. Excelentes propósitos animan su vida y su espíritu, pero le vence su humanidad y el ambiente de Palacio, de ese Palacio madrileño al que más tarde llamará «jaula dorada», donde se desarrolla un sombrío paisaje humano en el que crece la más extraña vegetación psicológica. Si es verdad que lleva la sangre de los Reyes de España, Isabel II no tiene historia en el corazón. En él late solamente la alegría de la vida, la fuerza del presente con la inevitable entrega al momento. Profundamente sensible, en ella encuentra eco la máxima fuerza vital: el amor. Isabel II experimentaba la satisfacción de amar, que llenaba su alma con imperioso deseo. Defraudada en sus aspiraciones matrimoniales, se conduce como esos pueblos errantes que vagan por el mundo como nómadas en busca de la tierra prometida. Su carácter, secundado por un espíritu libre e insobornable no se detiene ante ninguna meta.

—¿Está usted de acuerdo con aquella frase de don Natalio Rivas que dice: «Estoy convencido de que si todos los gobernantes que la rodearon hubieran cumplido con su deber, habría muerto ocupando el trono, y la suerte de España hubiera cambiado de rumbo radicalmente?»

—Sí. De total acuerdo. Y esto mismo opina el marqués de Lema. Las gentes que la han rodeado, los acontecimientos tan extraños y poco claros, la han deformado antes de formarla. Era inteligente pero no tenía cultura, porque quienes tenían obligación de dársela, no se la dieron. Los avaros han abusado de su esplendor. Los listos—esa especie de granujas de la inteligencia—se han reído de su bondad. Los soberbios han querido compartir con ella el poder. Y todos han vivido de sus prodigalidades. Pero su figura está cubierta por un

atractivo único. Por encima de sus errores, a un lado de su equivocada vida íntima, más allá de lo que una exigente estética femenina pediría a la mujer, Isabel II cautiva por el inmenso mérito de su bondad. No se acierta a explicar qué cosa es su gracia que hace olvidar sus debilidades, ni su inteligencia sana y sincera superior a su tenaz ignorancia, ni el desconcertante caos de sus sentimientos emocionados siempre por la última impresión recibida. Por encima de esa aparente inestabilidad, Isabel II sabe lo que quiere y vive el drama de lo que no ha podido ser. Sus desequilibrios, cambios y alteraciones, no son más que el lamento inextinguible del que no encuentra la paz y está dominado por inexplicable malestar.

LA VIDA PRIVADA DE LOS REYES ES TAMBIEN VIDA PUBLICA Y POLITICA

La imparcialidad ha de ser necesariamente la cualidad máxima del historiador. Y el libro de Carmen Llorca, sobre otras virtudes, posee ésta en sumo grado.

Mi libro es completamente imparcial, a pesar de mi simpatía. Todo lo he sacrificado en honor a la verdad histórica, aunque esa misma simpatía me haya ayudado a decir las cosas en buen tono, siempre que la verdad no haya sufrido ningún detrimento.

—¿Cómo han tratado a Isabel II sus historiadores?

—La mayoría han sido demasiado ligeros en el análisis y excesivamente severos en el juicio. La Reina es ya una figura de la Historia y aún está cubierta por los escombros de la vida. Sobre ella se han lanzado, como si se tratase de un desván, reproches lamentables y enojosos, dándose al mismo tiempo el caso paradójico de ser la más popular y querida Reina de España. Carlos Cambronero ha sido tal vez quien la haya tratado más friamente y con mayor simpatía.

La obra de Carmen Llorca es, sin ningún género de duda, la biografía más completa de cuantas sobre la Reina se hayan publicado. Claro de una vez para siempre, para los investigadores y para el lector queda en esta obra, por ejemplo, la historia de aquel «gabinete relámpago», en cuya caída tanta importancia atribuyeron otros historiadores a la mayoría de sor Patrocinio. La caída de Narváez en esta ocasión hay que buscarla en intrigas secretas que, al leer la obra de Carmen Llorca aparecen diáfanas y pierden todo el misterio. La autora sigue todos los pasos de la Reina, incluso aquellos que estuvieron al margen de Palacio y más allá de las fronteras. Un capítulo sabroso y a su vez inédito es el que nos habla de Isabel II en París, después de destronada.

—¿Dónde encontró usted los documentos inéditos para esta biografía?

—En el Archivo Histórico Nacional de Palacio de la Academia de la Historia, General Militar de Segovia, del Ministerio de Asuntos Exteriores, de la Embajada de España cerca de la Santa Sede, del Vaticano, del Ministerio de Asuntos Exteriores de Roma, Histórico de Nápoles y otros particulares. Tuve la suerte de encontrar

documentos de un valor excepcional y estar en contacto directo con personajes relacionados con la Reina de España. Escritores y periodistas me han facilitado también noticias inéditas y correspondencias.

—¿Qué le llevó a ocuparse de Isabel II en esta obra?

—Cuando estuve de encargada de la cátedra de Historia Contemporánea de España en la Universidad de Madrid, me di cuenta de las inmensas lagunas que existían en la Historia del siglo pasado y esto, unido a la gran simpatía que el personaje despertó en mí, me llevaron al estudio. La exuberante y singular personalidad de Isabel II, tan llena de contradicciones, hubiera llamado la atención de escritores y novelistas, aun sin haber sido Reina. Por haberlo sido, requería un cuidado único un trato excepcional, no de favor, sino de respeto y escrupulosidad en el análisis de los acontecimientos, por la trascendencia de los mismos. Pero he tenido, si, un trato de excepcional animosidad. Allí donde era necesaria la responsabilidad de un autor no se encontraba más que ligereza, explicando con un gesto equivoco acontecimientos bien claros. La malicia, la mala fe, y algo aún peor—la conmiseración desdenosa—han narrado su vida. Y, por respuesta, el silencio, que es también una manera de acusar. Lo extraordinario, dado el tiempo y las circunstancias, es que ella hubiera sido de otra manera. En plena efervescencia reivindicadora de los personajes del siglo XIX, sólo Isabel II seguía allí, clavada en su época, reclamando en vano una más serena y justa comprensión de los españoles. Pero Isabel II ni necesita ser perdonada, ni puede ser olvidada, pues es la figura más importante de su tiempo y sin su estudio toda la política del siglo pasado quedaría sin comprenderse. La vida privada de los Reyes es también vida pública y política, desde el momento en que su matrimonio—lo más personal—es no sólo un asunto, sino una razón de Estado.

LA GRAN PRODIGA

—En el cúmulo de reproches, algunos autores han querido demostrar también la ausencia total de sentimientos religiosos en la Reina. Usted parece demostrar todo lo contrario.

—Efectivamente. Isabel II nunca careció de estos sentimientos y en su política tuvo siempre una gran pdebilidad por estar a bien con la Santa Sede. Ella era la primera en darse cuenta de sus errores personales y para ella la religión era la tranquilidad de conciencia. Cuando deja de ser Reina, ya en París, lo primero que hace y lo único que le preocupa es conocer personalmente al Papa. Uno de los capítulos de más sabrosa lectura en la obra de Carmen Llorca es aquel que ella titula «la gran prodiga».

—Sí. De su prodigalidad generosa podría contarle mil anécdotas. Isabel II no supo nunca del valor del dinero. Un día Narváez le pide que renuncie a los «cientos seis millones poco más o menos» que en conceptos de atraso le debe el Estado. Sucedió esto exactamente el 23 de abril de 1848 y en la Cámara Regia, Isabel II consciente con la más generosa e irreflexible de las espontaneidades. Cuando ya en a puerta se encuentra el Ministro con el marqués de Miraflores, gobernador entonces de Palacio, y le comunica la decisión real, espantado y sin querer creerlo, entra éste en la Cámara para que la Reina le confirme las palabras del Ministro. Isabel II no sólo se lo confirma, sino que además le añade: «En materia de intereses quiero ser siempre generosa, porque nada me importa el porvenir». Más tarde sería el mismo Narváez quien aceptaría ocho millones que la Reina le regala en febrero de 1849 y que debería percibir de esos atrasos. Para Isabel II el dinero era pura entelequia. Casi todos los meses pagaba alrededor de veinte mil reales por derechos de Aduanas de los paquetes que recibía del extranjero conteniendo onzas de encajes, libras de cintas y arrobos de juguetes. Su afán de dar es insuperable. Cuando Listz viene a España, la Reina le regala un afiler de brillantes y otro a la bailarina francesa Guy Spephan, porque no pudo asistir a su beneficio.

La charla ha durado más de dos horas. Carmen Llorca es de palabra fácil y en la conversación, amena. Ahora, la escritora trae entre manos otra historia, otro libro de historia. La Prensa española, desde sus comienzos hasta la actualidad, será la tarea a la que Carmen Llorca dedique su atención.

Ernesto SALCEDO



Alcoy (1953). Carmen Llorca participa en las fiestas de San Jorge

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

MAGIA DE LA PUBLICIDAD

Por Pierre BRUNEAU

LA publicidad constituye ya en nuestra época un hecho cuya importancia no puede escapar a los sociólogos. Su enorme influencia permite serios estudios y en varias Universidades norteamericanas se enseña de una manera sistemática en cátedras especialmente dedicadas a la materia. No obstante su relativa juventud, la publicidad posee una agitada y movida historia, en la que abundan anécdotas innumerables y chocantes. En «Magiciens de la Publicité», el libro de nuestra semana, Pierre Bruneau se ha dedicado a contar, con estilo ágil y sugestivo, las vicisitudes de la publicidad francesa, intentando sacar, además, del anónimo, a toda una serie de figuras que desde la callada soledad de sus despachos de trabajo han influido sobre las multitudes mucho más que otros personajes cuyos nombres están durante algún tiempo en boca de todas las gentes.

BRUNEAU (Pierre): «Magiciens de la Publicité». L'Air du Temps, Gallimard, París, 1956.

M Dupont, francés medio, leyendo una mañana en su diario habitual, descubrió este significativo anuncio, cuyo marco negro atraía todavía más su atención: «Todo lo que una señorita debe saber antes del matrimonio. Una obra apasionante, con ilustraciones fuera de texto. Envío discreto contra 350 francos.» M. Dupont, amable y bromista, pero también ávido de conocer ciertos misterios de la vida, tomó su mejor pluma, firmó un cheque y lo introdujo en un sobre. Dos días más tarde el cartero le trajo un paquete anónimo en el que encontró... un libro de cocina.

LA PUBLICIDAD, ESA GRAN SEÑORA...

Desde este mal paso, M. Dupont no quiere saber nada de la publicidad. Cuando se habla de ella delante de él profesa un desprecio soberano y habla de estafa y violación moral. Ante un cartel se carcaja: «¡Es antiestético y escandaloso!» En el cine enarbola una mueca fastidiosa: estos cortometrajes publicitarios son simplemente ineptos. La radio es todavía peor: los slogans obsesivos, las citas laudatorias, los latiguillos insidiosos, le estropean sus emisiones y se refugia en las ondas oficiales, donde escucha música de cámara. En cuanto a su periódico le dedica ahora una solida aversión: «No hay más que anuncios...», y habla de suscribirse al «Diario Oficial».

Y, sin embargo, M. Dupont, cuando va a hacer alguna compra, no puede escaparse de los nombres publicitarios, porque por mucho que se defiendan, es el juguete dócil de esa imaginación moderna, de ese complot permanente que espía a cada individuo en todos los instantes de su vida, que toma las formas más diversas, pero siempre tentadora: la publicidad.

Pierre
Bruneau

MAGICIENS
de la
PUBLICITÉ

¿La publicidad? Se le han dado mil definiciones. se le ha presentado bajo múltiples aspectos, unos favorables y otros menos favorables. Para Georges Duhamel es «una formidable empresa de coacción y embrutecimiento», mientras que André Siegfried piensa que «corresponde a un aspecto esencial e indispensable, no sólo de la producción industrial moderna, sino de la propia vida de las sociedades elevadas».

Entre estas dos afirmaciones tan alejadas hay espacios para un largo abanico de opiniones, pero se felicite uno del impulso de la publicidad, se la admita o se la combata. M. Dupont, a menos que rechace en su conjunto todo nuestro sistema económico, se ve obligado a contar con su existencia y a sufrirla. La publicidad es uno de esos fenómenos de la vida moderna ante la cual no se puede pasar indiferente.

Desde la creación del mundo ha sido siempre necesario dar a conocer un cierto número de individuos que existe algo que ellos tienen necesidad de saber. Es un medio de empujarles a la compra y tiende al pleno empleo de la renta de cada uno para la mejora de sus condiciones de existencia:

«La publicidad—ha dicho Pierre Micherit—es el pan nuestro de la esperanza humana.» Se citan hechos que revelan la importancia capital que puede revestir el anuncio más modesto. Así se dice que Elias Howe, inventor de la máquina de coser era todavía joven cuando adquirió su patente 1846, y pasó la mayor parte de su existencia en la pobreza y en el desaliento. Nadie compraba su máquina porque nadie la conocía. La publicidad no estaba todavía lo suficientemente desarrollada para propagar la buena nueva. Toda una generación de amas de casas, cuyo trabajo se habría aliviado y mejorado, murió sin saber que había nacido un maravilloso auxiliar para ellas.

La publicidad ciertamente no ha inventado los productos y los servicios que en nuestro siglo XX han ocasionado tantos millones de empleos, han aliviado tantos males y han aportado la solución a los problemas cruciales. Tampoco ha inspirado el valor y el espíritu de iniciativa que han presidido la construcción de los grandes monumentos, las fábricas y el material necesario. Pero su papel ha sido el de estimular la ambición y el deseo y crear esa sed ardiente e intachable de poseer que es el más poderoso resorte de la producción.

Ciertamente, la publicidad tiene sus «enfants terribles»: «he aquí el fundamento de mi doctrina, alcanzado tras cinco años de estudios solitarios y difíciles: no invocar jamás la inteligencia del cliente. Al público no le gusta pensar. Evitémosle, pues, esta fatiga... sustituyamos nuestro pensamiento por el suyo. Todos los hombres tienen una tendencia grande a la pereza cerebral. Cultivemos, pues ésta, ya que constituye el gran cultivo de nuestro tiempo...»

LA PUBLICIDAD PIENSA POR NOSOTROS

«Quiero crear un mundo moderno en el que la humanidad esté interesada por el sólo poder de mis slogans, que se agite ante mis carteles con el

rostro taciturno y severo como en un congreso gimnástico»

Así se expresaba, algunos años antes de la guerra, Armand Salacrou por la boca de Poof, personaje de comedia. Era la época en que la publicidad lanzada desde hacía poco a la conquista del mundo, descubría con sorpresa la extensión de su poder; deslumbrada por esta revelación, trataba de vencer con su truculencia la resistencia y las oposiciones que se le presentaban.

Pero los años han pasado. Poof, el publicitario frenético, ha visto plátarse sus sienas. Su caballo de batalla, que rudamente le llevaba al combate, se ha aguerido al mismo tiempo que su jinete. Ha renunciado a algunos de los fines diabólicos que perseguía y su acción se ha disciplinado al mismo tiempo que se sirve de una técnica más eficaz.

Se puede decir que entre 1845 y 1900, la técnica del anuncio no hizo grandes progresos. No obstante, la importancia de la publicidad en la economía creció continua y rapidísimamente con el desarrollo industrial. En gran parte, es el maquinismo y la producción en serie lo que han dado nacimiento a la publicidad tal como la conocemos hoy. A partir de 1880, las agencias de publicidad se multiplican y se convierten en auténticas empresas de creación y de distribución.

La influencia de Norteamérica en materia de publicidad comenzó a hacer sentir sobre el Viejo Continente a finales del siglo pasado, principalmente con el ejemplo de un hombre, que más que cualquier otro ha personificado el espíritu del reclamo: Phineas Taylor Barnum. M. R. Werner ha aclarado el sentido publicitario del célebre director de circo, el atrevimiento y originales de sus iniciativas, así como la profunda influencia que ejerció a este respecto, sobre sus contemporáneos. Es debido a esta influencia, quizá, por lo que siempre ha mostrado un carácter tan llamativo la publicidad americana. Constituye un lugar común para los europeos el citar las exageraciones más burdas y hasta simplonas de la publicidad del otro lado del Atlántico. He aquí dos casos macabros: Un anuncio aparecido a comienzos de este siglo en «The Indianapolis News»:

«Hornos crematorios de Indianápolis.
320 N. Illinois Street. Se reciben visitantes a cualquier hora. Pedid folletos.»

Un epitafio descubierto en América por un periodista francés:

«Aquí yace Anni Henkin, arrebatada prematuramente a la vida después de haber perdido su belleza. Habría permanecido joven si todas las tardes hubiese hecho uso de la crema Carton an Son.»

En Francia, felizmente no hubo semejantes desbordamientos. La Prensa, la pintura mural y los carteles fueron los medios corrientes de la publicidad en esta época. Pero la técnica era débil; nadie se preocupaba apenas del estudio previo de un mercado ni de la psicología de un cliente y menos todavía de las normas racionales de la tipografía y de la confección.

La publicidad prosiguió su desarrollo, sin embargo, fuertemente ayudada por el impulso de las nuevas industrias: neón, cine, radio. La llegada de esta última permitió a Marcel Bleustein y a Louis Merlin alcanzar perspectivas por el lado, que hasta entonces se alcanzaban exclusivamente por la vista y llevó el mensaje publicitario al corazón mismo de los hogares.

Hoy, la televisión comienza a prestarle su faz, mientras que la técnica publicitaria, utilizando los sondeos de opinión, las encuestas, los «tests», tiende a adoptar un procedimiento más científico que garantiza los resultados.

UNA TESIS DOCTORAL LANZA A ELVINGER EN LA PUBLICIDAD

En la cima del universo publicitario, Francis Elvinger ocupa un puesto privilegiado. Se formó en la escuela americana, en la escuela de la venta y del «marketing», y esta fiebre trepidante que ha insuflado a sus negocios recibió sus primeras fuerzas en las universidades del Nuevo Mundo.

En publicidad, la fórmula mágica no existe. Las

reglas son más que complejas y es necesario más discernimiento y más eclecticismo para conseguir el éxito. Elvinger distingue la publicidad por obsesión y la que opera por la persuasión. La primera preconiza el grafismo, el slogan, el cartel, todo lo que llame la atención. Es el sistema que casi exclusivamente se utiliza hace diez o veinte años y que actualmente todavía se aplica por algunos en todos los problemas sin excepción.

Por el contrario, la publicidad por la persuasión o aquella en que el texto es el elemento principal, argumenta a todo precio. Esta concepción de la publicidad, muy extendida en los Estados Unidos, tiene cada vez más adeptos en Francia. Sin embargo, Francis Elvinger no ha construido su reputación ni sus éxitos sobre ninguna de las dos escuelas: la mejor publicidad no es ni la de la persuasión ni la de la obsesión; la elección de una u otra táctica y su empleo combinado depende de cada problema.

Elvinger fué a buscar la técnica americana en sus fuentes. Enviado a los Estados Unidos como profesor, tenía como fin su viaje el estudiar la enseñanza de los negocios en las universidades americanas y particularmente en la Universidad de Harvard: «En verdad—confiesa Elvinger—fué el mejor tiempo de mi vida. En París, mi tiempo estaba siempre dividido entre dos actividades: los negocios y mi enseñanza. Y fatalmente, cuando se abrazan actividades tan diversas, las malogra uno. En los Estados Unidos, por primera vez, tenía una sola actividad: una vida de estudio. Cinco clases por semana, es todo lo que se pide a un profesor en las universidades americanas. El resto del tiempo es para documentarse...»

De esta estancia tan fructuosa, Elvinger trajo múltiples experiencias. Su tesis doctoral—en Francia—tuvo por tema algo que pareció muy extraño al Tribunal: la marca, su lanzamiento, su venta su publicidad. Pero él tenía su idea: con gran dificultad, pues no era rico, la editó él mismo y la lanzó al mercado. Cuando en 1924 se estableció por su cuenta, su propia propaganda estaba ya hecha. Los clientes en potencia le conocían ya y las puertas se abrían ante él.

RECETARIO DE COCINA

ENTREMESES SOPAS HUEVOS ARROZ PESCADOS VERDURAS CARNES Y OVEJAS SALSAS EMPLUMAS POSTRES

Siga mi ejemplo, adquiera estos productos

Royal PUDIN VAINILLA
Royal PUDIN CHOCOLATE

PUDINES Royal

RIERA-MARSA S.A.
BARCELONA-MADRID-VALENCIA SEVILLA

VALE

Formulario de cocina

Si recorta usted este vale y lo remite a PUBLICIDAD RIEMAR, calle Lauria, 128, 4.º, Barcelona, acompañando cinco pesetas en sellos de Correo, recibirá un valioso

FORMULARIO DE COCINA de un valor aproximado de 25 pesetas.

Esta publicidad está patrocinada por
**INDUSTRIAS RIERA
MARSA, S. A.**

Actualmente, su pequeño libro es uno de los «best-sellers» de la publicidad. De reedición en reedición, su tirada ha alcanzado los 50.000 ejemplares; es una de las pocas tesis doctorales con las cuales su autor ha ganado dinero...

UNA GRAN OPERACION SOBRE LOS G. I.

Durante la guerra, Francis Elvinger se encontró bloqueado en los Estados Unidos. Este alejamiento de su país le permitió obtener uno de los más bellos éxitos de su carrera. Algunos días después de la liberación de París recibió un telefonazo de Alex Osborn, copropietario de la B. B. D. & O., una de las más importantes agencias americanas. Osborn quería desarrollar una operación de gran estilo a favor de uno de sus clientes, la marca de confección Hart, Schaffner & Max Clothes, de Chicago. Alex Osborn había pensado que estando a punto de terminarse la guerra serían centenares de millares los soldados americanos que, una vez desmovilizados, volverían a la vida civil. Naturalmente, todos ellos cambiarían el traje militar por el de paisano y éste era el momento de recordar a los bravos G. I., la existencia de la citada firma textil.

Ahora bien; la publicidad está prohibida en el Ejército americano. Cómo operar para sembrar la buena palabra a pensar de la censura? Hubo consejo de guerra entre Alex Osborn y Francis Elvinger. Los dos hombres decidieron colocar en las principales arterias de París grandes pancartas con esta simple instrucción:

«Congratulations on a job well done.»
(Felicitaciones por vuestra magnífica tarea.)

Naturalmente, esto estaba firmado por Hart, Schaffner & Max Clothes, U. S. A.

Pero he aquí una nueva dificultad: las transmisiones eran en aquella época difícil inexistentes entre Chicago y París. La idea era luminosa, pero se imponía necesariamente ponerla en práctica. Francis Elvinger lanzó entonces en dirección de Francia seis cables que conminaban a su padre a realizar esta operación costase lo que costase.

Cinco se perdieron en la naturaleza y el sexto aterrizó en Estrasburgo. Fué captado por un ca-

pitán de la Cruz Roja americana, que saltó en su jeep y a 120 por hora alcanzó París y entregó su cable al destinatario.

Veinticuatro horas más tarde, todos los lugares disponibles en las calles de París estaban pintados con los colores americanos y el nombre del más importante confeccionador de los Estados Unidos apelaba al recuerdo de sus futuros clientes.

Fué un golpe que tuvo una extraordinaria resonancia. No solamente todos los G. I. volvieron a su país con la sana intención de vestirse en la citada firma, sino que el carácter mismo de esta carrera de la publicidad que no pierde sus derechos en ningún momento de la actualidad, aun en los más ardientes, fué saludado con una proeza deportiva por la Prensa norteamericana y las revistas como «Life» y «Times», le consagraron artículos ditirámicos, lo que era también... buena publicidad.

El acontecimiento hizo tanto ruido que los medios militares americanos le prestaron atención. Elvinger había pintado en sus banderolas los colores norteamericanos. Con un Código bajo el brazo, una serie de oficiales vinieron cortésmente a conminarle a que los quitase. En América no se tiene derecho a utilizar el emblema nacional con fines publicitarios. Otra consecuencia: las autoridades inglesas se quejaron con amargura de que los americanos aprovecharan su avance militar para... hacer negocios. Cortando por lo sano, el Estado Mayor de Eisenhower quiso dar un ejemplo: el capitán de la Cruz Roja que había transmitido el mensaje fué buscado y se envió al infortunado capitán a su casa con mención honorable.

EL CARTEL, CLAVE DEL EXITO DE SAVIGNAC

Entre las principales acusaciones que le hacen sus adversarios a la publicidad, figura su aspecto falto de todo sentido artístico. En su filosofía de la publicidad, André Siegfried, afirma, no sin alguna melancolía: «La acción publicitaria debe ser considerada como un instrumento del progreso económico y social, sin embargo, no es necesariamente un factor del progreso artístico.

Y es necesario reconocer que esta crítica está bien fundada frecuentemente. Son muchos los carteles, pues éstos continúan siendo los factores más importantes de la actividad publicitaria, que no contribuyen precisamente a embellecer las calles de nuestras ciudades, y en algunos casos hasta estropean completamente algún agradable paisaje o un sitio privilegiado.

Ahora bien: los estetas lamentan demasiado nuestros tiempos actuales e ignoran a grandes artistas de la escuela del cartel moderno como Savignac, Jean Carlu, Jean Collin, etc.

Se puede amar o no lo que ellos crean. Pero no se puede, en cualquier caso, despreciar los esfuerzos que realizan por aportar algo nuevo, de no conformista, de espiritual a este arte popular por excelencia, ya que se dirige a las multitudes.

El padre de estas figuras populares publicitarias es un hombrecillo tranquilo que vive en un pequeño inmueble de la Rue Volnei. Un taller clásico poblado de caballetes, atestado de esbozos, decoración de pinceles. La fantasía de Savignac estalla en cada una de sus palabras, en el menor de sus gestos, en su propia manera de vestir.

Se le reprocha lanzar gustosamente verdaderos desbordamientos circenses gráficos. «El cartel, asegura, es el optimismo empujado hasta lo absurdo: basta de digestiones difíciles, basta de neurosis, basta de riñones flotantes, basta de fracasos sentimentales...» Savignac va más lejos todavía. Para él, el cartel es un escándalo visual, es la antimoda. El hombre de la calle marcha sin ver, con el pensamiento o más exactamente con los ojos vueltos hacia dentro, con el pensamiento fijo sobre sus tormentos y sus pasiones. Sólo el escándalo le aparta de sí mismo, le confiere un cierto altruismo. Los escándalos de la calle van del accidente a la violación, pasando por el incendio y el crimen. Por ello tienen que tragarse el cartel.

No se mira un cartel, se le ve. Es la ley de óptica la que determina su forma. Su lectura debe ser instantánea. En una fracción de segundo, el hombre de la calle debe percibir lo que quiere decir. Sus cualidades estéticas son secundarias, por no decir superfluas.

«Hay una cosa todavía más espantosa que el mal

¿LE GUSTARIA SABER DISECAR?



Puede usted aprender fácilmente en sus horas libres.

El Instituto Jungla le enseñará por correspondencia a diseccionar aves, mamíferos, reptiles, peces y toda clase de animales.

Podrá conservar sus trofeos, adornar su casa y ganar dinero diseccionando para otros.

Pida hoy mismo folleto utilizando el siguiente cupón:

INSTITUTO JUNGLA,
Sección MN. Goya, 118 - Apartado 9.138. MADRID

Deseo me envíen gratis su folleto informativo.

Nombre

Calle

Población

Centro autorizado por el Ministerio de Educación Nacional número 27

gusto: el buen gusto. Novecientas mil personas están atiborradas de buen gusto. Sesenta periodistas y revistas lo vierten a profusión. La radio da recetas de él cotidianamente... Por ello resulta de una monotonía deprimente, un deslucimiento de la expresión y del lenguaje, que se opone a la personalidad, a la fantasía, a la vida y que transforma a buenos seres humanos en simios sapientes. Es lo que se llama la moda. Y el cartel debe perforar el muro de la moda.»

Savignac lanza una definición que le es querida: «El cartel es a las bellas artes lo que la pancracia es a las buenas costumbres.» He aquí una expresión que hace levantar los brazos al cielo a los doctos señores que practican cuidadosamente una publicidad que llaman cerebral. Para ellos, Savignac es el Picasso de un clasicismo moderno que busca en la lógica y en las cifras de leyes todopoderosas que tienen siempre razón.

Savignac es uno de los pintores de carteles más famosos. Su única idea es el cartel. Es éste el que hace la idea alegre o trágica, espiritual o inepta. La forma toca la retina y la idea penetra en el cerebro y en el corazón. Ante su tela blanca, su primera preocupación es la de quitar la banalidad a los lugares comunes, y hacer lo absurdo lógico. Se esfuerza por dar un papel al producto comercial que trata de representar.

Fue durante el verano de 1954, cuando Savignac efectuó su primer viaje a los Estados Unidos. Después visitó Bélgica, Suiza, Inglaterra, Italia, Suecia, Noruega. Su gran choque moral lo constituyó el ver uno de sus carteles entre rascacielos. «Fue el instante más emocionante de mi carrera», afirma.

Pero Savignac no encontró solamente a Savignac en Nueva York, sino que entabló conocimiento con una gran dama todopoderosa que se llamaba la publicidad norteamericana. Los Estados Unidos no le decepcionaron. Encontró excelentes cosas y se entusiasmó ante el espectáculo de una cascada desplomándose desde el rascacielos del Times Square para mayor beneficio de un comerciante de jabones. Entre la décima y la undécima avenida estuvo a punto de caerse al suelo ante un cartel cuyo humor macabro le conmovió: A grandes rasgos, habla una viuda, sobre cuyo hombro se apoyaba una mano amiga:

«Es reconfortante el pensar que a partir de los 50 dólares no tendréis que ocuparos de nada.»

EL ANUNCIO ESTEREOFONICO, LA ULTIMA CONQUISTA

Jean Pierre Desty es un auténtico verdugo del trabajo, un hombre de vanguardia, que no mira nunca hacia atrás, que busca siempre en los terrenos que son suyos la técnica nueva y revolucionaria que causará sensación. Ofrece a la publicidad un recién nacido que ha pasado ya la edad de los berridos y que no pide más que crecer: la estereofonía.

En efecto, si la radio y el cine han sido caballos de batalla que J. P. Desty ha cabalgado voluntariamente, no son ahora más que fieles monturas que su dueño conoce bien y que tiran una carreta cuyas ruedas necesitan girar. El antiguo fracasado de un Liceo, cuyos escándalos hicieron cerrar ante él sus puertas, continúa siendo un «enfant» terrible. Un niño caprichoso que no quiere que la gloria le acaricie todos los días con una misma sonrisa. Sobre una infinidad de pianos ha jugado y ganado la bella aventura de la vida. J. P. Desty quiere vivir más, y vivir es conocer, vivir es ganar.

La carrera hacia lo nuevo exige fe, valor y trabajo, tres cualidades que J. P. Desty tiene de sobra. La radio y el cine publicitario en su forma actual no le ofrecen ya atractivo; es necesario mejorarlos, transformarlos, y por su gracia se convierten en televisión y estereofonía.

J. P. Desty es uno de los primeros inscritos en la prometedora lista de la televisión privada. Para él, este invento no es cine, sino más bien la radio en imágenes, un medio de expresión nuevo, al cual es necesario darle un rostro y un lenguaje.

Por lo que respecta a la estereofonía, es su niño mimado. Desde hace mucho tiempo se había consagrado al problema del relieve sonoro y sus primeras investigaciones se vieron coronadas por la realización de una serie de procedimientos en los que el relieve sonoro y la imagen total, conjugados, permiten extraordinarias realizaciones espectaculares.

La publicidad en las salas de espectáculos, hasta aquí, revistió dos formas esenciales: La primera, muy clásica, consistió en el conocido telón publicitario. La segunda, mucho más atractiva, es el film propagandístico de las salas cinematográficas. Ahora bien, lo propio de la publicidad era atraer la atención de la manera más agradable y más original, y esto se conseguirá, según Desty, mejor que por ningún otro procedimiento, con la estereofonía.

Los principios de la estereofonía se aplican a todas las salas de espectáculos, así como a un gran número de reuniones públicas. Prácticamente, la publicidad estereofónica atrae la atención del público de la manera siguiente: Las fuentes de proyección sonora pueden, en cualquier lugar de la sala, multiplicarse hasta el infinito. Gracias a este procedimiento, el mensaje difundido llega a los oídos del público desde diversos lugares, bien de una manera simultánea, bien alternativamente, a través de un desplazamiento sonoro de un punto a otro.

Los efectos originales que pueden lograrse son ilimitados, tanto desde el punto de vista musical como desde el punto de vista de la acción dramática. Los sonidos musicales, por ejemplo, pueden evolucionar de un punto a otro y toman un volumen fuera de lo habitual. Las voces se llaman, se responden, surgen conjuntas de una misma fuente o cambian de lugar.

La estereofonía, sin el auxilio de ningún artificio óptico, permite así efectos psicológicos visuales. El ojo es atraído del lado de donde surge el sonido, como algunas experiencias realizadas en público han permitido demostrar. No hay que confundir la estereofonía con el procedimiento sonoro utilizado por el cinemascopio. Este no puede sobrepasar los límites que le impone la pantalla, mientras que la estereofonía se apoya únicamente sobre efectos sonoros, independientes de una acción escénica. Es un medio de expresión auténticamente nuevo, al cual es difícil encontrarle un precedente, pues sólo la mejora reciente de las condiciones de difusión acústica ha permitido su concepción. En el plan publicitario, la estereofonía es un medio de difusión nuevo, que puede ser explotado con éxito en cualquier sala de espectáculos o de reunión pública.

LA ESTAFETA LITERARIA

Boletín de suscripción

Cada semana encontrará usted todas las novedades de la vida literaria y artística. Informes de editores, notas de librerías, exposiciones, noticias del teatro, el cine, el circo, Discoteca, Entrevistas, Reportajes, Correo nacional, Valija del exterior, etc.

Rellene el boletín adjunto y envíelo a:

LA ESTAFETA LITERARIA.

Montesquínza, 2. Madrid

Nombre

Dirección

Me suscribo a LA ESTAFETA LITERARIA
por

Un año

Seis meses

Tarifas de suscripción:

España 1 año 100 pts. 6 ms. 50 pts.

América y Portugal 1 » 100 » 6 » 50 »

Otros países 1 » 175 » 6 » 90 »

Las suscripciones se pagarán a reembolso al comienzo de las mismas.

Al vencimiento de cada suscripción se entenderá automáticamente prorrogada de no recibir orden en contrario.



UNA VIDA AL SERVICIO DEL DEPORTE

Raymond Kopa

busca casa en Madrid

25 AÑOS Y 24 VECES INTERNACIONAL



Nuestro fotógrafo Mora ha captado estas escenas de la familia Kopa a su llegada al departamento del hotel en Madrid

RAYMOND Kopa aparece vestido con un «sueter» rojo remangado y un pantalón negro. Es la quinta vez que llega a España. Le he preguntado luego si alguna de ellas ha venido haciendo turismo o cumpliendo siempre sus deberes profesionales, y él contesta:

—Siempre para trabajar.

Detrás de él salen de la caja del ascensor del hotel Zurbano su señora y su hijita. Vacilan un momento mirando a todas partes, hasta que nos encuentran. Saben que les esperamos porque la telefonista ha dado bien el recado. Apenas hay nadie en el vestíbulo y en la sala de estar del hotel. Es mala hora para andar por los vestíbulos: las seis de la tarde.

La llegada del famoso deportista estaba prevista para más tarde. Por eso esta vez el recibimiento corrió a cargo de escasas personas. El señor Ipiña fué a su encuentro por carretera y llegó con él. En el hotel donde Kopa

se hospeda sólo está un hombre a la hora en punto: es Di Stéfano. Los dos ases, las dos máximas figuras se abrazan y charlan sonrientes. Luego Di Stéfano paga su consumición en el bar y se marcha.

Ahora, en el vestíbulo, esperamos solamente cuatro hombres: don Santiago Bernabéu, otro caballero sonriente y de gran personalidad, cuyo nombre no logro recordar, y nosotros, Mora y yo.

La joven familia viene sonriente, aparece sin la más mínima huella de cansancio después de tan pesado viaje. A primera vista me parece que la señora de Kopa es ligeramente más alta que él.

El futbolista nos presenta a su señora mientras el señor Bernabéu no para de hablar en francés. La pequeñita también nos da la mano uno a uno, con delicadeza, con gran seriedad, perfectamente educada, y todos le hacemos alguna caricia e intentamos decirle algo que comprenda.

—¿A qué hora han salido esta mañana de San Sebastián?—es don Santiago Bernabéu el que pregunta.

—A las nueve...—dice Kopa. Su mujer quiere puntualizar más:

—No... A las nueve y media.

—Estarán cansadísimos, claro.

—¡Oh!—sonríen ambos y hacen un gesto desmadrado.

La simpatía, la amabilidad, la gracia, son cualidades que no escasean precisamente en este joven matrimonio. Mientras el señor Bernabéu les saluda, les habla, les pregunta por sus cosas, yo me pongo un poco al margen esperando el momento y la circunstancias que busco.

DOCE PESETAS POR MARCAR TRES GOLES

Kopa no es alto, ni corpulento, ni tiene ninguna característica física que le diferencie notablemente entre un grupo normal de personas, si no es esa asombrosa maestría de que hace gala en los



Raymond Kopa saluda a los directivos del Real Madrid en el aeropuerto de Barajas

KOPA BUSCA CASA EN MADRID

No hace más de un cuarto de hora —en este momento en que nos quedamos solos y vamos a sentarnos a un agradable rincón— que Raymond Kopa está en Madrid con su familia.

—¿Van a quedarse ustedes a vivir en el hotel?

—No, no, solamente hasta mañana.

—¿Han encontrado ya un piso? Tenemos que hacer algún esfuerzo para entendernos perfectamente. Kopa no habla nada, casi nada de español, y lo comprende cuando se le habla despacio. El francés que uno habla tampoco es académico. De vez en cuando, el futbolista mira a su mujer y se cambian entre ellos frases muy rápidas y casi ininteligibles para cualquier tercero. Sobre todo cuando no comprenden algo, se preguntan y lo comentan mutuamente en su idioma.

—Digo si tienen ya una casa propia.

—No dice la señora, mañana vamos a ver un par de apartamentos. Es posible que nos interesen.

Kopa ha estado conduciendo su coche —un «Peugeot» último modelo— durante todo el día. Son casi mil kilómetros. Yo sé que están cansados y que quieren retirarse, lo han dicho. Quieren bañarse, cenar y descansar. Nosotros lo sentimos, sentimos ocuparnos esta hora y pico que vamos a estar con ellos y así se lo decimos.

Ambos sonríen, pero no con resignación, sino con familiaridad.

No venimos a hablar de millo- nes, no venimos a preguntar nada sorprendente —«epatante», como tal vez dirían ellos—, no venimos a hablar de técnicas, escasa- mente venimos a hablar de fútbol. Es delicioso, es magnífico hablar de otras pequeñas cosas, de la familia, de la intimidad, de las costumbres..., con Kopa, con una familia como la de este ex- traordinario futbolista.

—¿Cómo te llamas, niña?

Uno no tiene gracia con los niños, no hay remedio.

Kopa consigue atrapar a la pequeña y la sienta sobre sus rodillas. Le hace una graciosa mueca y la besa en la nariz.

—¿Cómo te llamas?— pregunta la mamá.

La niña mira la mira y piensa.

—Kopa responde.

—¿Cómo?

—Nadine— y se echa a reír.

—Tiene veintinueve meses— dice el padre, y lo dice como solamente dicen estas cosas los padres jóvenes.

FUMA TABACO NEGRO —POCO— Y PREFIERE EL CINEMATOGRAFO

Fuma «Gauloises», un tabaco negro muy popular en Francia. No fumará más que este cigarrillo en todo el tiempo que le hemos acompañado.

—¿Negro?— ofrece.

—Sí.

—Es bastante fuerte, pero tiene poca nicotina.

—Sí, lo conozco. Fuma usted poco, ¿no?

—Muy poco, muy poco.

campos de fútbol. Y precisamente su característica está en su peculiar normalidad. No es, sin embargo, ni por asomo, un personaje vulgar, sino todo lo contrario. Rubio, limpio, muy bien peinado, muy bien afeitado, sano, sonriente, cordial.

Yo no soy aficionado al fútbol y apenas entiendo de estas cosas. Esta es, por otra parte, la primera vez que hago una entrevista a un profesional del balón. pié, y confieso que me encuentro ante un personaje cuya sencillez, amabilidad y simpatía —formando todo ello una vigorosa personalidad— superan cualquier previsión.

La pequeña muñequita rubia juega con las piernas de su padre y da vueltas alrededor de su madre. Kopa se cruza los brazos mientras permanece de pie y afirma los pies muy separadamente en el suelo. Ella interviene de vez en cuando en esta charla de «chall» y contesta a don Santiago Bernabéu.

—No, no, ahora vamos a quedarnos en el hotel, a ver si descansamos.

Un muchacho de veinticinco años, una joven y bella señora de pocos más de veinte, una preciosa criatura de dos años y poco más. Estos son unos de los personajes más populares en Madrid, en España entera y aun fuera de ella —en estos momentos. La ficha de este joven y famoso futbolista puede ser breve, pero condensada de vigorosos hitos. A los diez años jugaba en el equipo infantil de Noeux les Mines, su pueblo natal, y un día le dieron 100 francos (ahora, unas doce pesetas) por marcar tres goles él solo. Se hizo profesional muy joven —a los dieciocho años— y fué internacional veinticuatro veces. Trabajó toda su vida para comer, trabajó mucho y duro, fué minero hasta hace escasamente tres años.

Su firma por tres años para el Real Madrid ha sido una de las noticias deportivas más sensacionales de los últimos tiempos, y, por otra parte, uno de los temas que más han preocupado últimamente a aficionados, técnicos y directivos de amplias esferas del fútbol nacional.

—Cumpliré lo que se me mandó —dijo el mismo día en que firmó el contrato.

100 BECAS GRATUITAS

SORTEADAS QUINCENALMENTE HASTA EL 31 DE DICIEMBRE CENTRO DE CULTURA POR CORRESPONDENCIA

CCC

AUTORIZADO POR EL MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL NUMS. 35, 36 y 37

SAN SEBASTIAN

INGLES

CONTABILIDAD

FRANCES

TRIBUTACION

ALEMAN

CALCULO Y REDACCION

LITERATURA INGLESA

TAQUIGRAFIA MECANOGRAFIA

LITERATURA FRANCESA

ORTOGRAFIA

CON DISCOS

CULTURA GENERAL

(NORMALES O MICROSURCOS)

RADIO JUDO

SIN DISCOS

DIBUJO ARTISTICO



CORTE

CORTE O COPIE ESTE CUPON

Nombre _____

Domicilio _____

Localidad _____

Provincia _____

Marque con una X la casilla que le interesa, indicando el curso o cursos preferidos.

REMITALO A CCC

APARTADO 108 - (156) SAN SEBASTIAN

—Oiga, Kopa, ¿qué hace usted después de jugar sus partidos, en el momento en que muchos millares de personas hablan de usted con más intensidad que en otros momentos, en el momento en que discuten más acaloradamente acerca de usted y de «su tarde»?

—Me reúno con mi mujer.

—¿Y qué hacen ustedes, a dónde van?

—Muchas veces nos metemos en casa.

—¿Es usted realmente un hombre hogareño?

—Sí, mucho.

—Y otras veces cuando no se meten en casa, ¿a dónde van?

—La calle, los espectáculos...

El cine, sobre todo. Un poco el teatro...

DE COMPRAS CON LA SEÑORA DE KOPA

La joven señora de Kopa se lleva la mano a la frente. Está demasiado cansada; se nota, pero ella procura evitarlo. Ella no fuma. No es demasiado rubia, pero tampoco es morena. Muy bella, muy serena, con un peculiar acento del sur de Francia. Es, desde luego, lo que se dice una muchacha típicamente francesa.

—Tengo necesidad de comprar un cepillo para el cabello—me dice—. ¿Sabe usted si por aquí cerca...?

—Pues no demasiado cerca. A unos cuatrocientos metros.

Ella consulta con su marido. Vamos a hacer una pausa. Kopa tiene que hacer unas llamadas telefónicas, o algo personal, y decidimos interrumpir por un momento la entrevista. Mura, el fotógrafo, y yo, acompañamos mientras tanto a la señora en su primera compra española.

—¿Quiere usted que tomemos un taxi?

—No, no—dice—. Lleva a la niña cogida de la mano, pero la pequeña se suelta y va y viene a su alrededor mientras caminamos.

Desde la calle de Zurbano, subiendo por Martínez Campos, hasta la glorieta de la Iglesia.

—¿Cómo se llama usted?—le pregunto—. Y cuando me contesta creo entender: «Raymond».

—¡No, no! Usted—insisto.

—Raymond—me dice de nuevo.

A mí me hace cierta gracia, y así se lo digo. Es curioso que en un matrimonio se reúnan dos nombres iguales tan peculiares: Raimundo y Raimunda.

Ella ríe también.

Entramos en una droguería de Iglesia y compra un pequeño cepillo para el cabello, una pastilla de jabón y un tubo de pasta dentífica.

Regresamos hacia el hotel en busca de la continuación de la entrevista completamente familiar.

—Está contenta de su compra?

—«Oui, oui»—con naturalidad y agrado.

—Le parece bien el precio?

—«O! C'est pas cher...» Es menos caro que en Francia.

—¿Es el primer desplazamiento largo que hace con su marido?

—Sí. Claro que también es esta primera vez que va a estar mucho tiempo fuera.

Ultimamente, Kopa ha jugado en Indonesia. Y con anterioridad



El virtuoso jugador madridista muestra los banderines de los Clubs con los que compitió cuando pertenecía al Stade Reims

ha exhibido su maestría futbolística en casi todo el mundo.

—¿Le molesta a usted la gran popularidad de su marido?

—A él le molesta a veces mucho. Es bastante tímido, y le intimida que esté todo el mundo pendiente de él.

La linda rubita que va saltando a nuestro lado se para ante un escaparate.

—«Mamá, gateaux...»—dice suavemente, comprometedoramente.

Entramos en la pastelería y le compramos unos dulces.

EL FUTBOL ES, SOBRE TODO, INSPIRACION

Para hacer más rápida la interpretación de preguntas y respuestas, para cansar menos a esta deliciosa familia, se nos une el señor Cuadrado, de la recepción del Hotel en donde se hospeda el



Kopa examina el balón de uno de sus partidos internacionales.— Derecha: El jugador francés firma su compromiso con el Real Madrid



Kopa, su esposa e hija, en el hotel donde se hospedan

famoso, que domina el francés correctamente.

—¿Qué tal es Fontaine, el hombre que le sustituirá a usted en la selección francesa?

—Es un jugador de gran altura. Sé que hará su papel perfectamente.

—¿No siente usted alguna pena?

—En cierto modo, sí.

—Oiga, Kopa, ¿existían en Francia, en su equipo, algunas figuras con las que se compenetrara particularmente bien, mejor que con otras?

—No entiendo muy bien lo que quiere decirme.

La señora de Kopa mantiene su compra en ambas manos, y juega con el paquete. Estamos todos inclinados hacia adelante en nuestros asientos, como conspirando sobre la pequeña mesa, y es entonces cuando Kopa dice:

—El fútbol es, desde luego, una mezcla de improvisación y de rapidez de juego conjunto. Pero es sobre todo inspiración.

—Aun así, un futbolista inspirado puede jugar mejor con un compañero determinado... — sumpngo yo.

—Sí, claro; desde luego. En este sentido, a mí me iba muy bien Jonquet, que, dicho sea de paso, es para mí el mejor jugador de Europa.

—¿Puede usted decir ya cuál es acaso su Jonquet español?

—Pues, no sé... Todavía no sé... En España se juega muy bien al fútbol, se juega muy rápido, hay muy buena técnica.

Kopa ha observado, por ejemplo, que la selección española no suele hacer tan buen fútbol como muchos equipos. Ha observado también que aquí los asuntos del fútbol están presididos por una ética, en muchos sentidos, envidiable, ética que al parecer escasea bastante en otros países.

UN ACCIDENTE EN LA MINA

Subimos todos juntos, en el ascensor, a las habitaciones que la familia tiene en el hotel. Es el número 210: una sala no demasiado grande y de luz prudente, los servicios y el dormitorio: dos camas, un par de butacas, unos armarios... Hay sobre una de las camas una maleta abierta y otra cerrada. Sobre una silla, otras dos pequeñas maletas. Todo está todavía intacto. El equipaje restante viene facturado.

La señora de Kopa deshace su pequeño paquete y enseña a su marido la compra. El toma el cepillo y pasa la mano sobre las cerdas. No había observado antes que Raymond Kopa tiene amputado el dedo índice de la mano izquierda por la primera falange.

—¿Ha sido en un accidente de fútbol?—le pregunto.

El se mira la mano.

—No. Yo antes trabajé en una mina, y allí fué en donde me hice esto.

—Es tan peligroso jugar al fútbol como bajar a una mina?

—Hasta ahora me ha resultado menos peligroso.

Les ruego que continúen deshaciendo sus maletas, les repito nuestra preocupación por su cansancio, les digo que nos vamos a ir en cuanto Mora haya tomado algunas nuevas fotos en este paisaje interior de la familia. Y en ningún momento hay el más leve signo de impaciencia; tan sólo, en algún momento, cierta evidencia de fatiga. Kopa, que se sienta en una de las camas; su mujer, que se lleva de nuevo la mano a la frente. Un muchacho sencillo y cariñoso, preocupado por el llanto de una niña.

Sacan de una de las maletas ropas de la niña. Parece que ella busca algo. Abre la otra maleta que está sobre la cama y saca unos paquetes, caen unas corbatas y unos recortes de periódicos, aparecen algunos libros de portadas coloreadas. El señor Cuadrado que ha querido hacer de intérprete, Kopa y yo hablamos, pero yo noto que Kopa está pendiente de su esposa y de su niña. Queremos sentar a la pequeña para fotografiarla, sorprenderla, provocarla, y el padre está pendiente de estas operaciones. La niña coge un periódico de Madrid y empieza a darle vueltas y a desentrañarlo y, de pronto, se la oye llorar. Kopa quiere atender-

nos, pero mientras yo le pregunto no sé bien qué, él está mirando para la pequeña mientras su señora la consuela y le hace mimos.

Aquí sobre todo desaparece el futbolista, el hombre de los públicos, el as de los domingos. Aquí, sobre todo, está el hombre de hogar, el muchacho sencillo y cariñoso, preocupado por el llanto de una niña.

La señora continúa sacando cosas de la maleta. Salen novelas, revistas.

—¿Qué lee usted?—le pregunto a Kopa?

—Novelas y periódicos.

—¿Le gusta lo que dicen de usted los periódicos?

—Reconozco que en los periódicos siempre me «ponen» bien.

—Por alguna razón será.

Su mujer sonríe, y él también.

—¿Qué novelas lee usted preferentemente?

—De aventuras y policíacas, sobre todo.

El tema es muy a propósito para que nos dejemos conducir hacia el círculo de las preferencias personalísimas que todos tenemos y que en muchos casos pueden parecer ingenuas o ridículas. A Kopa le gusta mucho cazar y pescar, y, en otro orden, le entusiasma la música clásica.

—Y, como buen francés—dice—, soy un verdadero enamorado de la música moderna francesa. Me parece de lo mejor que hay actualmente.

«ALORS, MONSIEUR-DAME, AU REVOIR.»

Yo estoy de acuerdo.

Son casi las ocho de la tarde. La familia ha pedido la cena. Se la subirán a la habitación de un momento a otro; acaso tardarán el tiempo justo para que el exquisito del gol se tome la ducha que desea.

—¿Van ustedes a salir más tarde, después de que hayan descansado?

Kopa mira a su señora.

—¿Qué dices, tú?—le pregunta.

—Depende de la niña. Si se duerme, acaso podamos salir; si no, no saldremos ya hoy.

Es casi seguro que no van a salir, porque la niña anda revolviendo todo de un lado para otro.

—«Alors...»

A mí me gustaría mucho salir a dar una vuelta con este joven matrimonio, con esta amable pareja famosa ya por aquí entre otras razones por la de su cordialidad y sencillez. Me gustaría mucho sentarme en alguna terraza madrileña, una noche pacífica y buena como ésta, y charlar... Hablar de cosas de las que no se suele ni se puede hablar muy corrientemente con los ídolos del gran público que, como este, encierran bajo su piel todo un secreto de simple humanidad, de sencilla y cotidiana humanidad.

Nadine nos da la mano con la misma seriedad, con la misma entereza, con las mismas maneras deliciosas e ingenuas de antes.

Daniel SUEIRO

Suscribese a

"POESIA ESPAÑOLA"

La mejor revista literaria, que sólo cuesta

DIEZ PESETAS

MARITAIN: UN CAMPO ABIERTO PARA EL ERROR

«La Civiltà Cattolica» enjuicia el pensamiento del filósofo francés

«SU HUMANISMO INTEGRAL ES UN NATURALISMO INTEGRAL»

ALGUNOS años antes de 1936 un filósofo francés explicaba en la Universidad Internacional de Santander sus lecciones de Filosofía. El profesor explicaba en francés, mientras un auditorio reducido, pero heterogéneo y diverso le escuchaba. Algunos años más tarde aquellas lecciones componían las páginas de un libro que se publicó en París con el título de «Humanismo Integral». Su autor era Jacques Maritain. El título iba seguido de estas palabras: «Problemas temporales y espirituales de una nueva cristiandad».

Cuando Maritain explica en Santander ha cumplido ya sus cincuenta años y hace más de veinticinco que, procedente del judaísmo, se ha convertido a la religión católica. Hijo de un abogado de Macon y de Geneveva Favre, «aquella menudita republicana de gran corazón y obstinada cabeza», como le llamaba Peguy, nace en París el 18 de noviembre de 1882. En París hace sus primeros estudios y muy joven ingresa en la Sorbona, donde por mucho tiempo es discípulo de Bergson. A los veintitrés años es profesor auxiliar de Filosofía haciendo durante dos años trabajos biológicos en Heidelberg. A partir de entonces Jacques Maritain rige varias cátedras en París, en el Instituto Pontificio de Estudios Medievales de Toronto, en la Universidad de Princeton y en Columbia University. Ha recorrido todos los países de Sudamérica y de Europa para dar conferencias y su influencia en el pensamiento y en las ideas de quienes le escuchan y de quienes le leen es decisiva. Sobre todo en el ambiente católico. Después de su conversión al catolicismo, al que, junto con su esposa, Raissa, ha llegado de la mano de León Bloy y del padre Clérissac, Maritain se convierte para algunos católicos, excesivamente contemporizantes, en el «apóstol de los tiempos modernos». A éstos es ya difícil separar al filósofo, que ha tenido el indiscutible mérito de saber restaurar la metafísica escolástica y tomista, del autor de muchas obras que, rozando el

campo filosófico, exponen tesis de ética, de moral, de sociología o de política. En la metafísica escolástica Maritain sigue muy de cerca al teólogo y filósofo portugués Juan de Santo Tomás, el último gran escolástico, y, naturalmente, acierta. Pero Juan de Santo Tomás no escribió sobre política, sobre moral, ética o sociología, y aquí Maritain desbarra y sus cimientos, aun aquellos que quiere poner sobre la tierra firme del pensamiento cristiano y católico, se desmoronan y deshacen.

Al poco tiempo de aparecer el «Humanismo Integral» es precisamente un filósofo español quien, en el campo de una sana dialéctica, sale al paso de los errores de Maritain. Adolfo Muñoz Alonso cuando lee la obra del filósofo francés escribe: «El humanismo integral es una solución prodigiosamente cristiana si la integralidad del humanismo comprende y tiene como cabeza vitalizadora al Dios hecho Hombre en quien se encierra toda novedad de doctrina, pero es una deshumanización integral si la presencia intrínseca de Dios hecho hombre queda reducida a una peri-

pecia cultural o social en el orden histórico.»

Recientemente el padre Messineo, de la Compañía de Jesús, redactor de «La Civiltà Cattolica» y uno de los filósofos más profundos de nuestro tiempo, escribe un artículo con el mismo título que la obra de Maritain, en cuyas líneas el pensamiento y las extrañas aseveraciones del filósofo francés van quedando reducidas a humo, a polvo que el viento desparrama.

HUMANISMO INTEGRAL E HISTORICISMO CONTEMPORANEO

Cuando el jesuita romano publicó su primera crítica de la obra de Maritain, la Prensa francesa e italiana de signo izquierdista arremetieron contra el padre Messineo. Y es curioso: los autores que firman sus artículos en esos periódicos, en «Il Contemporaneo» o en «L'Espresso», por ejemplo, a la hora de rebatir no tienen argumentos. Sólo echan en cara al jesuita que su análisis crítico se haya producido a los veinte años de haber publicado Maritain su obra. No sé si el padre Messineo tendrá tiempo



Jacques Maritain



El padre Messineo, con el director de «Civiltà Cattolica» y otros colaboradores de la revista

y ganas de responder a los que le increpan, pero la respuesta es bien sencilla: el árbol se poda o se corta cuando sus frutos se pudren y, sobre todo, cuando hay peligro de que su savia envenene.

El humanismo integral de Jacques Maritain se funda sobre un concepto evolutivo de la Historia. Admite un proceso evolutivo en los principios básicos del cristianismo, acercándose al historicismo contemporáneo. Separa la civilización de la religión, y la consecuencia natural es que más que humanismo integral la teoría de Maritain podría llamarse «naturalismo integral».

Sobre el pensamiento del filósofo francés se ve clara la influencia bergsoniana. No ha olvidado el discípulo a su maestro. La Historia consiste esencialmente en un proceso incesante que se desenvuelve sin jamás someterse a retornos o ciclos involutivos, por sucesivas etapas, en cada una de las cuales la humanidad consigue nuevas conquistas, aunque en la superficie pueda parecer que atraviesa un periodo de declinamiento ideológico o moral. Sobre el plano real de la Historia cada extravío incluye siempre algún aspecto positivo; hasta el error lleva implícita una afirmación en su misma negación. El punto muerto del cual el hombre arranca hacia una perfecta formación de su conciencia humana es para Maritain la Edad Media época en la que el hombre estaba como olvidado de sí mismo, haciendo caso omiso de su naturaleza y de sus exigencias, porque estaba como absorbido en Dios. El medievo es, en la valoración de Maritain, todo lo opuesto a una época refleja exponente de un pensamiento objetivo.

Para convencerse de este error craso en la valoración histórica de la Edad Media que hace Maritain, bastaría leer sólo algunas páginas de la «Summa Teológica» de Santo Tomás o las especulaciones metafísicas de San Alberto Magno o lo más saliente de la producción filosófica de la Escolástica. Con una visión unilateral, Maritain deforma la verdadera alma del Medievo, que, si fué vibrante de fe y por la fe creo monumentos de fe inmortales, no fué por una fe que lo alejara y extrañara de la vida y de la realidad terrena, como él afirma. Si la Edad Media representa al hombre sumergido en Dios y como pegado a la divinidad, es, según el autor del «Humanismo Integral», la Reforma protestante la que despierta al hombre y le enseña a tomar conciencia de sí mismo. «La Reforma—dice—tiene el mérito de hacer al hombre comprender el valor de la iniciativa humana respecto a la vida terrena y de tenerlo como orientado, con la doctrina de la predestinación, hacia la busca de la prosperidad material.»

Sin atender ahora a la doctrina

que en su obra haya querido exponer el filósofo, su primer error consiste aquí en falsear las perspectivas de la Historia, ya que entre las dos orillas lejanas de la Edad Media y de la Reforma está enclavado en el tiempo el humanismo renacentista al cual todas las interpretaciones coinciden en atribuir el descubrimiento del hombre y su nueva orientación a la realidad terrena. No es fácil comprender por qué esta etapa importante de la evolución del pensamiento humano ha sido olvidada por el filósofo francés, siendo así que es precisamente con el Renacimiento con el que está directamente entroncada nuestra época.

Cuando Maritain llega al análisis filosófico de nuestro tiempo para enjuiciar al hombre de nuestros días, dice: «El hombre ha avanzado en la conciencia de sí mismo, en cuanto se ha afirmado como centro de actividad, ha atribuido a la Naturaleza un valor autónomo y ha asignado a su libertad un campo de acción más extenso en la posición de actos naturalmente perfectos, que la gracia después cubrirá con su barniz.» ;Cubrirá con su barniz!

De las posiciones alcanzadas con la Teología humanística mitigada era fácil el paso a aquellas posiciones y actitudes sostenidas por la teología humanista absoluta. El paso lo dió el pensamiento agnóstico contemporáneo en las variadas formas en que se ha presentado.

El padre Messineo no tiene inconvenientes en afirmar que la Historia es progresiva, pero, como él mismo dice, progresivos son también el error, las desviaciones del pensamiento, la negación de la revelación, el positivismo, el racionalismo, el agnosticismo y el materialismo de nuestra época. Y el padre jesuita y cualquier lector se asombra cuando lee esta frase de Maritain: «Los errores también han ayudado a conseguir importantes conquistas para un humanismo consciente.»

UN CAMPO ABIERTO PARA EL ERROR

Las desviaciones de Maritain tes de aque oa t— — podemos afirmar que empiezan antes de aquellas conferencias celebradas en Santander. Desde 1930, con su opúsculo «Religión y Cultura», Jacques Maritain emprende el camino fácil de los muchos errores, y en 1932, su libro «Del régimen temporal y de la libertad» manifiesta y señala una evolución completa del antiguo «campeón del tomismo». Bajo una terminología tomista y cristiana, bajo las apariencias de «Humanismo Integral» y de «Nueva Cristiandad», Maritain va convirtiéndose en el teórico de un «humanismo integral», y el filósofo francés, desde entonces, se verá acosado por ataques que provienen de muchos pensadores católicos auténticamente formados.

llegando a ser denominado por su antiguo amigo, el sabio teólogo dominico padre Meinvielle, como «el heraldo de la ciudad del anticristo».

No es de extrañar, pues, que ahora el padre Messineo use de un lenguaje duro y fuerte contra quien en un tiempo se proclamó «apóstol de los tiempos modernos». El continuo llamamiento al concepto evolutivo de la Historia hace surgir espontáneamente la pregunta de si la teoría de Maritain no tiene muchos puntos de contacto con el falso historicismo contemporáneo. La respuesta a esta embarazosa pregunta deberá brotar de la valoración objetiva del pensamiento del filósofo francés. De él son estas palabras, más que sospechosas; «A cada época histórica corresponde un concepto típico de las relaciones entre gracia y libertad, y consiguientemente un tipo esencialmente distinto de civilización cristiana, forjada según las modalidades históricas, en conformidad de las cuales están temporalizados los valores evangélicos». La expresión, como vemos, es algo más que oscura y ambigua. Y añade el filósofo por su parte: «Tan diferentes son los tipos de civilización, que una cristiandad concebida según las condiciones históricas del tiempo presente debe ser distinta esencialmente de la cristiandad de los tiempos medievales.» Para Maritain, lo que ha de cambiar en la cristiandad, según los tiempos, son las concepciones y los principios básicos de la cristiandad para ir acomodándose a las exigencias de las diversas épocas históricas. El padre Messineo, en su artículo de «La Civiltà Cattolica», no se atreve a afirmar que Maritain ha caído en un «absoluto relativismo histórico y, sin embargo, nada nos autoriza a pensar lo contrario, aunque el filósofo que ha advertido su peligro quiere huir de la trampa del relativismo recurriendo al concepto de analogía, que si es válido en muchos campos de la especulación abstracta, es de dudosa aplicación a los principios de la conducta humana y a las leyes que gobiernan las relaciones sociales. Una moral análoga una moral incomprensible, particularmente en el núcleo de las normas que se dicen pertenecer al Derecho natural.

«DOCTRINA CONTRARIA A LAS ENSEÑANZAS DE LA IGLESIA»

Es en Hispanoamérica donde Maritain se convierte en protagonista de una polémica sin límites. Contra él o a su favor se mueven plumas procedentes de muy distintos campos. Al padre Meinvielle, después de una conferencia en la que ataca la doctrina del filósofo francés, se le cierran las puertas de la Universidad católica de Santiago. Poco más tarde, el obispo de Campos, Brasil, en su carta pastoral sobre «Problemas

LEA TODOS LOS SABADOS

LA ESTAFETA LITERARIA

PRECIO 2 PESETAS

del apostolado moderno», se opone abiertamente a los errores de Maritain, denunciándolos al margen de la verdadera ortodoxia. Cuando, en el mes de abril de 1947, varios grupos de católicos se reunían en Montevideo para lanzar las bases de un movimiento conjunto en toda América para el estudio y la aplicación de los principios sociales católicos en la vida política, económica y cultural, todos, por unanimidad, aceptaron «el humanismo integral» de Maritain como fundamento intelectual de las conclusiones tomadas. No podía extrañar, por tanto, que, más tarde o más temprano, las teorías de Maritain, al pasar el tiempo, fueran en Hispanoamérica discutidas y condenadas.

Mientras tanto, los libros de Jacques Maritain se van traduciendo del francés al inglés, al italiano, al castellano, al portugués y al japonés. En España es el padre Guerrero, de la Compañía de Jesús, quien, en un artículo de la revista «Razón y Fe», impugna los errores políticos, sociales y religiosos del filósofo. Más tarde, el obispo de Astorga, en su carta pastoral sobre «La restauración cristiana del orden político», califica de «absurdas las nuevas doctrinas de Maritain» y su obra políticsocial: «Doctrina en su totalidad contraria a las enseñanzas de la Iglesia, doctrinas ya condenadas en Lamennais por Gregorio XVI y Pío IX.» Cuando llegan a España los últimos escritos del autor del «Humanismo Integral», el padre Juan Pablo López publica «El mito de Maritain», donde se rechaza de plano el culto casi idolátrico de que Maritain es objeto, y, por vez primera, Maritain ha de soportar la respuesta a aquellas injustas palabras con que tan frecuentemente atacara a España y al Gobierno español. No importó al filósofo francés su condición de católico, de «apóstol de los tiempos modernos», para lanzar contra España denuncias injuriosas, mientras, en 1938, escribía al «Times», de Londres, una carta abierta pidiendo a Inglaterra que interviniese activamente en favor del comunismo. Por una paradoja inexplicable, aquella carta iba firmada de este modo: «Jacques Maritain, president du Comité français pour la paix civile et religieuse en Espagne».

UNANIMISMO INTEGRAL O NATURALISMO INTEGRAL

Una profunda impresión ha causado en los ambientes religiosos romanos el reciente artículo del padre Messineo contra Maritain. La importancia de la actitud adoptada por la revista de los jesuitas romanos es triba no sólo en la severidad de la crítica y en la difusión de las ideas de Maritain, en los ambientes católicos europeos y americanos, sino también en la posición que el filósofo francés había conquistado en Roma en estos últimos años. Al finalizar la última guerra mundial Jacques Maritain fué nombrado embajador de su país en el Vaticano por el general De Gaulle, nombramiento del que tomó posesión a finales de febrero de 1945 y a



Retrato de Jacques Maritain cuando fué nombrado embajador de Francia en el Vaticano, en el año 1945

través de los contactos que mantuvo en Roma con las altas esferas diplomáticas, Maritain consiguió ser designado miembro de una Academia Pontificia de filosofía como reconocimiento de su personalidad intelectual católica. Hoy, Maritain vive en Estados Unidos, dando cursos filosóficos en una Universidad de Nueva Jersey.

La claridad de la postura del padre Messineo de relación con el humanismo integral de Maritain queda manifiesta con sólo transcribir estas frases: «Las actitudes de un filósofo como Croce, negador de toda trascendencia, religiosamente escéptico o mejor dicho, notoriamente hostil a la Iglesia, coinciden con las de este otro filósofo que se profesa católico y creyente. Para los dos son y pueden decirse cristianos cuantos admitan algunos valores humanos o hayan contribuido de cualquier manera a su progreso histórico; para los dos, para llamarse cristianos, no es necesaria la fe en un depósito doctrinal inmutable, la adhesión total a un complejo de verdades reveladas, ni es necesario el baño de la gracia regeneradora; basta sólo haber trabajado por el progreso de la civilización humana en el arte, en la política y en las instituciones sociales.»

Maritain llega al absoluto desconsuelo cuando afirma, si-

guiendo tal vez inconcientemente a Croce, que lo que importa a la vida política del mundo y a la solución de la crisis de la civilización no es el «cristianismo como credo religioso y camino hacia la vida eterna», sino «el cristianismo como fermento de la vida social y política de los pueblos»; no el «cristianismo como tesoro de verdad divina conservada y propagada por la Iglesia, sino el cristianismo como energía histórica en su trabajo en el mundo». Aquí no hay duda posible. Las palabras del filósofo francés son diáfanas y su prosa clara. El error aparece desnudo, sin paliativos ni ropajes que le encubran. Para Maritain la religión no opera, ni puede operar «directamente» en la formación de las civilizaciones.

No es, pues, este humanismo integral un humanismo intrínsecamente cristiano, no es un humanismo del hombre regenerado por la gracia. Es un humanismo extrínsecamente cristiano, al que se pueden unir en desconcertante algarabía los agnósticos y los ateos, los racionalistas y los que carecen de fe.

El padre Messineo tiene una frase justa para calificar la doctrina de Maritain: «En su sustancia el humanismo integral es un naturalismo integral.»

E. LINDELL

UNA COMPAÑIA QUE DA LA VUELTA AL MUNDO



TOMÁS DELGADO, UN ESPAÑOL PRESIDENTE DE LA I. A. T. A.

NO soy un hombre normal y corriente...

Este hombre corriente y normal es el presidente electo de una asociación que controla las actividades de 75 Compañías aéreas repartidas por todo el mundo. Este hombre normal y corriente, voz suave, cara sonriente y pelo pasado por el filtro de los años, es Tomás Delgado Pérez de Alba, ingeniero industrial, ingeniero geógrafo, ingeniero aeronáutico, profesor de la Escuela de Ingenieros Aeronáuticos y presidente del Consejo de Administración de la Iberia.

Nació en Madrid el 14 de octubre de 1904, hijo de Tomás Delgado, un hombre de Soria, y de Amparo Pérez de Alba, una mujer de Carabanchel.

—Creo que soy como cualquier otro hombre—insiste.

Como cualquier otro niño, acudía en mayo a examinarse de Bachillerato en el Instituto del Cardenal Cisneros. Un año y otro hasta que le consideraron capacitado para empezar a estudiar una carrera.

—¿Y entonces?

—Elegí la de ingeniero industrial.

Es la carrera base de su formación.

—¿Pensó ya en dedicarse a la aeronáutica?

—No. Terminé la carrera en el año 27. En el año 29 me presenté a un concurso-oposición para el cuerpo de Ingenieros geógrafos. Todas estas carreras estaban entonces planeadas de un modo diferente a su desarrollo actual.

—¿Y la aeronáutica?

—Creo que el mismo año 29 se inauguró la Escuela Superior Ae-



Arriba: Dos recientes fotografías de Tomás Delgado, presidente del Consejo de Administración de la Iberia.—Abajo: El señor Delgado preside una de las sesiones celebradas en Madrid de la International Standard Organization

ronáutica. Yo ingresé el 30 y terminé la especialidad el 32.

Don Tomás Delgado pasa sobre su vida rápidamente como quemando recuerdos. Levanta los hombros y abre las manos como diciendo: «Nada...; lo corriente»...

—¿Cuál cree usted el momento más fecundo de toda esta etapa de su vida en constante progreso?

—Lo que más satisfacción me produce de todo este período y aun de toda la vida, es el resultado de mi labor pedagógica.

—¿Dónde enseñó usted?

—Comencé mi labor de profesor en la Escuela de Ingenieros Aeronáuticos cuando aún estaba yo cursando los estudios de esa especialidad. Fui profesor del 30

al 36; ahora aún sigo siendo profesor, excedente, pero profesor.

—¿Por qué prefiere usted esa actividad de su vida sobre cualquier otra de sus actividades profesionales?

—En cualquier profesión se mezclan disgustos y satisfacciones. Pero nadie sabe lo hermoso que es enseñar y ver que los alumnos que llegan ante uno desconocen las materias de su especialización y al final por nuestro trabajo y nuestro esfuerzo salen preparados y dominando una materia determinada...

Don Tomás se adelanta ilusionado en su sillón y dice:

—Porque yo he creado escuela...

Don Tomás Delgado ha traducido y ha adaptado las teorías del

ruso Timoshenko sobre resistencia de materiales y cálculo de estructuras.

—¿Y la guerra?

—Durante la guerra trabajé en la Escuela de Especialistas de Málaga. De allí salieron muchos de nuestros mejores técnicos actuales tanto del Ejército como de las Compañías civiles. Después pasé a la Dirección General de Industria y Material del Ministerio del Aire. Hoy soy teniente coronel de Ingenieros Aeronáuticos.

—¿Después?

—En el año 49 el Instituto Nacional de Industria estaba instalando la Empresa Nacional de Rodamientos. Pasé a ser presidente y gerente de dicha sociedad. Bajo mi dirección se terminó el montaje y la puesta en marcha de la factoría. Posteriormente, el mismo Instituto Nacional de Industria estudió la incorporación de la Compañía de Aviación y Comercio al Instituto, tomé parte en el Comité técnico encargado de dicho estudio y fui nombrado consejero de la Empresa. Por fin, el año pasado fui elegido presidente del Consejo de la Iberia.

Con cincuenta y dos años en su haber, don Tomás Delgado recuerda la fecha casi como un punto final. Como descansando del subir continuado de la gráfica de su vida. Pero la línea sigue su ascenso. Hace pocos días ha sido elegido presidente de la Asociación de Transporte Aéreo Internacional para el período 1957-1958. Casi se disculpa:

—Bueno, pero a eso yo lo llamo un cargo honorífico, efímero y geográfico.

En la última reunión, celebrada en Londres, se acordó que Madrid fuese el punto de cita para el año que viene. El sistema de elección es el siguiente: cada año corresponde a un país hospedar a los asistentes según un acuerdo previo. Como presidente de la I. A. T. A. se designa al presidente de la Compañía aérea más fuerte o más importante de las que trabajan en ese país. Para el año 1957 se ha elegido España. En España la Compañía Iberia, y por la Compañía Iberia, su presidente, don Tomás Delgado, ha pasado a ser presidente de la I. A. T. A. en ese período 1957-1958.

I. A. T. A.: 75 COMPAÑIAS, 3.500 AEROPUERTOS

—¿Qué viene a ser la I. A. T. A.?

—Es la organización mundial de las Compañías de líneas aéreas regulares.

—¿Cuántas Compañías están encuadradas en la Asociación de Transportes Aéreos Internacionales?

—Las más importantes de todo el mundo. Es una organización apolítica que tiene por objeto asegurar el tráfico aéreo regular a través del globo, garantizando la comodidad, la velocidad y la eficacia. Beneficia a todos, a las Compañías, a los Gobiernos y al público.

La I. A. T. A. está vinculada a la Organización de la Aviación Civil Internacional y ésta a la U. N. E. S. C. O.

—¿Cuál es el principal beneficio que aporta a las Compañías?

—La coordinación. Viene a ser el parlamento mundial de las Compañías aéreas; éstas tienen

unos problemas comunes cuya solución debe ser internacional. Por ejemplo, uniformar procedimientos y documentación, tarifas y billeteaje. La Asociación establece una serie de convenios entre las líneas sobre equipajes y mercancías, consiguiendo que los transbordos y desviaciones entre las distintas Compañías se puedan realizar como si se tratase de una misma Compañía internacional. Esto forma parte de la campaña contra el «balduque».

—¿Qué es el «balduque»?

—Es un término que representa el cúmulo de disposiciones aduaneras, de inmigración, etcétera, que retrasa el transporte aéreo e incrementa el coste para el público en tantos por ciento muy elevados. El problema de la aviación está en superar la velocidad y el precio y los mayores obstáculos a estos deseos no surgen precisamente de la oposición gubernamental de cada Estado, sino de la acumulación de procedimientos de tipo administrativo y de control que se establecieron originariamente para la navegación a vela y para las caravanas de carros y camellos.

—¿Existe algún otro tipo de colaboración entre las Compañías?

—A través de la I. A. T. A., las Compañías intercambian experiencias y adelantos técnicos. Cuando se trata de la seguridad de los viajeros, no existe ni el secreto profesional ni la competencia.

Este intercambio alcanza todos los órdenes posibles de las actividades de las líneas aéreas, desde el económico-financiero y de divisas, hasta el sanitario. Posiblemente el éxito más espectacular de la actividad financiera de la organización, lo ha constituido el establecimiento de la Cámara de Compensación, que permite a las Compañías realizar sus transacciones en un fondo común, eliminando la necesidad de abono de comisiones en operaciones de cambio y protegiéndoles contra las fluctuaciones monetarias excesivas.

—El volumen de las compensaciones en 1953, por ejemplo, se acercó a los 241.000.000 de dólares.

—¿Cómo toma sus decisiones la I. A. T. A.?

—En las conferencias periódicas, cada línea aérea tiene un solo voto y los acuerdos deben tomarse por unanimidad; todas las



Don Tomás Delgado en su rincón de consulta y trabajo

Compañías, sea cual fuere su magnitud, disponen de un auténtico derecho al veto.

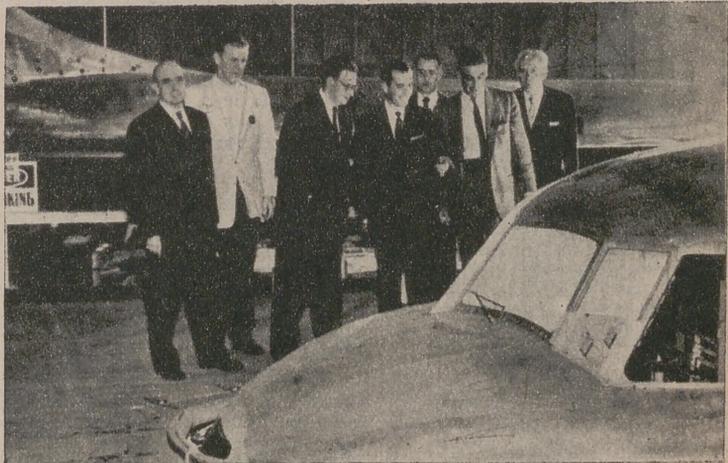
—¿Cómo se asegura la aplicación práctica de toda la labor de la I. A. T. A. acordada en las Asambleas internacionales?

—Las resoluciones se someten a los Gobiernos respectivos antes de entrar en vigor.

—¿Por qué ha sido elegida España como lugar de reunión para 1957?

Ahora su sonrisa se hace más amplia, más llena, quizá recordando cosas agradables, quizá satisfechas.

—España es un mundo en pequeño. En esta porción de tierra se encuentran todos los climas, todas las costumbres, todos los modos de vida, todos los vestidos. Eso gusta fuera y nuestra Patria se va convirtiendo en el punto de cita de los viajeros de todos los países. Es como un imán hecho



En Nueva York, visitando una fábrica norteamericana de aviones, que suministrará aeronaves a Iberia

luz y color... Por eso creo que ha sido designada nuestra España, por ese deseo de conocerla que hoy es, más que nunca, universal.

SU MESA DE TRABAJO. CAMPO DE ATERRIZAJE DE PROYECTOS Y CONSULTAS

Por la avenida de América suben los camiones y los coches. Las luces amarillas, rojas y verdes parpadean en esta tarde de octubre. Seguramente en uno de esos automóviles alguien va a Barajas a despedir a un amigo, a recibir a un familiar que se va o llega en uno de los treinta y dos aparatos que la Iberia tiene en servicio.

Durante veintiséis años. Tomás Delgado ha vivido para la aviación. No es piloto, pero una buena parte de su vida se la pasa en el aire. Unas veces en un avión comercial, como simple pasajero, otras como inspector de las instalaciones de la Iberia en América. Desde septiembre del año pasado se halla vinculado a esta Compañía. Ha llegado a ella en un momento crucial para la aviación, cuando se va a decidir la permanencia de los reactores como aparatos comerciales.

—En estos cuatro años y sobre todo a partir de 1960, van a ocurrir grandes cosas. Los grandes aviones a chorro van a ser un verdadero problema. Si todas las compañías los adoptan, habrá que modificar campos de aterrizaje, modernizar instalaciones, instruir técnicos... Habrá que instalar una red de radar que asegure la navegación en todo tiempo con un margen mínimo de accidentes. Lo ideal sería que estos desapareciesen, pero siempre hay que contar con ellos.

Junto a la ventana, una maqueta en aluminio, dice lo que será el avión, por lo menos uno de los aviones, del futuro. Al lado de la ventana, la mesa de trabajo de Tomás Delgado parece un amplio campo de aterrizaje en el que descansa el diario quehacer del presidente de la Iberia. La habitación es grande, partida en dos por un biombo decorado con grabados de antiguas vistas panorámicas de ciudades europeas y asiáticas; una enorme mesa de consejos ocupa la otra mitad. Sobre la superficie brillante y oscura rodeado de ceniceros, otro modelo de avión, el «DC-8». En sus alas lleva el distintivo de la flota aérea comercial española: EC-AIN y el rojo y gualda de la bandera en los extremos de sus alas en flecha. El fuselaje está pintado con el rojo, blanco y negro de la Iberia. En las alas cuatro tubos reactores.

—Es la maqueta de los aviones comerciales actualmente en proyecto. Costará cada uno seis millones de dólares.

Es decir, que dentro de unos años un avión como ese estará haciendo un vuelo, puede que a esta misma hora, entre Madrid y Nueva York o La Habana, por ejemplo. No está mal. Barajas-

Rancho Boyero en un mínimo de tiempo y volando a cerca de mil kilómetros por hora. Pero en las palabras del señor Delgado se nota una cierta reserva, una sombra de precaución, como si impusiese un compás de espera. Desde luego está convencido de la utilidad de los reactores. Sin embargo, no parece partidario de emplearlos inmediatamente. Habrá que esperar a 1960 para saber por qué.

UN HOMBRE SIN TIEMPO, PRESIDENTE DE LA COMPANIA BLANCA

El motivo de la entrevista derivada como un avión cogido por la tormenta. Derivaba porque este hombre todo lo lleva al aire y a los aviones que lo revuelven con sus hélices cada día, cada hora, kilómetro a kilómetro. «Palanca al pecho y pie derecho, tortazo hecho», definen a la «barrena» en el pintoresco lenguaje de los aviadores. Hay que sacar el aparato de la «barrena», es decir, volver al Tomás Delgado hombre, padre y...

—¿Deportista?

—No, francamente. Cuando puedo nado un poco, pero no puedo considerar la natación que yo hago como deporte. Apenas tengo tiempo.

Don Tomás Delgado, hombre normal. Repite lo de «normal».

—Estoy contento con lo que soy, pero creo que no me lo merezco. Las cosas han venido a mí, rodadas, como encadenadas una detrás de otra. Tengo suerte...

Es claro, suerte. Y tres títulos de ingeniero y uno de profesor de una escuela especial y un grado en el Ejército del Aire. Resulta un poco difícil creer que todo esto sea debido sólo a la suerte.

Se ríe. Sobre la mesa hay unos cuantos libros técnicos. Tomás Delgado, lector:

—Cuando puedo y cuánto puedo, con preferencia libros que no tenga nada que ver con mi profesión.

Pero no puede mucho. La aviación avanza constantemente, como una parte de esa cadena sin fin aparente que es el progreso y la civilización. El tiene que estudiar, que leer, que corregir, que traducir. Las horas para la lectura de libros «profanos» son escasas.

—Por eso tengo que escogerlos, que cuidar mis lecturas un poco para estar al corriente de lo que se publica o se lee. No todo han de ser matemáticas o tantos por ciento y en esta tarea me guía una de mis hijas. En realidad es ella quien me proporciona los libros y quien me orienta.

Casado a los dos años de haber terminado la carrera de ingeniero industrial, su esposa, doña María Antonia Sainz Ayllón, le ha dado un hijo y tres hijas.

—El chico estudia Económicas y dos de las muchachas han terminado ya Filosofía y Letras. La tercera empieza segundo este año...

Tomás Delgado, padre. Le brillan un poco los ojos al hablar de sus hijos.

—¿Viajero?

Se encoge de hombros. Y vuelve a lo mismo, a lo de antes, a lo de ayer, a lo de mañana:

—No tengo tiempo apenas, aunque me gustaría. Mi último viaje fué a Edimburgo, a la Asamblea en la que fui elegido y que presidía lord Douglas, presidente de la B. E. A. y actual presidente de la I. A. T. A. En verano suelo ir durante una corta temporada a la playas del Norte: Galicia, Asturias, Santander, Castro... Como no tenemos familia en ninguna zona veraniega, vamos al lugar que nos apetece.

Se ríe un poco, y luego sigue:

—Somos de esas familias que todos los años soportan la tragedia de alquilar la casita junto a la playa...

Sencillo, cordial, su simpatía llegó hasta Nueva York cuando fué allí en comisión de compra de material volante. Visitas a factorías, consultas, entrevistas y el resultado es que nuestra flota aérea, con las nuevas compras, se incrementará en un sesenta por ciento más sobre sus existencias actuales.

—¿Más viajes?

Enciende un cigarrillo con un mechero en el que ve la insignia de la Iberia, la «Compañía Blanca».

—Alrededor de los años 30 al 32 hice un viaje a Francia...—va señalando con el dedo sobre un gran mapa enmarcado en la pared—. Alemania y Polonia. Ya no he vuelto por allí. Sin embargo, he visitado la América Central y del Sur en jira de inspección.

Diez días para cada viaje. Un ir y venir apresurado, apenas sin tiempo para entrever tan sólo y luego la vuelta al trabajo, a los tantos por ciento, a los pasajeros-kilómetros, ofrecidos, al continuo barajar de cifras, datos, hechos y posibilidades.

—Antes habló de la «Compañía Blanca»...

—Sí, es la Iberia; la llaman así por el mundo, ya que en los años que lleva prestando servicio no ha tenido ni un solo accidente. Habrá habido sus incidentes más o menos costosos o desagradables, pero ni una sola víctima. La pericia, el sentido de la responsabilidad y la sangre fría de nuestros pilotos han contribuido y no poco, a que la Compañía haya sido bautizada con ese nombre.

Fuera, al otro lado de la ventana, en lo alto, el sol se muere en el ala de un avión. Seguramente pertenece a alguna de esas setenta y cinco compañías de todo el mundo que disponen de más de tres mil terpuertos y cuyas actividades va a vigilar y aprobar durante doce meses un ingeniero español de cincuenta y dos años. Mejor dicho, todavía no; todavía de cincuenta y uno. Hasta el día 4. La puerta de su despacho se abre:

—Felicidades...

Y se cierra.

(Fotografías de Mora.)

HACIA UNA IMAGEN MAS PERFECTA DEL MUNDO

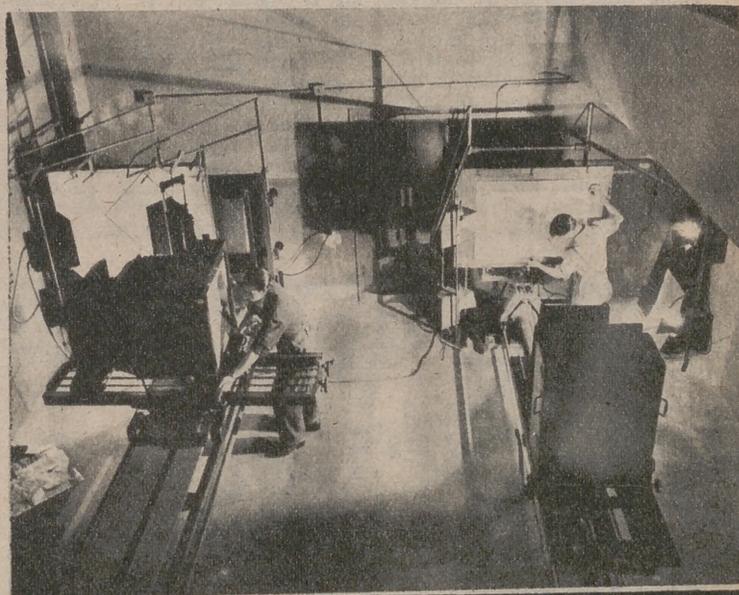
**EL DEPARTAMENTO
CARTOGRAFICO
DE AGUILAR, UNO
DE LOS MEJORES
DE EUROPA**

**SU INFORMACION
SE EXTIENDE**

**DESDE LAS ACTUALES BASES DE LA ANTARTIDA HASTA
LOS NUEVOS SISTEMAS DE CANALES RUSOS**

UN hombre cuyo apellido nos es familiar, y cuyo apellido también parece como iniciar una enorme singladura aérea, se hallaba un día en su despacho. Este hombre necesitó de pronto conocer un cierto dato geográfico imprescindible para su trabajo. Con urgencia, nerviosamente, como quien no puede esperar o interrumpir su faena, pidió un atlas. Al momento, el atlas estuvo encima de su mesa. Buscó entre los colores, entre los paralelos, entre las sinuosidades... La búsqueda resultó infructuosa. ¿Qué hacer en tal coyuntura? He aquí que en un atlas faltaba un simple, un mínimo dato. Pues bien. El hombre así defraudado por el atlas decidió nada menos que hacer uno. Y éste es el menudo origen, el primer compás, el «leit motiv» de uno de los esfuerzos cartográficos más extraordinarios que actualmente se han producido en el mundo.

Entre los nombres que semana a semana ocupan nuestra atención merece por esfuerzo propio colocarse en línea excepcional el de don Manuel Aguilar. Este hombre, que de una necesidad personal, como es un dato geográfico deseado en cualquier circunstancia, ha hecho una obra rigurosa, universal, centro de consulta de muchas instituciones científicas del mundo, es justo que obtenga el reconocimiento de sus compatriotas, entre quienes nosotros nos contamos, naturalmente.



Cámaras especiales fotografian las planchas de los mapas.—
Arriba: Un niño manejando uno de los valiosos tomos geográficos

OBSTACULOS COMO MON- TANAS Y COMO NACIO- NALIDADES

Hacer un atlas. ¿Un atlas? Bueno. Pues se coge... ¡Dios mío! ¿Saben ustedes verdaderamente lo que hace falta coger para confeccionar un atlas? Antes de responder adviertan las siguientes particularidades. Los cambios que ha experimentado el mundo en

los últimos cuatro o cinco lustros son, en efecto, impresionantes. Unas fronteras se han desplazado; otras han desaparecido; nuevas demarcaciones territoriales, y con ellas, nuevas demarcaciones políticas han salido a la luz. Países literalmente borrados del mapa, nacionalidades que por primera vez aparecen en él; regímenes abolidos, regímenes transformados, regímenes re-

cién ir... Pero aparte de estos cambios, que, si no con la vertiginosidad de los de ahora, siempre han llevado aparejados la historia de las colectividades humanas y de las instituciones políticas, hay otros que han venido a afectar no sólo al mudable mosaico de los mapas, sino a la faz misma de nuestro planeta. En la transformación de su medio físico el hombre ha realizado últimamente hazañas prodigiosas: ha allanado montañas, ha ganado terrenos al mar, ha creado lagos gigantescos y canales más caudalosos que muchos ríos; ha domado los cursos de agua; ha lanzado carreteras y vías férreas por parajes hasta hace poco absolutamente deshabitados; ha ganado para el cultivo y para la vida países inéditos; ha trasladado en bloque masas formidables de vegetación. En una palabra, ha alterado sustancialmente la demografía, la orografía, la hidrografía, la geobotánica del globo. Y mientras trata, en un fantástico empuje, de completar su creciente dominio de la envoltura gaseosa de la tierra con la regulación «ad libitum» del mismo régimen climático, inicia ya los sondeos preliminares para la conquista del ámbito extraterrestre. ¡Marte a la vista!, podríamos decir. Bien. Ahora pueden ustedes continuar. Para hacer un atlas se coge...

ANTECEDENTES NO APTOS

No hay duda que se vió claro en este asunto. La labor cartográfica no es en modo alguno sencilla. Sobre todo cuando tal labor marca signo inicial en el país que la acomete. Tal labor, que se hace visible, que aparece de manera lógica e inteligible en el atlas, fin próximo e inmediato de aquélla, adolece frecuentemente de taras graves. Una de ellas es que —como parece natural— se enfoca la labor desde el peculiar punto de vista de la nación que efectúa el trabajo. Así, por ejemplo, vastas extensiones de Sudamérica están reducidas en la mayor parte de los atlas a un tamaño mu-

cho menor y con muy poco detalle—que la de los Estados Unidos o la de Europa. Se imponía, pues, realizar un esfuerzo idéntico en todos los sentidos y lograr por tal camino una obra con rasgos de absoluta universalidad.

HACIA UNA IMAGEN PERFECTA DEL MUNDO

La aventura era hermosa y ardua. Procedía de una vocación tradicional hondamente sentida a través de siglos y siglos de historia. Ojo avizor, los españoles iban a explorar de nuevo los ambiguos e inexactos espacios de todas las tierras. Iban a agarrarse a los meridianos y a los paralelos—como uno puede agarrarse a los barrotes de una jaula—, y en vez de desarticularnos trataban, por el contrario, de respetar su correcta situación. El departamento cartográfico de Aguilar, que comenzó con tres hombres, iba muy pronto a adquirir proporciones amplísimas. Todo un proceso de elaboración se puso en marcha. Se inició este con la creación de un gran archivo de materiales para cuyo mantenimiento—entiéndase en el sentido más gráfico, más fisiológico, si se quiere, de la expresión—, para cuyo mantenimiento, repetimos, se acudía sistemáticamente, y se acude, a las fuentes más directas y autorizadas. Una documentación cartográfica exacta y minuciosa era, como bien se comprende, la base previa al trabajo. Así las instituciones científicas de todo el mundo —empezando por las españolas— comenzaron a enviar sus datos. Hablaremos más adelante de las relaciones con las más altas autoridades extranjeras. Señalamos desde ahora, por si no ha sido dicho con suficiente claridad, que el departamento cartográfico de Aguilar ha quedado plasmado ya por el impulso recibido de su primer y magnífico esfuerzo, en algo así como un organismo o institución autónoma al margen de la exclusiva tarea editorial y como un fe-

liz modo de servir a España un núcleo científico pleno de responsabilidad, de rigor, de entrega a la cultura. Dicho esto, continuemos con la narración. Una vez reunidos todos los materiales, y después de ser contrastados, depurados y modernizados con los datos recabados de las autoridades o representaciones diplomáticas de los diversos países, comienza la tremenda tarea. Previa la oportuna parcelación de la superficie terrestre y la elección de los sistemas de proyección y escalas más adecuadas para cada carta—lo que implica, como el lector supone, la resolución de un considerable número de problemas—se inicia la confección de los bocetos de cada una. Asimismo han de someterse a minuciosa consideración los signos convencionales, la rotulación, el sistema de transcripción de voces extranjeras, el colorido, etc. Piénsese además que todos estos trabajos han de ser llevados a cabo por especialistas consumados. Por ejemplo, al elegir un sistema de proyección...

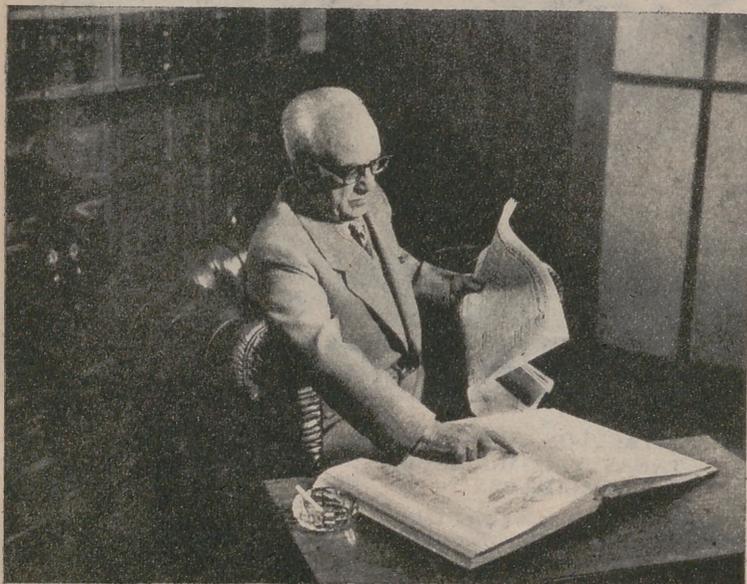
LO QUE OCURRE CON LA CASCARA DE LA MANDARINA

Lo de la proyección es cosa difícilísima. Sobre todo cuando uno se propone evitar los errores naturales que surgen al trasladar a un plano las formas esféricas, labor que, en lo que a la tierra se refiere, no hay más remedio que ejecutar. Cojan ustedes una cáscara de mandarina e intenten trasladarla—proyectarla— a un plano. Naturalmente, la cáscara se deforma y se rompe. Adquiere, pues, una forma distinta a su propia forma esférica, y ha quedado demostrado por vía ejemplar la dificultad de proyección. Sigamos adelante.

Para dar una idea de la multiplicidad de ensayos que se han llevado a cabo en el Departamento cartográfico de Aguilar, diremos que, para la selección del colorido en los mapas físicos, se efectuaron en una ocasión 87 pruebas distintas. Pero he aquí que ya hemos logrado un boceto. ¿Qué ocurre ahora? A partir de aquel boceto se confeccionan los de los distintos colores. Sobre ellos se efectúan una primera interpretación del dibujo y nomenclatura y se comprueba el fichaje de localidades y accidentes geográficos.

Los originales, a partir de estos borradores, se someten a una segunda corrección, semejante a la anterior. Por procedimientos fotomecánicos se obtienen los correspondientes clichés, que fotográficamente, y después de nueva corrección, se reproducen sobre planchas de cinc. En el caso de los mapas políticos la orografía es objeto de un dibujo especial del Departamento y se verifica una última corrección de mapas y ficheros. En algún caso ha habido que introducir sobre la misma plancha—¡no advertís en este trance el grácil motivo del periodismo?—modificaciones ocasionadas por una última noticia que a lo mejor venía a alterar en unos cuantos kilómetros la demarcación de un territorio en litigio.

Llegados a este extremo se se-



Don Manuel Aguilar. Un día no encontró el dato geográfico que deseaba y creó un centro modelo en donde ningún dato falta

lecciona con todo cuidado el papel y se seleccionan las tintas, la mayor parte de las veces fabricadas precisamente para ser aplicadas en estos menesteres.

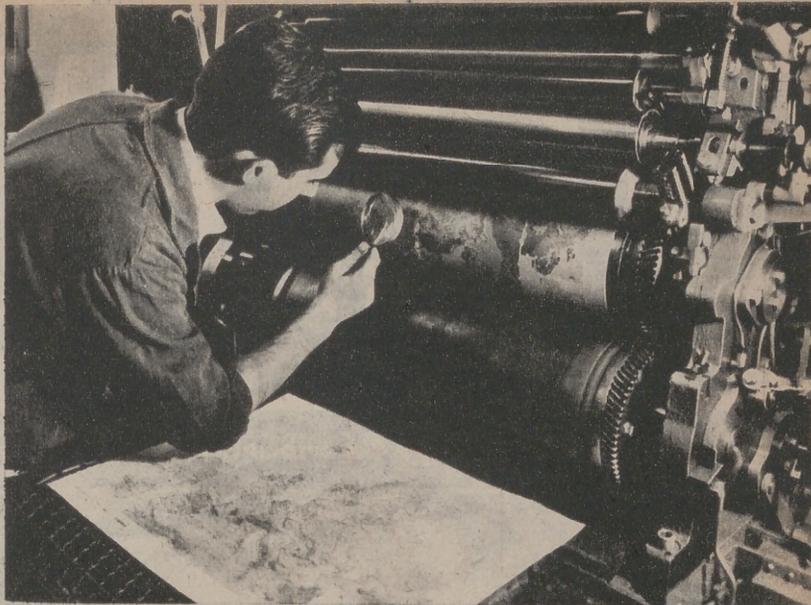
UNA ANECDOTA Y ALGUNOS DATOS MAS

De lo que se trata, por encima de otras cuestiones, es de poseer original reciente y de primera mano. En el departamento se reciben todas las revistas que se editan en el mundo y que tengan algo que ver con la preocupación geográfica y disciplinas anexas o próximas. El departamento, que se creó hace cuatro años, funciona ya a través de una organización y normalización ejemplares que hacen posible la captura de cualquier error, por mínimo que sea, antes de que, en orden a su publicación, se constituya en suceso irreparable. Una de las muestras de esa originalidad de material con que se trabaja la aporta la siguiente anécdota, extraída de un infinito grupo de igual carácter. Se hallaba el Departamento Cartográfico trabajando sobre el mapa de China-Mongolia-Siberia con material y documentación obtenidos de primera mano y que se suponían correctos y al día, cuando un telegrama cursado urgentemente por un colaborador del Departamento, a la sazón en viaje de investigación por un país europeo de vieja y reciente tradición cartográfica, aconsejaba suspender el trabajo porque los datos que se tenían en Madrid no eran correctos. Llegado el momento de contrastar la documentación ajena y la propia pudo comprobarse que aquella era siete meses más vieja, y que lo que en Madrid estaba al día no lo estaba donde en principio debía suponerse que sí.

CONEXIONES INTERNACIONALES

Porque aquí reside ciertamente la base de esta obra: en la información precisa y garantizada. El Departamento Cartográfico de Aguilar ha seleccionado y comprobado su material a través de las más nombradas instituciones internacionales y de las publicaciones mejor informadas. Con Londres, Ginebra, Nueva York, Roma, Teherán, con organismos como la U. N. E. S. C. O., con publicaciones en todas las lenguas que no es preciso que cite-mos ahora para no alargarnos en demasía, compone y nutre su archivo. Su primera gran obra, el atlas universal, posee además información gráfica abundante. Con exactitud, 500 fotografías. Cada una de estas representaciones fotográficas se distingue por su dificultosa originalidad. Exhibe, por ejemplo, una visión de la tierra obtenida mediante unión de varias fotografías realizadas desde cohetes «V-2». En la fotografía se observa la curvatura del globo, en un arco de 210 grados de círculo menor y abarca una extensión de 2.072.000 kilómetros cuadrados, aproximadamente, es decir, la zona comprendida entre el Estado de Wyoming, en Estados Unidos, y Méjico.

Con objeto de concretar en tor-



Para lograr la máxima calidad en las 20 tonalidades que distinguen los mapas, se han empleado máquinas y métodos especiales



La técnica y la comprobación minuciosa son bases del éxito en el trabajo

no a esta gran obra en marcha señalamos algunas de las informaciones conseguidas y presentadas por Aguilar: las bases en la Antártida, pertenecientes al presente Año Geofísico; las zonas de soberanía reivindicadas por Argentina y Chile en aquellos parajes; las estaciones meteorológicas, bases navales y aéreas de las zonas polares, los territorios de antigua soberanía japonesa distribuidos a otras potencias por el tratado de paz de 1951, las modificaciones territoriales dimanantes de la última guerra, la reorganización territorial de Rusia después también de la última guerra, la red actual de comunicaciones puesta al día, la denominación en los respectivos idiomas de todos los países y sus principales divisiones administrativas, con inclusión de las entidades políticas últimamente creadas, mapas mundiales de distancias aéreas centrados en Madrid, Buenos Aires-Montevideo, Washington, Wellington; la nueva organización de la Commonwealth, la Unión Francesa, China, la India, Pakistán e Indonesia; las refineras y pozos de petróleo de

todo el mundo, los aeropuertos que marcan la «Gran Diagonal» a través de la Amazonia, construidos por paracaidistas que descendieron con casas aerotransportadas; los últimos trabajos cartográficos sobre la cuenca del Orinoco y sus fuentes, alcanzadas por vez primera en el año 1951; los nueve sistemas de canales rusos y sus grandes lagos artificiales; mar de Ribinsk y mar de Mingiechaur, este último recogido por primera vez en la cartografía; los nuevos ferrocarriles árticos de Siberia, el dique de Sajalin, etcétera. Hemos citado una muestra; pero a su través se adivina un esfuerzo total, actualísimo, incesante.

DISCIPLINA COLECTIVA

A todos los hombres que trabajan en el Departamento Cartográfico de Aguilar se les debe expreso reconocimiento. A sus cualidades de mutua compenetración se deben los óptimos resultados obtenidos. Atender a tan ingente obra como es el mundo, que es consecutivamente un suceso cambiante, no era posible lograrlo sino a través del equipo. Su entusiasmo, su disciplina colectiva, atendida la dirección experta, han llevado a felices realizaciones la invariable idea de conseguir día a día una imagen más perfecta del mundo.

Hoy, hoy mismo, 6 de octubre, el Departamento Cartográfico de Aguilar pone en circulación un atlas que compendia el atlas universal que hemos mencionado anteriormente. Su confección es de una claridad sorprendente. Su distribución lógica. Su exactitud, comprobada. Su belleza, la justa para que hasta un niño recorra con sus dedos los suaves colores de sus páginas hacia lejanos países saltando de paralelo en paralelo como un pájaro salta de un hilo telegráfico a otro. Esto, no hay duda, es noticia, pero aún hay más. El Departamento se halla empeñado en otra gran obra. La representación cartográfica exacta y exhaustiva de los países de Sudamérica. Las de Argentina, Méjico y Colombia son las más adelantadas.

Carlos RUIZ ALVAREZ

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas.- Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 150

HACIA
UNA IMAGEN
MAS PERFECTA
DEL MUNDO

UN DEPARTAMENTO
CARTOGRAFICO ESPAÑOL
DE GRAN IMPORTANCIA
EN EUROPA



Más de trescientos especialistas cooperan en perfecta labor de equipo en las representaciones cartográficas



INFORMACION SE EXTIENDE DESDE LAS ACTUALES BASES DE
ANTARTIDA HASTA LOS NUEVOS SISTEMAS DE CANALES RUSOS

(Ver página 61)